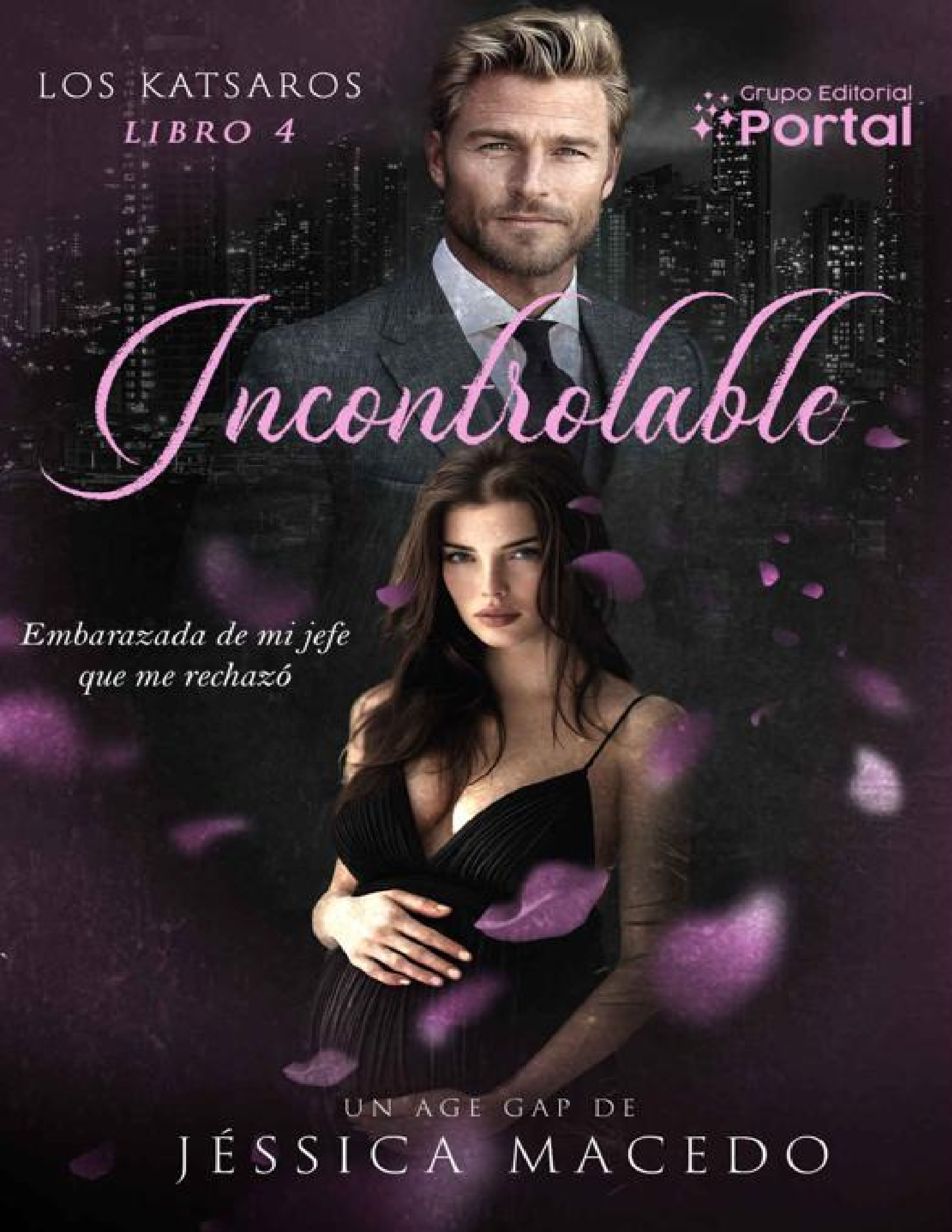
LOS KATSAROS

LIBRO 4

Grupo Editorial Portal

Incontrolable

Embarazada de mi jefe que me rechazó



UN AGE GAP DE

JÉSSICA MACEDO

LOS KATSAROS

LIBRO 4

Incontrolable

UNO AGE GAP DE

JÉSSICA MACEDO

Embarazada de mi
jefe que me rechazó

Grupo Editorial Portal

Copyright © 2024 Jéssica Macedo

Todos los derechos reservados. Está prohibido almacenar o reproducir cualquier parte de esta obra -física o electrónica- sin autorización previa de la autora. La violación de los derechos de autor es un delito tipificado en la Ley nº 9.610/98 y sancionado en el artículo 184 del Código Penal.

Diseño gráfico de portada e interior

Jéssica Macedo

Consulte

Equipo del Portal

Traductor

Matías San Miguel

Esta es una obra de ficción. Se han utilizado nombres de personas, acontecimientos y lugares que existen o que existieron realmente en algún momento de la historia para ambientar la escena. Cualquier parecido con la realidad es pura coincidencia.

Para la querida lectora, Amelia ♡

Resumen

Sinopsis
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38

Capítulo 39
Capítulo 40
Capítulo 41
Capítulo 42
Capítulo 43
Capítulo 44
Capítulo 45
Capítulo 46
Capítulo 47
Capítulo 48
Capítulo 49
Capítulo 50
Capítulo 51
Capítulo 52
Capítulo 53
Capítulo 54
Capítulo 55
Capítulo 56
Capítulo 57
Capítulo 58
Epílogo
Gracias
Sobre la autora
Otras obras
Redes sociales (del editor)

Sinopsis

Luigi Marini era un influyente hombre de negocios del mundo de la moda, acostumbrado a tenerlo todo y a todos a sus pies. Centrado en sus objetivos, no le importaba a quién hería para alcanzarlos y nunca se apegó a nadie.

Amelia Katsaros, enamorada de Luigi, mantenía una relación secreta con la esperanza de que él aceptara el romance. Pero su mundo se vino abajo cuando Luigi la rechazó al enterarse de que estaba embarazada. Decidida, Amelia siguió adelante y decidió criar sola a su bebé, sin depender del hombre que le rompió el corazón.

El tiempo trajo el arrepentimiento para Luigi, y cuando por fin se dio cuenta del error que había cometido, podría ser demasiado tarde. Entre segundas oportunidades y cicatrices del pasado, Luigi tiene que luchar para recuperar el amor de Amelia y ser el padre que su hija se merece.



Amélia

Capítulo 1

Estaba de pie frente al espejo, arreglándome el pelo y retocándome el maquillaje para otra sesión de fotos. Mi rostro allí reflejado aún lucía la belleza que me llevó a la cima del mundo de la moda, pero notaba cómo el peso de los años empezaba a marcar mi piel...

Suspiré, intentando apartar esos pensamientos y concentrarme en mi trabajo.

Fue entonces cuando Luigi entró en el camerino. Su mirada se cruzó con la mía a través del espejo y no pude evitar sonreír. Luigi, mi agente, era el hombre por el que mi corazón latía más rápido. Nuestra relación siempre había sido un secreto muy bien guardado, una pasión que ardía entre bastidores, lejos de las miradas indiscretas de la industria.

—¿Lista para deslumbrar otra vez, Amélia? —preguntó él, acercándose con esa sonrisa encantadora que siempre me desarmaba.

—Contigo a mi lado, siempre —respondí, girándome hacia él.

Extendió la mano y me tocó suavemente la cara, sus dedos se deslizaron por mi piel como si quisiera memorizar cada contorno. Sentí un escalofrío que me recorrió la espalda, desencadenando una oleada de deseo.

—Eres increíble, ¿lo sabías? —murmuró Luigi, inclinándose para besarme.

Sin mucha ceremonia, me levantó en brazos y me sentó sobre el tocador. Sentí el frío del mármol a través del fino tejido de mi falda. Se acomodó entre mis piernas, lanzándome una mirada que hizo que mi corazón latiera aún más rápido.

—Tenemos tiempo para un rapidito —murmuró con voz ronca y sexy, mientras sus manos subían por mi falda hasta mi cintura.

Mi cuerpo reaccionó instantáneamente a su toque. Sentí cómo mi sexo palpitaba cuando rozó el fino tejido de mis bragas, y me estremecí, moviéndome inquieta sobre el tocador, completamente rendida ante ese hombre.

El pequeño camerino estaba iluminado por luces blancas y frías, los espejos que cubrían

las paredes reflejaban destellos brillantes. El aroma de maquillaje y perfumes caros se mezclaba con el almizcle de Luigi, creando una atmósfera embriagadora. Sus manos exploraban mi cuerpo con urgencia, en toques posesivos que despertaban más mi deseo.

Lo sujeté de los hombros, acercándolo aún más, deseando sentir cada centímetro de su cuerpo contra el mío. Él sonrió antes de correr mis bragas a un lado, encontrando mi punto más sensible con sus dedos. Arqueé la espalda, mordiéndome el labio para no soltar un gemido.

Luigi se inclinó sobre mí, besó mi cuello y susurró palabras que me hicieron derretirme.

—Estás deliciosa, Amelia —murmuró mientras me mordisqueaba el cuello.

—Ten cuidado de no dejarme ningún chupón —le pedí en voz baja, completamente a su merced, revolcándome en su dedo mientras él jugaba con mi sexo sin ningún pudor.

—Me gusta tu vulva mojada —me provocó, con su aliento caliente contra mi piel.

Sus dedos se deslizaron hábilmente, provocando jadeos y gemidos bajos que intenté contener. Sentía el frío mármol de la mesada en contraste con el calor que irradiaba mi cuerpo. Luigi se apartó un poco, lo justo para desabrocharse los pantalones, y volvió a colocarse entre mis piernas.

Tiré de él hacia mí, sintiendo cómo crecía la expectación en mi interior. Nuestras miradas se encontraron y, por un instante, el mundo exterior dejó de existir. Volvió a inclinarse y sus labios se encontraron con los míos en un beso profundo e intenso mientras su cuerpo se apretaba contra el mío.

Sentí su miembro encajar deliciosamente en mi interior y gemí contra sus labios, entregándome a él. Practicar sexo en aquel camerino era casi una tradición, cada rincón tenía un recuerdo nuestro. Apreté sus hombros, clavando mis uñas en su chaqueta. El tacto de mis uñas parecía incitar aún más deseo en él.

El entorno que nos rodeaba parecía palpitar con la energía de nuestro acto. Las luces se reflejaban en el espejo, creando una danza de sombras y destellos que envolvían nuestros cuerpos. Me agarró por la cintura, acercándome aún más a él, mientras yo echaba la cabeza hacia atrás, dejando escapar un suspiro de placer.

La sensación de su miembro dentro de mí, moviéndose con urgencia y precisión, convertía cada segundo en una eternidad de éxtasis. Nuestros cuerpos se movían en sincronía, un ritmo que conocíamos bien, una coreografía que era solo nuestra.

Sus besos recorrieron mi cuello hasta encontrar mi hombro, mientras sus manos sujetaban con fuerza mi cintura. Me entregué por completo, perdida en la intensidad del momento, sintiendo cómo cada oleada de placer me envolvía y me llevaba más alto.

Crucé las piernas alrededor de su cintura, acercándolo a mí, sintiendo cada centímetro de su verga dentro de mí. Era gruesa, caliente y me estaba dando todo lo que tenía. Completamente en éxtasis, movía mis caderas más y más, haciendo crujir suavemente el mueble bajo nosotros.

—Amelia... —Luigi gimió, con la cara hundida en mi cuello, mordisqueándome la piel.

Yo también gemí su nombre, aferrándome a él mientras el ritmo de nuestros cuerpos se intensificaba. El espejo detrás de Luigi reflejaba la intensidad de nuestro encuentro, captando cada movimiento febril. Las frías luces blancas del camerino contrastaban con el calor que emanaba de nuestros cuerpos.

Sus manos se deslizaban por mi piel, apretando mis muslos, atrayéndome aún más hacia él. Sentí una ola de placer recorrer mi cuerpo, comenzando desde el punto donde se movía dentro de mí y expandiéndose como fuego. Mis gemidos se hicieron más altos, mezclados con el crujido del mueble bajo nosotros.

—Qué rico... —murmuró contra mi cuello, su cálido aliento me puso la piel de gallina—. No duraré mucho más.

Movía mis caderas con más intensidad, queriendo prolongar cada segundo de ese momento. Escuchaba los suspiros de Luigi, sentía el latido de su cuerpo dentro del mío, y sabía que estaba cerca de mi propio clímax. Me apreté contra él, dejando marcas con mis uñas en sus hombros a través del saco.

—Me encanta cogerte, ¿sabías? —me provocó, rozando sus labios contra mi oreja.

—Mmhm —murmuré, cerrando los labios para no gemir en voz alta, mientras mi cuerpo respondía a cada uno de sus movimientos.

El placer acumulado se hizo incontrolable y sentí que mi cuerpo se contraía a su alrededor. Exploté en un orgasmo que hizo desaparecer el mundo a mi alrededor, ahogando mi gemido contra su hombro. Luigi me siguió poco después, dejando que su cuerpo temblara contra el mío mientras se derramaba dentro de mí.

Nos quedamos allí unos instantes, recuperando el aliento, con las frentes juntas. El camerino estaba en silencio, solo se oía nuestro jadeo. Sentía la satisfacción palpitando en mi interior.

Luigi se apartó un poco, con una sonrisa de satisfacción en el rostro.

—Tenemos que hacer esto más a menudo —me dijo, acariciándome la mejilla con el dedo.

Asentí con la cabeza, aún sin palabras, perdida en la intensidad de nuestro momento. Bajé con cuidado del mostrador, alisándome la ropa e intentando recomponerme.

Utilicé toallitas húmedas para limpiarme el semen y tuve que retocarme el maquillaje rápidamente. El espejo reflejaba mi cara ligeramente sonrojada y mi pelo desordenado. Abrí el pequeño neceser de maquillaje y empecé a aplicarme de nuevo la base, disimulando cualquier rastro de nuestra intimidad.

Luigi salió primero, alisándose la ropa con el aire de quien acaba de hacer un buen trabajo. Mientras se dirigía hacia la puerta, me miró con una sonrisa de satisfacción.

—Tienes que darte prisa, el fotógrafo ya está esperando —dijo ajustándose el cuello de la camisa.

Asentí, aún terminando de maquillarme. Escuché la puerta cerrarse detrás de él y me concentré en terminar mi apariencia. Apliqué el lápiz labial con cuidado, delineando mis labios, que aún hormigueaban por los intensos besos de Luigi.

Tomé un peine y me alisé el pelo, intentando recuperar el estilo perfecto que tenía antes. La habitación estaba impregnada de una mezcla de nuestros perfumes y del olor del maquillaje. Dejé escapar un suspiro cuando terminé de hacer los últimos ajustes. Estaba casi lista para enfrentarme de nuevo a las cámaras.

Me levanté y me miré por última vez en el espejo, comprobando cada detalle para asegurarme de que nada delataba lo que acababa de ocurrir allí. Tomé mi bolso y me dirigí a la puerta, sintiendo una mezcla de satisfacción y adrenalina correr por mis venas.

Al salir del camerino, encontré a Luigi conversando con el fotógrafo en el set de filmación. Me lanzó una mirada cómplice, pero rápidamente volvió a discutir los detalles de la sesión. Caminé con confianza hacia el lugar preparado para las fotos, retomando mi expresión profesional.

La escena estaba preparada con un fondo elegante, luces estratégicamente colocadas para crear sombras y resaltar mis mejores rasgos. El fotógrafo me saludó con una sonrisa y comenzó a dar indicaciones sobre las poses y la temática de la sesión.

Me coloqué en el centro del set, ajustando mi postura y preparándome para meterme en el personaje que la sesión requería. Mientras las luces se ajustaban a mi alrededor y el equipo se movía frenéticamente, sentí la presencia de Luigi cerca de mí, siempre atento, siempre ahí para asegurarse de que todo saliera bien.

La cámara empezó a hacer clic, captando cada ángulo, cada expresión. Estaba acostumbrada, llevaba años haciéndolo. Me sentía a gusto bajo las luces brillantes, conociendo cada movimiento que resaltaba mi cara y mi cuerpo.

El equipo a mi alrededor se movía de forma sincronizada, ajustando detalles, susurrando instrucciones y revisando cada foto en el monitor.

Luigi estaba de pie junto al fotógrafo, observando atentamente, analizando cada pose. Cuando nuestras miradas se cruzaron, me hizo un leve gesto de aprobación, un pequeño gesto que significaba mucho. Era una señal de que iba por buen camino, de que mi actuación había estado a la altura de las expectativas.

El fotógrafo, un hombre de mediana edad con una mirada crítica y exigente, me pidió que cambiara de posición. Me giré ligeramente, ajustando mi cuerpo según sus instrucciones. La textura del suelo bajo mis pies, el suave sonido de la tela al moverse, todo formaba parte de la coreografía que tan bien conocía.

—Perfecto, Amelia, sigue así —dijo el fotógrafo, levantando el pulgar en señal de

aprobación.

Me movía con gracia, pasando de una pose a otra. Mis manos acariciaban los contornos de mi cuerpo, mientras mi mirada permanecía fija en la cámara, transmitiendo emociones que iban de la confianza a la vulnerabilidad.

La sesión continuó y sentí cómo aumentaba la energía. El equipo murmuraba cumplidos, ajustaba las luces y comprobaba los ángulos, mientras yo me entregaba por completo al momento.

Luigi se acercó con un vaso de agua. Me lo entregó con una sonrisa, y yo lo bebí rápidamente, sintiendo cómo el refrescante líquido se deslizaba por mi garganta. Le toqué ligeramente la mano al devolverle el vaso, un gesto rápido y discreto que pasó desapercibido para los demás, pero que significaba para nosotros más que las palabras.

—Lo estás haciendo muy bien, Amelia —dijo, acomodándome un mechón de pelo antes de alejarse de nuevo.

El fotógrafo pidió una última serie de poses y finalmente señaló el final de la sesión. El equipo empezó a desmontar el decorado y yo me relajé, sintiendo cómo la tensión abandonaba mis músculos. Luigi se acercó de nuevo con una sonrisa de satisfacción.

—Excelente trabajo el de hoy, Amelia. Estuviste increíble.

—Gracias. —Le sonreí.

Después de la sesión, me cambié rápidamente de ropa, dejando atrás la elegancia de los trajes fotográficos y optando por algo más cómodo. Tomé un taxi para reunirme con mi mejor amiga, Bianca. Nos conocimos en el mundo de la moda, pero ella se había casado con un gran empresario y ahora dirigía su propia marca de ropa. Siempre que coincidíamos en Milán, quedábamos para vernos.

Mientras el taxi recorría las bulliciosas calles de Milán, pasando por edificios históricos y boutiques de lujo, mis pensamientos estaban en Bianca y en cuánto la extrañaba. El conductor, un señor simpático, hablaba animadamente sobre el clima y los últimos cambios en la ciudad, pero mi mente estaba enfocada en el reencuentro.

Llegué al café donde habíamos quedado. Era un lugar encantador, con mesas de madera y grandes ventanales que dejaban entrar la luz natural. Bianca ya estaba allí, sentada en una mesa cerca de la ventana, con una sonrisa radiante al verme. Siempre desprendía un aura de confianza y elegancia, incluso en las situaciones más informales.

—¡Amelia! —Se levantó, vino hacia mí y me abrazó cariñosamente—. Me alegro mucho de verte.

—¡Bianca! —respondí, devolviéndole el abrazo con entusiasmo—. ¡Te he extrañado!

—Yo también, amiga. —Me acarició y pude oler su perfume cítrico y sofisticado.

Se apartó y me fijé en su elegante atuendo y en su pelo rubio ondulado. Aunque ya no era modelo, seguía siendo encantadora.

—Estás estupenda —dije, admirando tu aspecto impecable.

—Tú también. —Sonrió, con los ojos brillantes—. Vamos a sentarnos.

Nos sentamos en la mesa cercana a la ventana, donde la luz natural resaltaba aún más su belleza. Pedimos nuestros cafés y empezamos a charlar. El ambiente a nuestro alrededor era tranquilo, con algunas personas dispersas por el sitio, inmersas en sus propias conversaciones.

—¿Cómo es la vida de una mujer de negocios? —pregunté, mientras el camarero colocaba nuestras humeantes tazas sobre la mesa.

—Ha sido una locura. —Rió, removiendo suavemente su capuchino—. Pero me encanta cada segundo. La marca está creciendo más rápido de lo que esperaba.

—Me alegro mucho por ti. Siempre supe que tenías talento para ello.

Bianca sonrió, tocándome la mano un momento, un gesto de afecto y gratitud. Miré a mi alrededor, observando el acogedor interior del café. Las paredes estaban decoradas con fotografías en blanco y negro de Milán, y el aroma a café recién hecho flotaba en el aire, mezclado con el olor a pan recién horneado.

—¿Y tú, Amelia? ¿Cómo van las cosas en el mundo de la moda? —preguntó con aire de curiosidad.

—Apresurada, como siempre. —Me reí, recordando las últimas semanas intensas—. Pero hoy he tenido una buena sesión de fotos. Y ya sabes, siempre hay altibajos.

—Me lo imagino. Pero siempre te las arreglas para todo. —Guiñó un ojo, levantando su copa en un brindis simbólico.

Le sonreí y se hizo el silencio durante unos segundos antes de que Bianca lo rompiera.

—¿Y tu corazón? ¿Has conocido a alguien nuevo?

Tragué saliva y miré la servilleta de tela que tenía sobre el regazo.

—¿Amelia? —insistió Bianca, llamándome por mi nombre. Levanté la vista, sintiéndome completamente incómoda—. No me digas que sigues acostándote con Luigi… —Bianca sacó sus propias conclusiones antes de que yo pudiera decir nada.

—Sabes que estoy enamorada de él —intenté justificar, buscando un poco de comprensión.

—Y él te toma por tonta. Apuesto a que sale con otras mujeres.

—¡Bianca!

Suspiró y me tomó de la mano sobre la mesa, con un tacto cálido y reconfortante.

—Solo quiero lo mejor para ti, Amelia. Te mereces a alguien que te quiera de verdad, que te ponga en primer lugar.

Desvié la mirada hacia la ventana, observando a la gente que caminaba apresurada por las calles de Milán.

—Sé que es difícil —continuó Bianca, apretándome suavemente la mano—. Pero tienes que pensar en lo que realmente quieres para tu vida.

Respiré hondo, tratando de encontrar las palabras adecuadas. Mi relación con Luigi era complicada, llena de altibajos, pero la pasión que sentía por él era innegable. Aun así, la incertidumbre me consumía.

—Quizás tengas razón —admití, sintiendo una punzada de tristeza—. Pero no es fácil renunciar a alguien que significa tanto para mí.

Bianca sonrió con empatía.

—Lo sé, amiga. Pero si de verdad quisiera ir en serio contigo, ya te lo habría dicho en vez de esconderse. ¿Cuánto tiempo llevas así? Cinco años...

—Seis... —La corregí torpemente.

Bianca suspiró, moviendo la cabeza negativamente.

Me quedé sin palabras.

El peso de la realidad que me estaba imponiendo era difícil de ignorar. Levanté mi taza y bebí un sorbo de café, tratando de encontrar una manera de justificar la situación ante mí misma, pero nada parecía convincente.

El ambiente que nos rodeaba seguía siendo tranquilo. El camarero del mostrador preparaba bebidas, mientras algunas personas charlaban en voz baja en sus mesas.

—No quiero que sufras más por esto —dijo Bianca, apretándome la mano con firmeza—. Te mereces ser feliz, Amelia. Te mereces a alguien que te valore de verdad.

Suspiré, mirándola con gratitud mezclada con tristeza. Sabía que tenía razón, pero el amor que sentía por Luigi me retenía de una forma que no podía explicar.

—Lo sé, Bianca —dije, un poco conmovido—, pero no sé qué hacer.

Me abrazó y me acarició la espalda de forma reconfortante. Me quedé allí unos segundos, dejando que su presencia me calmara.

—Cambiemos de tema —sugirió, soltándome e inclinándose hacia atrás en su silla—. Quiero llevarte a un sitio especial, creo que te gustará.

Asentí con la cabeza, deseosa de disipar los pensamientos sombríos. Pagamos la cuenta y salimos del café, y dejé que Bianca me guiara por las concurridas calles de Milán.

Caminamos codo con codo, mi amiga me enseñaba nuevas tiendas y puntos de interés que había descubierto.

—Aquí estamos —dijo Bianca, deteniéndose frente a una pequeña tienda con vitrinas elegantes y discretas—. Estoy abriendo un punto de mi marca aquí, ¿qué te parece? —preguntó,

sus ojos brillando de emoción.

—Va a ser increíble. —Celebré, abrazándola—. Te mereces todos los éxitos, Bianca.

Entramos en la tienda y me llamó la atención el espacio decorado con muebles modernos y minimalistas, que creaban un ambiente acogedor y sofisticado. Tejidos de alta calidad se exponían en estanterías de cristal, mientras maniquíes elegantemente vestidos destacaban las piezas más sobresalientes de la colección.

—Quiero que veas algunos de mis nuevos diseños —dijo Bianca, llevándome de la mano a una zona privada del estudio—. Estoy entusiasmada con esta nueva línea.

Empezó a enseñarme vestidos, blusas y pantalones, cada uno más bonito que el otro. Los colores vibrantes y los cortes innovadores reflejaban el innegable talento de Bianca. Me enseñó una prenda tras otra, explicándome detalles del diseño y los materiales, mientras yo absorbía cada información con asombro.

—Te has superado —le felicité pasando la mano por un vestido de seda azul marino—. Estos diseños son maravillosos.

Bianca sonrió, complacida por mi entusiasmo.

—Quiero que te pruebes algunos. Creo que te quedarán perfectos.

Pasamos la tarde probándonos ropa, riendo y comentando cada prenda. Fue un placer compartir ese momento con ella, sentir su pasión por el trabajo y ver de cerca el resultado de tanto esfuerzo y dedicación.

Al caer la noche, salimos del estudio y decidimos cenar en un restaurante cercano. Sentadas a la mesa, brindamos con una copa de vino, celebrando no solo el éxito de Bianca, sino también nuestra amistad.



Luigi

Capítulo 2

Trabajar en el mundo de la moda siempre me ha dejado rodeado de las mejores marcas y las mujeres más bellas. Disfrutaba de todo ello como si la vida fuera una fiesta que no acabara nunca. Las luces de los desfiles, los aplausos y la atención constante eran el combustible que me hacía seguir adelante.

En la oficina, mi teléfono no paraba de sonar. Modelos, diseñadores, fotógrafos... todos querían un poco de mi tiempo. Entre llamada y llamada, revisaba el correo electrónico, programaba reuniones y coordinaba los próximos eventos. La apretada agenda era un reto, pero disfrutaba de la adrenalina.

Después de la sesión de fotos con Amelia, decidí tomarme un descanso. Me senté en mi sillón de cuero, contemplando la vista panorámica de Milán. La metrópoli palpitaba con energía, reflejando mi propio ritmo frenético. Tomé un vaso de whisky y bebí un sorbo, sintiendo el calor de la bebida bajar por mi garganta.

El sonido de la puerta al abrirse interrumpió mis pensamientos. Era Giulia, mi ayudante, que traía más documentos para que los revisara.

—Luigi, estos son los contratos para la próxima semana. Necesitan tu firma.

Asentí, tomé los papeles y empecé a leer. Giulia esperaba de pie, observándome con aquellos ojos atentos que siempre se fijaban en cada detalle.

—Giulia, verifica si podemos encontrar una hora para la reunión con los inversores mañana. Y confirma mi presencia en el evento de Dolce & Gabbana por la noche.

Lo anotó rápidamente y se marchó a cumplir con sus tareas. Volví mi atención a los contratos, pero mi mente seguía divagando.

Recordé nuestra última noche juntos en el camerino. La pasión entre nosotros era palpable, pero sabía que Amelia quería más de lo que yo podía ofrecerle. La presión iba en aumento y tenía que encontrar la manera de afrontarla sin hacerle daño.

Tras terminar de revisar los documentos, me levanté y me acerqué a la ventana. La ciudad seguía brillando en el exterior, indiferente a mis pensamientos y expectativas.

Saqué mi teléfono y envié un mensaje a Amelia.

Luigi:

¿Nos vemos luego?

Me quedé mirando la pantalla, esperando la respuesta. Sabía que estaba jugando a un juego peligroso, pero la emoción del momento siempre me atraía. Y por ahora, estaba dispuesta a seguir este baile, disfrutando de cada paso, aunque no supiera adónde nos llevaría.

Un sonido de notificación me devolvió a la realidad. Su respuesta apareció en la pantalla.

Amelia:

Por supuesto, ¿dónde y a qué hora?

Sonriendo, le envié los detalles del encuentro. Sabía que la velada prometía ser interesante, como siempre que estábamos juntos. Para mí, eso era lo que importaba: el placer, la diversión. Y Amelia, con su belleza y entrega, era perfecta para eso.



Amélia

Capítulo 3

Sabía que no debía hacerlo, pero cada vez que él me llamaba, corría hacia él, como si no pudiera controlar mi corazón. Me había mandado la dirección de un hotel, y nos encontramos en el bar. Al llegar, lo vi sentado en un rincón, con una bebida lista para mí.

Iba impecablemente vestido, como siempre, lo que no hacía sino aumentar su irresistible encanto. Su pelo rubio estaba perfectamente peinado y sus ojos azules brillaban con una intensidad que siempre me dejaba sin aliento. Cuando nuestras miradas se encontraron, levantó su copa, invitándome a unirme a él.

Respiré hondo, me ajusté el vestido y me acerqué.

—Buenas noches, Amelia —me dijo, entregándome la bebida.

Tomé la copa, sintiendo la frialdad del cristal en contraste con la calidez de mis manos. La suave música de piano de fondo creaba un ambiente elegante, casi íntimo. Me senté a su lado, intentando mantener la compostura.

—Hola, Luigi. —Sonreí, tratando de ocultar la ansiedad que siempre surgía durante estas reuniones.

Se inclinó un poco más. Su aroma amaderado se mezcló con el sabor a alcohol de la bebida.

Un escalofrío me recorrió la espalda cuando rozó ligeramente mi mano.

—¿Qué tal el día? —pregunté.

—Apresurado, pero productivo —respondió, tratando de mantener una conversación informal.

Sentir toda su atención sobre mí era embriagador. Sonreí y di un sorbo a la bebida, que era fuerte pero agradable, y me calentaba por dentro.

Eché un vistazo al bar. Unas cuantas personas charlaban tranquilamente en las mesas que

nos rodeaban, y el sonido del tintineo de las copas complementaba la música del piano.

Luigi me tocó ligeramente el brazo y volvió a centrar mi atención en él.

—¿Te gustaría subir? —preguntó con un tono encantador que me hizo entrar en calor.

Asentí, sintiendo que se me aceleraba el corazón. Nos levantamos y caminamos juntos. Entramos en el ascensor y las puertas se cerraron con un suave clic. Pulsó el botón del piso y, antes de que pudiera procesarlo, él me estaba acercando, juntando sus labios con los míos en un beso urgente. Las paredes de espejo reflejaban nuestra imagen, nuestros cuerpos entrelazados en una danza de deseo.

Cuando el ascensor se detuvo, Luigi juntó sus dedos con los míos y me condujo por el pasillo hasta la habitación. Al entrar, me recibió un ambiente lujoso, con muebles de diseño moderno y una vista panorámica de la ciudad iluminada. Cerró la puerta detrás de nosotros, y sentí cómo crecía la familiar excitación.

Dejé caer el bolso en un sillón cercano mientras Luigi tiraba de mí para acercarme, sus firmes manos exploraban mi cuerpo con una urgencia que siempre hacía que mi corazón se acelerara.

—Eres preciosa, Amelia —murmuró, rozándome el cuello con los labios.

Cerré los ojos, entregándome al momento, sabiendo que, a pesar de todo, no podría resistirme a su magnetismo. Y por ahora, eso era lo único que importaba.

Me besó, apretó y mordió, mi cuerpo se llenó de excitación, derritiéndose ante sus caricias. Estaba completamente rendida a él, al calor, al deseo.

¡*Ahhhh*!

Quería más, todo de él, cada pedacito. Luigi empezó a quitarme el vestido, besando cada parte de mi piel. Me hizo girar y me apoyé en un aparador, viendo mi imagen reflejada en el espejo, mis pechos sobresaliendo mientras él se colocaba detrás de mí, tirándome del pelo y besándome el cuello. Yo estaba en ropa interior, y sentía el bulto de su pantalón contra mi culo.

La habitación estaba iluminada por una suave luz que creaba sensuales sombras en las paredes. La ciudad brillaba con miles de luces, pero lo único que importaba en aquel momento

era el calor del cuerpo de Luigi contra el mío. Deslizó sus manos por mi cuerpo, apretando mi piel, cada roce encendiendo un nuevo punto de deseo.

—Me vuelves loco, Amelia —susurró, mientras sus manos exploraban mi ser, recorriendo mi cintura, apretando mis muslos.

Sentí sus dedos deslizarse por el lateral de mis bragas, tirando ligeramente de ellas mientras me mordisqueaba el hombro. El reflejo en el espejo mostraba mis ojos entrecerrados por el placer, mi boca entreabierta, mis gemidos escapándose sin control. Luigi me empujó suavemente contra el aparador, sus manos se deslizaban ahora por mi vientre, explorando cada centímetro de mi piel.

Se arrodilló, sus manos bajando por mis piernas, quitándome la ropa interior lentamente. Estaba desnuda, completamente expuesta a él. Se levantó, sus ojos azules encontrando los míos en el espejo. Sentía la tensión crecer mientras bajaba el cierre de su pantalón, en movimientos lentos y calculados.

—Te quiero toda para mí —dijo, con los ojos fijos en los míos.

Me apoyé firmemente en el aparador, arqueando la espalda, preparándome para lo que venía. Él jaló mi cadera hacia atrás, su cuerpo presionando contra el mío. Sentí el calor de su miembro rozando mi piel, la anticipación era casi insoportable.

Luigi frotaba el bulto de sus pantalones contra mí, aumentando mi excitación, volviéndome loca de deseo y haciéndome suplicarle.

Realmente quería a ese hombre.

—Mojada, ¿eh? —bromeó.

—Así es... —confesé, muy excitada.

—Ah, así es como me gusta.

Me frotó con más fuerza y, justo cuando pensaba que iba a penetrarme, me levantó del mueble y me volvió a colocar en el suelo, haciéndome arrodillar y ponerme a la altura de su pene.

—Chúpamela —ordenó, con voz firme—, chúpamela como tú sabes.

Obedecí, mis ojos se encontraron con los suyos mientras mi mano se deslizaba por sus calzoncillos y se los quitaba. Su miembro palpitaba delante de mí y lo rodeé con los labios, sintiendo su calor y su sabor. Luigi me sujetaba la cabeza con firmeza, guiando mis movimientos con una posesividad que me ponía aún más caliente.

Lo acaricié con la lengua, explorando cada centímetro, escuchando los suspiros y gemidos que intentaba contener. Sus dedos se enredaron en mi pelo, tirando ligeramente de él mientras yo aumentaba el ritmo, chupando con más intensidad.

—Sí, Amelia, no pares... —murmuró, con los ojos cerrados de puro placer.

Continué, alternando chupadas fuertes y suaves, provocándolo, sintiendo cómo aumentaba la tensión en su cuerpo. Él estaba a punto de llegar al clímax y me encantaba la sensación de poder que me daba. Sabía exactamente qué hacer para volverlo loco.

Me derramó toda su leche en mi boca y me la tragué toda, saboreándola. Entonces Luigi me levantó y me tiró sobre la cama. Me ató los brazos al cabecero de la cama con su corbata, con los nudos lo bastante apretados para inmovilizarme, y se puso encima de mí, posesivo y dominante.

—Eres mía, Amelia —murmuró, sus ojos brillando con una intensidad que me dejó sin aliento.

Empezó a provocarme, sus manos se deslizaban por mi cuerpo, explorando cada curva. Tiró de mis pezones entre sus dedos, mordiéndolos ligeramente, enviando oleadas de placer directamente a mi centro. Mi sexo palpitaba desesperadamente, pero él evitaba cualquier contacto directo, manteniéndome al borde de la desesperación.

—Te gusta, ¿verdad? —preguntó con voz ronca cerca de mi oído mientras seguía torturándome los pezones.

—Sí, Luigi, por favor... —supliqué, acelerando la respiración y arqueando el cuerpo en un intento de buscar más contacto.

Se rió suavemente y bajó la boca por mi cuerpo, besándome y mordisqueándome la piel. Sus labios encontraron mi vientre, y gemí suavemente, deseando que me tocara donde más lo necesitaba. Pero Luigi parecía decidido a prolongar mi agonía.

Sujetándome firmemente por las caderas, me separó las piernas, exponiéndome por completo. Me sentí vulnerable y excitada, con la piel erizada de anticipación. Siguió besándome los muslos, su lengua trazaba líneas invisibles que me hacían estremecer.

—Dime cuánto me deseas, Amelia —exigió, clavando sus ojos en los míos.

—Te deseo, Luigi, necesito tu verga dentro de mí... —respondí, en un tono bajo, lleno de deseo.

Sonrió satisfecho, pero siguió sin darme el alivio que ansiaba. En lugar de eso, volvió a subir por mi cuerpo, mordiéndome y chupándome los pezones de nuevo, mientras sus manos me rodeaban la cintura. Mi cuerpo ardía, y cada segundo sin su contacto en mi vulva era una tortura.

Finalmente, bajó una vez más y sus dedos se deslizaron entre mis piernas, provocándome ligeramente. Sentí un escalofrío de placer cuando por fin me tocó el clítoris, y su firme presión me arrancó un fuerte gemido.

—Por favor, no pares... —Supliqué, girando la cabeza con la intensidad del momento.

Sonrió y empezó a mover los dedos a un ritmo que me llevó rápidamente al límite. Me temblaba todo el cuerpo y sabía que no tardaría en llegar al clímax.

—Gime para mí, Amelia —ordenó, aumentando la presión y la velocidad de sus movimientos.

Con un último gemido profundo, mi cuerpo se rindió al orgasmo, cada músculo contrayéndose en éxtasis. Él vio cómo me derrumbaba de placer.

—Sabes que puedo darte placer, ¿verdad? —comentó, autoritario y posesivo.

—Lo sé —murmuré, aún recuperándome del orgasmo.

—Soy más que un buen agente para mi modelo.

—Sí, lo eres —acepté, rendida.

Seguía entre mis piernas, mis manos atrapadas mientras frotaba su pene contra mi entrada. Su tacto, la firmeza de sus palabras, todo ello me excitaba aún más, incluso después de un orgasmo tan intenso.

—Eres mía, Amelia. Y haré lo que quiera contigo.

Asentí mientras él tomaba mis piernas y las colocaba sobre sus hombros. Su saliva se deslizó entre mis nalgas y estremecí con la anticipación. Había estado con dos hombres antes, pero Luigi era el único con el que había hecho sexo anal, y a él le encantaba dominarme por completo.

—Relájate, sabes que va a ser bueno —me dijo, mientras sus manos se deslizaban por mis muslos, sujetándome con fuerza.

Sentí su dedo presionando ligeramente, preparándome con cuidado. Cada movimiento era calculado, intensificando mi excitación. La sensación de estar completamente dominada, de estar a su merced, era a la vez aterradora e increíblemente placentera.

Aumentó la presión de su dedo, entrando lentamente, y me mordí el labio, conteniendo un gemido. Luigi siguió estimulándome, sus hábiles manos exploraban cada parte de mi cuerpo, asegurándose de que estaba completamente relajada y preparada para él.

—Eres perfecta así, Amélia —murmuró.

Me perdí en el momento, sintiendo cada caricia, cada movimiento. Comenzó a moverse con más firmeza, aumentando gradualmente su ritmo. La sensación de plenitud y la mezcla de placer y dolor me llevaron a un estado de éxtasis que nunca había experimentado con nadie más que con él.

Luigi se inclinó sobre mí y me agarró las caderas con fuerza mientras se movía dentro de mí. El espejo reflejaba nuestros cuerpos, y la visión de su posesividad aumentaba aún más mi excitación. Me sentía completamente a su merced, y eso no hacía más que aumentar mi deseo.

—Di que eres mía, Amelia —exigió, con voz llena de autoridad.

—Soy tuya, Luigi, solo tuya —respondí, embriagada de placer.

Sonrió satisfecho y su ritmo se intensificó. Sentía temblar todo mi cuerpo, cada movimiento suyo me acercaba al clímax. Nuestros gemidos llenaron la habitación, una sinfonía de deseo y placer.

Entonces retiró el dedo y se colocó en posición. Sentí la presión de su verga en la

abertura de mi culo, y empezó a entrar lentamente, permitiendo que mi cuerpo se adaptara a su tamaño. La sensación fue intensa, una mezcla de dolor y placer que me hizo gemir con fuerza.

—Relájate, déjame entrar completamente.

Obedecí, respiré hondo e intenté relajarme. Empujó un poco más fuerte y pronto estuvo dentro de mí. La sensación de estar llena era abrumadora, y sentía cada centímetro de él dentro de mí.

Luigi empezó a moverse con firmeza, y cada embestida provocaba oleadas de placer en mi cuerpo. Me sujetaba las caderas, controlando el ritmo, mientras yo gemía y me retorcía bajo él.

—Te gusta, ¿verdad? —me preguntó, con su voz en un cálido susurro en mi oído.

—Sí, me gusta —respondí en un susurro de placer.

Sonrió y aumentó el ritmo, con sus firmes manos agarrando mis caderas. La habitación parecía desaparecer a nuestro alrededor, dejando solo el sonido de nuestros cuerpos moviéndose juntos, el crujido de la cama y nuestros gemidos llenando el aire.

El espejo del techo reflejaba la intensidad de nuestros movimientos, captando cada momento de placer. Vi mi propio reflejo, los ojos entrecerrados por el éxtasis, la boca entreabierta, entregándome por completo a él.

—Eres mía, Amelia, solo mía —repitió, con voz llena de autoridad.

—Solo tuya —acepté, sintiendo que se acercaba otro orgasmo, cada vez más fuerte.

Luigi me sujetó el mentón, obligándome a mirarlo directamente a los ojos mientras me llevaba de nuevo al límite. Su mano se deslizó entre mis piernas y sus dedos encontraron mi clítoris. Comenzó a masturbarme, con movimientos precisos y firmes, prolongando mi placer. Con una última y profunda embestida, sentí que mi cuerpo se rendía al clímax, que cada músculo se contraía en un éxtasis absoluto. Él siguió poco después, gimiendo mi nombre mientras se derramaba dentro de mí.

Todavía sentía los espasmos de mi orgasmo y él seguía moviendo el dedo sobre mi clítoris. Cada roce me llevaba a nuevos picos de placer, mi respiración se volvía irregular a

medida que se acercaba otro orgasmo. Mi cuerpo ardía, completamente a su merced. Con un profundo gemido, sentí que una nueva oleada de éxtasis me invadía, y mis músculos volvieron a contraerse en torno a los dedos de Luigi.

Me soltó y me estrechó entre sus brazos mientras nuestras respiraciones se calmaban. Permanecimos así unos instantes, con nuestros cuerpos entrelazados, disfrutando de la intimidad del momento.

—Eres la modelo más sexy de todas —me dijo junto a la oreja, retorciéndome los pechos.

—¿Aunque esté a punto de cumplir treinta y tres años?

—Un buen vino mejora con el tiempo —respondió, dándome una palmada en el trasero.

Me reí, sintiendo el ligero escozor de la bofetada. Amaba a aquel hombre, aunque nunca tuve el valor de decírselo. Mis sentimientos eran profundos, una llama constante que no podía apagar. En medio de mis pensamientos, recordé a mi amiga diciendo que si realmente me quisiera, ya me habría pedido matrimonio.

Acostada en los brazos de Luigi, me asaltaron las dudas. ¿Por qué nunca había querido formalizar nuestra relación? ¿Era yo una conquista más para él, una distracción temporal? Estas preguntas me corroían, pero el calor del momento y la comodidad de su cuerpo junto al mío ahogaban en parte estas incertidumbres.

Me acarició la piel con un tacto ligero, casi perezoso, como si estuviera saboreando cada momento. Mis pensamientos volvieron a las palabras de Bianca, a sus preocupaciones y consejos. Tenía razón, merecía a alguien que me aceptara, que me quisiera por completo.

—¿En qué estás pensando? —preguntó, deslizando su mano por mi brazo.

—Pensando en el futuro, en las cosas que quiero para mi vida.

Sonrió, pero había una sombra de duda en sus ojos. Nos quedamos en silencio un rato más, la conexión física seguía siendo fuerte, pero con un peso emocional que yo no podía ignorar.

—Sabes que soy tuya, ¿verdad? —susurré, tratando de encontrar una forma de expresar mis sentimientos sin asustarlo.

—Sí, ya lo sé —respondió, apretándome más contra él.

Quería algo más que esos momentos furtivos de pasión. Quería una vida juntos, quería ser algo más que un secreto bien guardado.

A medida que avanzaba la noche, permanecimos allí, con nuestros cuerpos entrelazados, la calidez de la intimidad comenzando a dar paso a una nueva capa de vulnerabilidad y necesidad de claridad. Sabía que había llegado el momento de afrontar estas preguntas, de buscar respuestas para mi inquieto corazón.



Luigi

Capítulo 4

Me desperté en la habitación del hotel, me levanté, me vestí y me fui a casa antes de que Amelia se despertara. Tenía muchas citas a lo largo del día y no podía llegar tarde. Amélia era sexy, pero solo una distracción deliciosa. No quería nada serio con ella, ni con ninguna mujer.

El cielo aún estaba oscuro cuando salí del hotel. Las calles de Milán empezaban a despertarse, el tímido movimiento de los primeros coches y peatones señalaba el comienzo de otro día. La brisa fresca de la mañana me ayudó a despejar la mente mientras caminaba hacia mi coche.

Al llegar a casa, me metí directo en la ducha, dejando que el agua caliente se llevara los restos de la noche anterior. Mientras me duchaba, repasaba mentalmente mi agenda: reuniones con inversores, una sesión de fotos importante y un evento por la noche. Tenía que estar en mi mejor versión.

Después de ducharme, me puse un traje impecable, me ajusté la corbata y me miré en el espejo. Me gustó la imagen que vi en el espejo. Me veía seguro de mí mismo y en control, exactamente como necesitaba estar para hacer frente a las presiones de mi trabajo. Tomé el móvil y vi algunos mensajes de Amelia. Ignorándolos por el momento, salí del piso y me dirigí a la oficina.

El tráfico de Milán era tan caótico como siempre, pero yo ya estaba acostumbrado. Aproveché el tiempo en el coche para hacer algunas llamadas y coordinar los detalles del día. Cuando llegué a la oficina, me recibió Giulia, mi eficiente ayudante, que ya tenía un montón de documentos para que los revisara.

—Buenos días, Luigi. Aquí están los contratos que debe firmar antes de la reunión con los inversores.

Asentí, tomé los papeles y empecé a leerlos mientras me dirigía a mi despacho. La oficina estaba a pleno rendimiento, el sonido de los teléfonos y las conversaciones en voz baja creaban un ambiente familiar. Me senté a la mesa y empecé a trabajar, sumergiéndome en los

detalles de cada contrato.

El día transcurrió entre reuniones y llamadas. Mi mente estaba concentrada en las tareas que tenía entre manos, pero de vez en cuando aparecían pensamientos sobre Amelia. No era la primera vez que me despertaba a su lado y me iba antes de que se despertara. La verdad era que, aunque disfrutaba de su compañía en la cama, no quería más que eso.

A media tarde, recibí un mensaje de uno de los inversores confirmando la reunión. Sonreí con satisfacción, sabiendo que todo iba según lo previsto. Giulia entró en la sala, con un café recién hecho y algunos documentos más para revisar.

—Gracias, Giulia. —Tomé el café, saboreando su fuerte y reconfortante aroma.

Se marchó, dejándome a solas con mis pensamientos. Sabía que Amelia quería más de mí, algo que yo no estaba dispuesto a ofrecerle. Era una mujer hermosa, pero mi atención se centraba en el trabajo, la carrera y el éxito. Las relaciones amorosas eran complicadas y solo me estorbaban.

Al final del día, me preparé para el evento de la noche. El cóctel de Dolce & Gabbana era un evento muy importante para conseguir los rostros de las modelos que yo dirigía para las campañas de marketing de la empresa.

Bajé del coche frente al lugar de celebración, ajustándome el smoking. La fachada del edificio estaba iluminada con elegantes luces, y una pasarela de alfombra roja conducía a los invitados hasta la entrada. Los paparazzi estaban estratégicamente situados, captando cada momento. Caminé con confianza, saludando a algunos conocidos por el camino.

Al entrar, me recibió una suave sinfonía y el murmullo de animadas conversaciones. La sala estaba decorada con sofisticación, lámparas de araña de cristal colgaban del techo y exóticos arreglos florales estaban esparcidos por la sala. Los camareros circulaban con bandejas de champán, tomé una copa y bebí un sorbo mientras observaba el ambiente.

Pronto localicé a algunos de mis contactos más importantes. Me acerqué a un grupo de ejecutivos de Dolce & Gabbana e inicié una conversación sobre las próximas campañas. El objetivo estaba claro: conseguir que mis modelos fueran el centro de atención.

—Luigi, me alegro de verte aquí —dijo uno de los ejecutivos, estrechándome la mano

con una sonrisa.

—El gusto es mío. ¿Hablamos de los detalles de la nueva campaña?

Mientras hablábamos, mi mirada recorrió la sala, siempre atenta. Me fijé en la llegada de Amelia, deslumbrante, con un vestido rojo que realzaba sus curvas. Me saludó con una sonrisa, pero mantuve la compostura, concentrándome en la conversación con los ejecutivos.

—Nuestras modelos son la elección perfecta para la nueva colección —argumenté, presentando las cualidades de cada una de ellas—. Tienen la imagen y el carisma que busca Dolce & Gabbana.

La conversación fluyó bien y pude comprobar el interés de los ejecutivos. Amelia se acercó y uno de los fotógrafos la llamó para una sesión de fotos. Sabía que estaba allí no solo como modelo, sino también esperando un momento de mi atención. Sin embargo, seguí concentrado en mi trabajo.

El evento continuaba, y yo me movía de grupo en grupo, conversando, negociando y asegurando oportunidades para mis modelos. La música de fondo creaba una atmósfera agradable, y la champaña seguía fluyendo.

Cuando por fin tuve un momento de respiro, me dirigí al bar. Pedí un whisky, sintiendo la necesidad de algo más fuerte. Amelia se acercó, con una sonrisa que podría derretir a cualquiera, pero me mantuve firme.

—Estás impresionante esta noche —comenté, dando un sorbo a mi bebida.

—Gracias, Luigi. Tú también estás impecable. —Me tocó ligeramente el brazo y sentí la tensión sexual entre nosotros.

Antes de que pudiera decir algo más, se acercó un grupo de inversores. Me giré para saludarlos, entablando otra ronda de negociaciones. Amelia estaba a mi lado, pero su presencia no era más que un recordatorio constante de lo que estaba evitando.

El acto continuó y supe que estaba haciendo lo necesario para garantizar el éxito de mis modelos. Al final de la velada, cuando todo el mundo empezaba a dispersarse, Amelia volvió a acercarse a mí.

—Tenemos que hablar, Luigi —dijo ella, con expresión seria.

—Mañana, Amelia. Hoy ha sido un día muy largo —respondí, tratando de evitar una conversación que sabía que sería complicada.

Asintió con la cabeza y vi que una expresión de decepción cruzaba su rostro, pero no insistió. Sabía que yo estaba concentrado en el trabajo y, por ahora, eso era lo único que importaba.

Me fui del evento con una mezcla de satisfacción y cansancio, sabiendo que había hecho lo necesario para asegurar el éxito de mis negocios.



Amélia

Capítulo 5

Mi malestar se intensificaba día a día mientras intentaba, sin éxito, confesarle a Luigi lo que sentía. Cuando mi menstruación se retrasó dos días y me hice una prueba de embarazo, supe que ya no podía seguir evitando el asunto...

Aquella mañana entré en su despacho y él se levantó, acercándose a mí. Luigi se acercó a mí, empezó a besarme y su mano bajó por dentro de mi vestido, pero antes de que pudiera quitarme las bragas, lo detuve.

—¡Tenemos que hablar!

—¿Sobre qué? —Ensanchó los ojos y se volvió con una expresión de confusión que se apoderó de su atractivo rostro.

Respiré hondo, tratando de encontrar las palabras adecuadas, pero me pareció mejor ir directamente al grano.

—Estoy embarazada.

El silencio que siguió me pareció ensordecedor. Vi la sorpresa en sus ojos, seguida de una serie de emociones que intentó enmascarar.

—¿Cómo pasó esto? —preguntó con una voz tan fría que me golpeó como una estaca de hielo.

—Simplemente pasó, Luigi...

—¡Eres una idiota!

Abrí los ojos de par en par, atónita por su grito.

—¿Qué...? ¿Cómo puedes decir eso? —Me tembló la voz, sintiendo una mezcla de conmoción y dolor.

Se alejó, pasándose la mano por su pelo rubio, visiblemente disgustado. Se acercó a la ventana, mirando hacia fuera como si buscara respuestas en el horizonte.

—No puedo creer que dejaras que esto ocurriera, Amelia. —Se dio la vuelta bruscamente, mirándome con sus fríos y duros ojos azules.

—Yo no dejé que ocurriera, simplemente ocurrió —me defendí, con la voz apenas en un susurro ante la intensidad de su furia.

—No estoy preparado para ser padre. ¡Ya lo sabes!

Sentí que se me saltaban las lágrimas, pero las contuve. No quería parecer débil delante de él.

—Y yo no puedo con esto sola, Luigi. Necesitamos encontrar una solución juntos.

—¡Encuentra tú una solución! —gritó con palabras llenas de desprecio.

—Tú también eres parte de esto, Luigi.

—Deshazte de ese problema, tú puedes hacerlo. ¿Cómo piensas seguir con tu carrera así? Ya no eres una jovencita, y ahora te vas a poner gorda y llena de estrías.

Sus palabras fueron demasiado crueles. Sentí como si me hubieran clavado un cuchillo en el corazón. Todo mi cuerpo temblaba, no solo de rabia, sino de profunda decepción.

—¿Cómo puedes ser tan insensible? ¿Tan cruel? —pregunté, con la voz entrecortada por las lágrimas.

Apartó la mirada, visiblemente incómodo por mis lágrimas, pero no parecía arrepentido. Me acerqué a él, tratando de encontrar cualquier rastro del hombre que creía conocer.

—Pensé que te preocupabas por mí, Luigi. Pensé que yo era algo más que diversión para ti.

Suspiró, pasándose una mano por el pelo rubio, con la expresión aún endurecida.

—Amelia, me gustas, pero esto... esto es demasiado. No estoy listo para cambiar toda mi vida.

—¿Y crees que yo sí estoy preparada? —repliqué, elevando el tono de mi voz—. ¿Crees que lo he planeado? Por supuesto que no, pero ahora es real y tenemos que afrontarlo juntos.

Permaneció en silencio, con la mandíbula tensa, mientras me miraba. El peso de sus palabras aún flotaba en el aire y su crueldad erosionaba cualquier resto de confianza que pudiera tener en él.

—Pues vete al infierno. Me encargaré yo misma —declaré, sintiendo que la rabia y el dolor se mezclaban en mi interior—. Pero no vuelvas a buscarme, Luigi. No soy un problema que tengas que resolver.

Me di la vuelta y salí de la oficina, escuchando el eco de mis pasos rápidos en el pasillo. Las lágrimas seguían cayendo, pero ahora eran de una tristeza más profunda.

Cuando llegué a la calle, respiré hondo, intentando calmar mi acelerado corazón. Tomé el teléfono y llamé a Bianca, temblando mientras hablaba.

—Bianca, te necesito. ¿Podemos vernos?

Aceptó sin vacilar, con una preocupación evidente en su voz. Sabía que podía contar con ella y, en aquel momento, eso era lo único que importaba.

No me importaba lo que Luigi pensara o dijera, yo afrontaría esta situación con valentía.

***

Quedé con mi amiga en su boutique. En cuanto llegué a la puerta, las lágrimas cayeron con tal intensidad que no pude controlarme, a pesar de que el personal me vio en ese estado. Bianca me abrazó y me guió hasta la parte de atrás antes de preguntarme qué pasaba.

—Amelia, ¿qué ha pasado?

—Estoy embarazada —logré decir entre sollozos mientras me abrazaba.

Bianca me estrechó más fuerte, su abrazo cálido y reconfortante. Sentía que me desmoronaba, pero su presencia me dio un poco de fuerza.

—Vamos a mi despacho. Tenemos que hablar con calma —me dijo, guiándome a un espacio más privado.

Entramos en el despacho, una sala con cómodos sofás y una mesa llena de muestras de tejidos. Me senté, intentando controlar las lágrimas, mientras Bianca cerraba la puerta, dándonos

intimidad.

—Cuéntamelo todo, desde el principio —me pidió, tomando asiento a mi lado y tomándome de la mano.

Respiré hondo y empecé a contar todo lo que había pasado. Desde el retraso de la regla y el resultado positivo de la prueba de embarazo hasta la horrible conversación con Luigi. A medida que hablaba, sentía que el dolor y la rabia volvían, pero era bueno desahogarme con mi mejor amiga.

—Fue tan cruel, Bianca. Dijo que debía deshacerme del problema, que mi carrera estaba acabada. —Las palabras salieron entre lágrimas.

—Amelia, ¡él es un idiota! No lo necesitas para solucionar esto. Encontraremos una solución —dijo con firmeza.

—Pero no sé qué hacer. No puedo criar a un niño yo sola. Mi carrera... —Se me quebró la voz y volvieron a brotar las lágrimas.

—Primero, cuidaremos de ti. Luego pensaremos en el resto. Eres fuerte —dijo Bianca, apretándome la mano con fuerza.

El consuelo de sus palabras me dio un poco de esperanza.

—Vamos a ir al médico y ver todas las opciones. No te preocupes por tu carrera ahora. Tienes talento, y vamos a encontrar la forma de que lo concilies todo —continuó ella, firme y alentadora.

—Gracias, Bianca. Eres una amiga increíble.

—No hay de qué, Amélia. No dejaremos que ese idiota te destruya.

—No sé qué haría sin tu apoyo.

—Ahora, dime, ¿qué es lo que tú quieres hacer?

Me miré el estómago, me puse las manos sobre él y suspiré. Aunque aún no sentía nada, sabía lo que tenía que hacer.

—¡Quiero tener este bebé!

Bianca sonrió, sus ojos brillaban con una mezcla de apoyo y orgullo.

—Entonces eso es lo que haremos. Estaré a tu lado en cada paso del camino, Amélia. No tienes de qué preocuparte.

Me sentí más ligera después de tomar la decisión, aunque sabía que tendría muchos retos por delante. La presencia de Bianca me dio fuerzas, y su confianza en mí me hizo creer que todo era posible.

—Vamos a organizarnos. Primero el médico, luego veremos qué hacer con el trabajo —dijo Bianca, ya tomando el teléfono para agendar una consulta.

Mientras ella hacía las llamadas, yo me sentaba en el sofá del despacho, mirando a mi alrededor. La habitación estaba llena de muestras de telas y diseños de ropa, reflejo del talento y la dedicación de Bianca. Me sentí agradecida por tener una amiga tan increíble.

Al cabo de unos minutos, volvió con una sonrisa en la cara.

—Conseguí una consulta para mañana. Vamos juntas, ¿de acuerdo?

Asentí con la cabeza, sintiendo una oleada de alivio. Saber que contaría con su apoyo marcaba la diferencia.

—¿Y el trabajo? No puedo desaparecer de la nada. Necesito pensar en cómo organizar todo.

—Vayamos paso a paso. Primero, cuida de tu salud y del bebé. Luego podemos pensar en estrategias para que sigas trabajando. Quién sabe, ¿podrías ser la modelo de una nueva campaña para mamás? —sugirió Bianca, con un brillo en los ojos.

Sonreí, apreciando su creatividad y optimismo.

—¿Quién sabe? —respondí, empezando a sentirme un poco más esperanzada.

Pasamos el resto de la tarde hablando, haciendo planes y, sobre todo, fortaleciendo nuestra amistad. Cada palabra de Bianca, cada gesto de afecto, me hacían creer que, a pesar de las dificultades, sería capaz de afrontarlo todo.



Luigi

Capítulo 6

¿Embarazada? Debe estar bromeando.

Amelia ya no era una niña para olvidarse del anticonceptivo, parecía más bien una trampa para engancharme a ella, pero no caería en la trampa. Ni Amelia ni ninguna mujer me tomaría por tonto. Ella era un modelo, pero se estaba haciendo mayor y no era lo mejor para mí. Podía prescindir de ella.

Me senté en mi escritorio, frotándome las sienes mientras intentaba procesar la noticia. El día había estado lleno de citas y, finalmente, *esto*...

Amélia estaba jugando sucio, pero no iba a permitir que afectara mis planes. Miré por la ventana de mi oficina, observando la ciudad de Milán extenderse ante mí. Todo lo que había logrado estaba ahí, y no iba a dejar que nada ni nadie lo arruinara.

Me levanté y caminé hacia el minibar en la esquina de la sala, sirviéndome un trago de whisky. El líquido dorado bajó por mi garganta, ardiendo, pero me dio un momento de claridad. Necesitaba pensar bien y encontrar una solución que no comprometiera mi libertad.

Sonó el teléfono, interrumpiendo mis pensamientos. Era uno de los inversores con los que había hablado en el evento de Dolce & Gabbana. Respiré hondo antes de contestar, dejando a un lado mis problemas personales para centrarme en lo que realmente importaba: mi negocio.

—Luigi al habla. Sí, claro, estoy disponible. —Mi voz salió firme, profesional, mientras apuntaba mentalmente los puntos importantes de la conversación.

Terminé la llamada con una sonrisa de satisfacción. Al menos en el trabajo, todo estaba bajo control. Pero Amelia... Necesitaba resolver este asunto de una vez por todas. Decidí que no hablaría más con ella. No quería saber nada de ella ni de ningún bebé, aunque eso significara poner fin a la relación laboral que ambos habíamos mantenido durante años y a nuestra aventura.

Volví a tomar el teléfono, esta vez para hablar con Giulia.

—Giulia, llama a nuestro departamento legal y diles que ya no representamos a Amelia.

Quiero que canceles nuestro contrato. Y hazlo ahora.

Dudó un momento, sorprendida por mi decisión.

—¿Estás seguro, Luigi? Amelia ha sido una de nuestras mejores modelos.

—Completamente seguro. Acaba con eso ya.

Colgué el teléfono, sintiendo una oleada de alivio mezclada con un ligero malestar. Sabía que estaba tomando una decisión drástica, pero era necesaria. No permitiría que nadie me complicara la vida, ni siquiera Amelia.

Pasé el resto del día inmerso en el trabajo, centrado en contratos, negociaciones y reuniones. Cada tarea terminada me daba una sensación de control, dejando a un lado las preocupaciones personales. Al caer la noche, sentí otro tipo de cansancio, como si la tensión emocional hubiera agotado mi energía.

Tomé otro vaso de whisky, contemplando la vista nocturna de Milán. Las luces de la ciudad brillaban, indiferentes a mis dilemas. Quizá fuera mejor así. Sin Amelia, sin complicaciones. Solo yo, mi carrera y la libertad que tanto apreciaba.



Amélia

Capítulo 7

Luigi no dudó ni un segundo en sacarme del casting de la agencia, y me sentí aún más devastada al darme cuenta de lo poco que le importaba. Mi mejor amiga me lo había advertido varias veces, pero yo, estúpida, preferí no ver la realidad hasta que fue demasiado tarde.

Estaba sentada en el sofá de casa de Bianca, dejando que las lágrimas rodaran libremente por mi rostro. El mundo parecía derrumbarse a mi alrededor, y la realidad de mi situación se hacía más pesada por momentos. Bianca entró en el salón con una taza de té caliente y se sentó a mi lado.

—Amelia, siento todo esto. Pero eres fuerte y lo superarás. —Me ofreció la taza y la acepté con manos temblorosas.

—Gracias, Bianca. Es que... no puedo creer que lo hiciera...

Me rodeó los hombros con el brazo y me dio un abrazo reconfortante.

—No le necesitas a él ni a su agencia. Hay muchas otras oportunidades, y tienes demasiado talento como para que te pasen por alto.

Respiré hondo, intentando encontrar algo de calma en su presencia. El té caliente ayudó a calmar mis nervios, pero el dolor emocional seguía siendo profundo.

—¿Qué vas a hacer ahora? —preguntó Bianca en voz baja.

—Voy a seguir adelante. No tengo otra opción. —Las palabras salieron más firmes de lo que esperaba, mostrando una chispa de determinación en medio del caos.

Bianca sonrió, dándome una palmadita en el hombro.

—Eso es lo que quería oír. Encontraremos nuevas oportunidades para ti. Conozco algunos contactos que pueden ayudar.

Asentí con la cabeza, sintiendo brotar un poco de esperanza. Sabía que el camino por delante sería difícil, pero con el apoyo de Bianca, tenía una oportunidad.

Pasé los días siguientes reorganizando mi vida. Fui al médico, empecé los cuidados prenatales e intenté seguir adelante sin pensar en Luigi. Cada día era un pequeño paso hacia la recuperación. Bianca me ayudó a ponerme en contacto con otras agencias, y pronto estaba reservando nuevas sesiones de fotos y entrevistas. El embarazo siguió siendo un reto, pero estaba decidida a ser fuerte por mí y por mi bebé.

Una tarde, mientras estaba en una sesión de fotos, recibí una llamada. Era una conocida agencia interesada en representarme. Concerté una cita para el día siguiente, sintiendo una mezcla de nerviosismo y emoción. Podía ser la oportunidad que necesitaba para empezar de nuevo.

El día de la reunión, me vestí con cuidado, eligiendo un vestido elegante que acentuaba mi confianza. Caminé por las calles de Milán con renovada determinación, dispuesta a afrontar lo que me esperara.

Cuando entré en las oficinas de la agencia, me recibió un ambiente sofisticado y acogedor. La recepcionista me condujo a una sala de reuniones, donde conocí al director de la agencia, un hombre encantador y profesional.

—Amelia, es un placer conocerte. Hemos oído hablar muy bien de ti —me dijo, estrechándome la mano con una cálida sonrisa.

—Gracias por la oportunidad —respondí, sintiéndome confiada.

Me indicó una silla para que me sentara, mientras él se acomodaba al otro lado de la mesa. El despacho estaba decorado con muebles modernos y elegantes, y las paredes estaban adornadas con fotos de modelos famosas que habían trabajado con la agencia.

—Entonces, Amélia, me gustaría ver tu portafolio —pidió con una mirada atenta.

Abrí el bolso, saqué el álbum de fotos y se lo entregué. Hojeó las páginas con atención, sus ojos analizando detenidamente cada imagen. Observé sus expresiones, tratando de discernir su opinión.

—Tus fotos son impresionantes. Tienes un talento natural y una presencia impactante ante la cámara. —Me felicitó, levantando los ojos para mirarme.

—Me alegra que te hayan gustado —respondí, sonriendo.

—Me gusta mucho. Creo que podríamos hacer un gran trabajo juntos. Tenemos varias campañas y proyectos en marcha que serían perfectos para ti. —Cerró el libro y lo dejó sobre la mesa, inclinándose ligeramente hacia delante—. Además, siempre estamos buscando caras nuevas para representar a nuestra agencia en eventos internacionales.

Mi corazón se aceleró ante la perspectiva de las oportunidades que estaba describiendo.

—Tengo muchas ganas de formar parte de su equipo y contribuir de la mejor manera posible —dije, tratando de contener la emoción en mi voz.

—Excelente. Empecemos con algunos contratos básicos para sesiones fotográficas y campañas publicitarias. Si todo va bien, podemos ampliar a proyectos más grandes en el futuro. —Sonrió de nuevo, tendiendo la mano para formalizar el acuerdo.

Apreté su mano con firmeza, sintiendo una oleada de alivio y felicidad al darme cuenta de que había encontrado un nuevo camino.

—Bienvenida a nuestro equipo, Amelia.

—Muchas gracias.

Estaba contenta con el nuevo comienzo, pero sabía que tenía que ser sincera sobre mi situación.

—Antes de terminar, hay algo que tengo que decirte —dije, intentando mantener la voz firme.

—Claro, ¿qué pasa? —Me miró con curiosidad.

—Estoy embarazada. Entiendo si esto complica las cosas, pero pensé que debías saberlo desde el principio.

Guardó silencio un momento, procesando la información. Pude ver la seriedad en sus ojos mientras reflexionaba sobre la situación.

—Agradezco tu sinceridad, Amelia. Cambia un poco las cosas, pero creo que podemos trabajar juntos para encontrar una solución que nos convenga a los dos. —Sonrió ligeramente—.

Nos adaptaremos y haremos lo que sea mejor para ti y para la agencia.

Sentí un gran alivio al oír sus palabras. Saber que estaba dispuesto a contratarme, incluso con esta nueva realidad, me dio aún más confianza.

—Gracias por su comprensión. Me comprometo a hacerlo lo mejor posible.

—Cuento con ello, Amelia.

Firmé los contratos, sintiéndome cada vez más confiada y segura sobre el futuro.

Cuando dejé la agencia, llamé inmediatamente a Bianca para darle la noticia. Ella estaba muy contenta y orgullosa de mí; su apoyo había sido crucial para que me dieran esa oportunidad.

—¡Sabía que lo harías! —exclamó llena de alegría.

—Gracias por creer siempre en mí, Bianca. Significa mucho para mí.

—Vamos a celebrarlo esta noche. ¡Te lo mereces!

—Será perfecto, pero antes me iré a casa.

—Está bien, nos vemos más tarde.

Colgué la llamada y tomé un taxi hacia mi apartamento. Vivía en un pequeño loft de una habitación y nunca había pensado que necesitaría más espacio, pero con un bebé en camino, mi perspectiva había cambiado: iba a necesitar un lugar más grande.

Mientras el taxi recorría las concurridas calles de Milán, mis pensamientos eran un caos. Mis hermanos tenían hijos, pero yo nunca había pensado que me tocaría a mí, porque siempre estaba inmersa en el trabajo.

La decisión de ser madre soltera fue aún más difícil, pero no tuve elección.

Al llegar a casa, subí las escaleras hasta mi desván, el lugar que siempre me había parecido suficiente ahora me parecía pequeño e inadecuado. Miré a mi alrededor, viendo el espacio con nuevos ojos. La cocina compacta, la acogedora sala de estar y el dormitorio en el que apenas cabían mis cosas necesitarían una reforma completa para alojar a un bebé.

Dejé el bolso en el sofá y me senté. Tenía que planificar cada detalle con cuidado. Lo

primero que se me ocurrió fue buscar un apartamento nuevo. Abrí el portátil y empecé a buscar inmuebles en Internet. Necesitaba un sitio más grande, bien situado y que pudiera albergar todas las necesidades de un bebé.

Mientras ojeaba los anuncios, recibí una llamada de Bianca.

—Amélia, no te olvides de nuestra cena. ¡Vamos a celebrar tu nueva oportunidad!

Sonreí agradeciendo la invitación. Respondí que allí estaría y volví a mi investigación. Encontré algunos pisos que parecían prometedores y reservé visitas para los días siguientes.

Mientras estaba inmersa en la búsqueda, sonó mi teléfono. Miré la pantalla y vi que era Maximus, mi hermano mayor. Contesté a la llamada con una sonrisa.

—¡Hola, Max! ¿Qué tal estás?

—¡Hola, Amelia! Estoy bien, ¿cómo estás tú? Solo llamaba para ver cómo estaba mi hermanita —dijo con su habitual voz cálida.

—Estoy bien, Max. Estoy dando vueltas con algunas cosas del trabajo, pero nada fuera de lo normal —respondí, tratando de mantener la calma en mi voz.

—Me alegro de oírlo. ¿Qué hay de nuevo? ¿Algo interesante?

—Ah, nada del otro mundo. La rutina de siempre —mentí, sintiendo una punzada de culpabilidad. Necesitaba un momento mejor para contarle lo del embarazo.

—Bueno, bueno. ¿Y el trabajo, cómo va?

—Muy bien. De hecho, conseguí un nuevo contrato con una agencia hoy. Estoy bastante emocionada con eso.

—¡Eso es genial, Amelia! Siempre has tenido talento y determinación.

—Gracias, Max. Tu apoyo significa mucho para mí.

—Siempre estaré aquí para ti, Amelia. Y cualquier cosa que necesites, no dudes en llamarme.

—Lo tendré en cuenta, Max. ¿Y cómo van las cosas por allá? ¿Los chicos están bien?

—¡Son geniales! Crecen demasiado rápido. Parece que fue ayer cuando eran bebés —respondió riendo.

Sonreí, imaginando a mis sobrinos correteando por la casa.

—¿Y León?

Se hizo el silencio al otro lado de la línea cuando pregunté por el hijo mayor de mi hermano, fruto de su primer matrimonio.

Después de que casi me arrepintiera de haber preguntado, Maximus respondió.

—Sigue haciendo carrera en la marina, no da muchas noticias, pero por lo que sé, está bien.

—Con que no esté causando problemas…

—¡Exactamente! —soltó un suspiro de alivio.

—Los extraño mucho. —Cambié de tema—. Tenemos que organizar una reunión familiar pronto.

—¡Claro que sí! Organizaremos algo. Y, Amelia, si necesitas hablar, lo que sea, llámame, ¿de acuerdo?

—No hay problema, Max. Gracias por preocuparte. Eres el mejor hermano del mundo.

—Que no lo oigan los demás. —Se rió.

—Es un pequeño secreto nuestro —susurré.

—Y tú eres la mejor hermana pequeña. Cuídate, Amelia. ¡Un abrazo!

—¡Besos, Max. Hasta luego!

Colgué el teléfono, sintiendo una mezcla de alivio y culpa. Quería contarles lo del embarazo, pero sabía que necesitaba un momento mejor, preferiblemente en persona, para hablar con mi familia. Sería una conversación difícil, pero necesaria.

—Vamos, cariño. Enfrentémonos a esto juntos —murmuré, encontrando fuerza en mis palabras.

Me preparé para cenar, salí del piso y tomé otro taxi hasta el restaurante donde me esperaban Bianca y Marco. El local era encantador, con luces tenues y un ambiente acogedor. Al entrar, vi que Bianca me saludaba desde una mesa en un rincón.

—Amelia, ¡estás preciosa! —exclamó, levantándose para abrazarme.

—Gracias, Bianca. Y tú estás radiante como siempre.

Marco se levantó para saludarme, su cálida sonrisa me hizo sentir bienvenida.

—Felicitaciones por la nueva oportunidad, Amélia. Te mereces todo el éxito —dijo mientras nos sentábamos.

—Gracias, Marco.

Pedimos nuestros platos y la conversación fluyó con naturalidad. Compartí mis preocupaciones por mudarme de piso y tener un bebé, y Bianca y Marco me ofrecieron consejo y apoyo.

—Encontraremos el lugar perfecto para ti y el bebé —dijo Bianca, tomándome la mano por encima de la mesa.

Mientras disfrutábamos de la deliciosa comida, sentí un reconfortante calor en el corazón. Podía muy bien continuar mi vida sin Luigi, tal vez librarme de él sería mejor de lo que imaginaba.



Luigi

Capítulo 8

Semanas después...

Giulia entró en mi despacho, llamó a la puerta y dejó una revista sobre mi mesa.

—Quizá le gustaría ver esto —dijo en tono neutro antes de marcharse.

Miré la portada de la revista y sentí un escalofrío. Allí estaba Amelia, guapísima en un anuncio de perfume. Había conseguido que otra empresa la contratara rápidamente.

Una ola de rabia me invadió.

Agarré la revista con fuerza, hojeando rápidamente las páginas hasta encontrar el anuncio. Amelia estaba radiante, cada detalle de la foto destilaba confianza y belleza. El recuerdo de lo que habíamos tenido y de cómo habían acabado las cosas inundó mi mente, aumentando aún más mi frustración.

—Maldita hija de puta... —murmuré, sintiendo que la ira aumentaba.

No podía creer lo rápido que se recuperó. Esperaba que lo pasara peor sin el apoyo de mi agencia, pero ahí estaba, demostrando lo contrario. Me sentí traicionado, aunque sabía que no tenía derecho a sentirme así.

—¡Giulia! —grité, haciéndola saltar del susto.

—¿Qué pasa, señor?

—¿Por qué nadie me informó de que Amelia estaba siendo considerada por otras agencias? —pregunté, tratando de mantener la voz bajo control.

—No hemos recibido ninguna información directa, Luigi. Parece que ella se puso en contacto con otras agencias poco después de nuestra decisión —respondió, tratando de explicarse.

Sentí que mi frustración iba en aumento. Por supuesto que Amelia había sido rápida y proactiva. Eso formaba parte de su encanto y determinación, características que, en otra

circunstancia, yo habría admirado.

—Vete, Giulia. Necesito pensar.

Asintió y salió del despacho, cerrando la puerta tras de sí. Me quedé a solas con mis pensamientos, con la revista aún abierta delante de mí.

Me levanté y me acerqué a la ventana, observando la ciudad de Milán que se extendía ante mí. Amelia seguía adelante y yo tenía que hacer lo mismo. Pero la rabia que sentía era difícil de ignorar. Sabía que parte de esa rabia procedía de mi propio ego herido, pero también había algo más profundo que me negaba a ver.

Volví a mi escritorio y cerré la revista, decidiendo que no podía dejar que esto afectara a mi día. Tenía muchos proyectos importantes entre manos y necesitaba concentrarme.

Volví a tomar el teléfono y empecé a hacer las llamadas necesarias para recuperar el control de la situación. La carrera de Amelia era ahora su problema, no el mío. Tenía que concentrarme en lo que realmente importaba: mi propio éxito y la continuidad de mi negocio.



Amélia

Capítulo 9

Un mes después...

Llegué nerviosa a Grecia, ver a mi familia nunca me había parecido tan aterrador. Habíamos planeado pasar una semana en el yate de uno de mis hermanos, acampando en una playa desierta, solo la familia. En otras circunstancias, habría sido perfecto.

El aeropuerto de Atenas estaba lleno de gente, como siempre, pero mi mente estaba en otro lado. Recogí mis maletas y busqué a Maximus, que se había ofrecido a recogerme. Lo vi esperándome en la salida, sonriendo con calidez.

—¡Amelia! —Me envolvió en un fuerte abrazo—. ¡Qué alegría verte!

—Yo también me alegro de verte, Max —respondí, tratando de ocultar mi ansiedad.

—Vamos, el coche está fuera.

Metimos las maletas en el coche y nos dirigimos al puerto. Maximus hablaba de los preparativos del viaje, pero mi mente estaba en otra parte. Sabía que tenía que contarle lo del embarazo, pero aún no parecía haber llegado el momento adecuado.

Al llegar al puerto, vi el yate de Nikos anclado. Era tan impresionante como siempre. Los demás miembros de la familia ya estaban a bordo, riendo y disfrutando. Respiré hondo, preparándome para los días que venían.

Maximus me ayudó con las maletas y subimos a bordo. Me recibieron con abrazos y sonrisas, pero la tensión en mi interior no disminuía. Mis padres, mis otros dos hermanos, Petros y Nikos, mis cuñadas Eglaia, Chirly y Jessyka, y los niños correteaban por cubierta, llenando el ambiente de vida y alegría.

—¡Amelia, cariño! —exclamó mi madre, dándome un fuerte abrazo—. ¡Te extrañamos tanto!

—Yo también los extrañé, mamá —respondí, sintiendo una calidez en el corazón al

volver a verlos a todos.

Mi padre, con su cálida sonrisa, me envolvió en un fuerte abrazo.

—¿Cómo estás, hija mía?

—Estoy bien, papá. Solo... con algunas cosas que resolver —dije, intentando mantener la voz firme.

Nikos, siempre bromista, me dio una palmadita en la espalda.

—Amelia, ¡ya era hora de que aparecieras! ¿Estás lista para un fin de semana de relax y diversión?

—Por supuesto, Nikos —respondí con una sonrisa, aunque la tensión no me dejaba relajarme del todo.

Eglaia, Chirly y Jessyka me recibieron con abrazos y palabras cariñosas. Los niños, llenos de energía, correteaban de un lado a otro, entusiasmados con la aventura en el yate.

Aquella noche, después de cenar, me senté en la proa del yate, mirando el mar iluminado por la luna. El sonido de las olas rompiendo contra el casco me tranquilizaba, pero mi mente estaba llena de incertidumbre. Maximus se unió a mí, sentándose a mi lado en silencio, durante unos instantes.

—¿Estás bien, Amelia? Pareces preocupada —preguntó.

Miré a mi hermano mayor y sentí que las palabras se me atascaban en la garganta. Sabía que no podía aplazarlo más.

—Max, tengo algo importante que decirte. Y necesito tu apoyo.

Frunció el ceño, pero asintió, animándome a continuar.

—Estoy embarazada.

El silencio que siguió fue pesado. Vi la sorpresa en sus ojos, seguida de una mezcla de emociones que intentaba procesar.

—¿Embarazada? —repitió, como si necesitara confirmar lo que había oído.

—Sí. Yo... me enteré hace unas semanas y... —Mi voz vaciló, pero continué.

—Pero, ¿quién es el padre?

—No quiero hablar de ello. —Tragué saliva, rehuyendo.

—Está bien. —Dio un paso atrás, respetando mi espacio.

—No es una situación ideal, pero estoy decidida a seguir adelante.

Me abrazó con fuerza.

—Superaremos esto juntos, Amelia. Tienes nuestro apoyo, siempre.

Sentí que las lágrimas fluían, una mezcla de alivio y miedo. Sabía que aún tenía que contárselo a los demás, pero con Maximus a mi lado, me sentía un poco más fuerte.

Al día siguiente, mientras navegábamos hacia la playa desierta, convoqué una reunión familiar. Todos se instalaron en la sala principal del yate, curiosos. Maximus se paró a mi lado, su apoyo silencioso me dio coraje.

—Tengo algo importante que decirles a todos —comencé, intentando mantener la voz firme—. Estoy embarazada.

Las miradas de sorpresa llenaron la habitación. Vi a mi madre llevarse la mano a la boca y palidecer.

—¿Embarazada? —repitió mi padre, incrédulo—. ¿Quién es el padre, Amelia?

Evité su mirada, sintiendo el peso de la expectación de todos. Respiré hondo, intentando mantener la calma.

—Tomé la decisión de criar a este bebé sola. El padre no importa quién es. —Las palabras salieron con firmeza, a pesar del nudo en la garganta.

Mi madre, todavía asustada, se acercó.

—¿Estás bien, querida? Pensé que era alguna enfermedad grave —dijo, temblorosa.

—Estoy bien, mamá. Solo necesito apoyo para esta nueva etapa.

Petros frunció el ceño, desconfiado.

—¿Qué pasó? ¿Ese tipo te hizo algo malo? —preguntó mi hermano, claramente preocupado.

Nikos, siempre impulsivo, apretó los puños.

—¿Quién es él? ¡Voy a darle una lección a ese imbécil! —exclamó, poniéndose en pie.

Maximus puso una mano sobre el hombro de Nikos, empujándolo hacia el sofá e intentando calmar la situación.

—Mantengamos la calma. Amelia ya ha tomado su decisión y tenemos que respetarla —dijo mi hermano mayor, con voz firme.

Mi padre suspiró profundamente, pasándose la mano por la cara.

—Amelia, sabes que siempre tendrás nuestro apoyo. Pero criar a un hijo sola es una gran responsabilidad.

—Lo sé, papá. Estoy preparada. He estado pensando mucho y sé que puedo contar con todos ustedes.

El silencio volvió a llenar la habitación, pero esta vez era un silencio de aceptación y apoyo. Mi madre volvió a abrazarme, ahora con un poco más de calma.

—Estamos aquí para ti, cariño. Siempre lo estaremos.

Los niños, que habían permanecido callados durante la conversación, empezaron a hacer preguntas inocentes sobre el bebé, aportando un toque de ligereza al momento. Petros y Nikos intercambiaron miradas, claramente preocupados aún, pero asintieron aceptando la situación.

—Te apoyaremos, Amelia. Pase lo que pase —dijo por fin Petros.

—Sí, pero si necesitas, estoy listo para ir a darle su merecido a ese tipo —añadió Nikos, esbozando una sonrisa.

Les di las gracias a todos, sintiendo una oleada de alivio y gratitud. La decisión de contárselo a mi familia había sido difícil, pero ahora, con su apoyo, me sentía más fuerte y preparada para afrontar lo que viniera.



Luigi

Capítulo 10

La fiesta de ese sábado era una de las más importantes del año, reuniendo a todos los grandes nombres de la moda de todo el mundo. No podía faltar. Necesitaba ser una presencia memorable y asegurar los mejores contratos.

El acto tuvo lugar en un lujoso hotel del centro de Milán, conocido por su elegante arquitectura y su opulenta decoración. Llegué con un traje impecablemente confeccionado, sabiendo que cada detalle contaba. Al entrar, me recibió el resplandor de las luces y el suave sonido de la música en directo.

Saludé a algunos conocidos mientras recorría la sala, observando a las personas importantes presentes. Sabía que esta velada podía definir los próximos meses de negocios, así que mi enfoque debía ser calculado y eficiente.

Encontré a Giulia cerca de la barra, ya con una copa de champán en la mano, cumpliendo su papel de socializar y abrir puertas.

—Luigi, te estaba esperando. —Sonrió y me tendió una copa de champán.

—Gracias, Giulia. Esta noche tiene que ser perfecta.

—Y así será. Ya he hablado con algunos contactos y están deseando hablar contigo.

Asentí con la cabeza, dando un sorbo a mi bebida. Tenía que dar lo mejor de mí. Me acerqué a un grupo de inversores que discutían las nuevas tendencias de la moda y me colé en la conversación con facilidad, destacando las capacidades de nuestra agencia y nuestras modelos.

—Creo que la próxima colección necesita una cara nueva, alguien con una fuerte presencia —argumenté—, que llame la atención de los inversores.

—Estoy de acuerdo, Luigi. ¿A quién sugieres? —preguntó uno de ellos, claramente interesado.

Antes de que pudiera responder, uno de los inversores mencionó un nombre conocido.

—¿Y Amelia? Sería perfecta para nuestra próxima campaña.

Sentí un ligero malestar, pero mantuve la compostura.

—Amelia ya no está bajo nuestra dirección —respondí, manteniendo un tono profesional —. Ahora trabaja para otra agencia.

Los inversores parecían sorprendidos, pero no insistieron. Continué la conversación y les hablé de otras modelos con talento que podían satisfacer sus necesidades. La velada continuó con negociaciones y presentaciones, y conseguí asegurarme algunos buenos contactos y futuros contratos.

Mientras recorría la sala, me saludaron varias caras conocidas, pero el nombre de Amelia se mencionaba una y otra vez. Era difícil ignorar que ella estaba prosperando sin mi ayuda, pero tenía que concentrarme.

Hacia el final de la velada, me senté en un rincón del salón, observando el movimiento a mi alrededor. Giulia se acercó al notar mi expresión pensativa.

—¿Estás bien, Luigi? —preguntó con cara de preocupación.

—Sí, solo estoy un poco cansado. Ha sido una noche productiva.

—Por supuesto. Hicimos buenos contactos. Pero parece que la ausencia de Amelia todavía te afecta.

—No es eso, Giulia. Solo necesito acostumbrarme a la nueva realidad.

Ella asintió, comprendiendo.

—Tenemos mucho trabajo por delante.



Amélia

Capítulo 11

Sentada en una silla en la playa, contemplaba el tranquilo horizonte de aquel islote mientras me perdía en mis pensamientos. Mi familia siempre había sido buena conmigo y sabía que podía contar con su apoyo, pero este seguía siendo un reto al que tendría que enfrentarme sola. Me toqué la barriga, que aún no había crecido, dejando escapar un profundo suspiro al pensar en el bebé.

A pesar de todo el dolor por Luigi, me sentía feliz de ser madre. Pensaba que era una nueva etapa de mi vida que tenía que vivir, pero no podía subestimar los retos.

El sonido de las olas rompiendo suavemente en la arena me tranquilizaba, pero mis pensamientos se agitaban. Reflexionaba sobre todo lo ocurrido en el último mes: el descubrimiento de mi embarazo, la ruptura con Luigi, la nueva agencia y, ahora, la visita a mi familia...

—¿Amelia? —La voz de Maximus me sacó de mis pensamientos—. ¿Está todo bien?

—Sí, estaba reflexionando sobre todo —respondí, intentando sonreír.

Se sentó a mi lado y me tendió una botella de agua.

—Sé que no ha sido fácil, pero todos estamos aquí para apoyarte.

—Lo sé, Max. Y estoy agradecida por eso. Es solo que, al fin y al cabo, criar a este bebé va a ser mi responsabilidad. —Volví a tocarme el vientre, sintiendo una mezcla de miedo y excitación.

Maximus me puso la mano en el hombro, dándome un suave apretón.

—Nunca estarás sola, Amelia.

Asentí con la cabeza, sintiendo que se me saltaban las lágrimas, pero las contuve. No quería parecer débil.

—¿Volvemos al campamento? —sugirió.

—Sí, vamos.

Volvimos caminando, sintiendo cómo nuestros pies se hundían en la suave arena. El campamento estaba lleno de vida. Petros jugaba con sus hijos, Nikos ayudaba a preparar la cena con Eglaia y Chirly, y mis padres charlaban animadamente con Jessyka. La visión de aquella escena familiar me reconfortó.

Durante la cena, la conversación fluyó con naturalidad. Todos hacían preguntas sobre el bebé, sobre mis planes, y yo respondía lo mejor que podía. Había una sensación de unidad y apoyo que me fortaleció.

Después de cenar, nos sentamos alrededor de un fuego improvisado. Los niños estaban cansados de jugar y se acurrucaron en los brazos de sus padres. Mi padre empezó a contar historias de cuando éramos pequeños, haciendo reír a todos.

—Amelia, ¿recuerdas aquella vez que te caíste del columpio y dijiste que estabas volando? —preguntó riendo.

—Sí, papá. Y corriste como un loco para atraparme —respondí, riendo también.

Ese simple momento, rodeada de mi familia, me trajo una sensación de paz. La agitación de mi mente se detuvo y pude respirar aliviada.

A medida que avanzaba la noche y las estrellas aparecían en el cielo, volví a pensar en el futuro. Tenía miedo de lo desconocido, pero también estaba emocionada por conocer a mi bebé, por ver cómo sería nuestra vida juntos. Sabía que había mucho que aprender y superar, pero estaba preparada para afrontar esta nueva etapa de mi vida.



Luigi

Capítulo 12

Mi teléfono seguía sonando con peticiones para Amelia. Ella era popular, no podía negarlo, y eso me enfurecía aún más.

¿Por qué lo arruinó todo?

Intentaba meter a otra modelo en las campañas, algunos clientes aceptaban, pero otros solo querían a Amélia y decían que la buscarían por medio de su nueva agencia.

Estaba sentado en mi mesa, intentando mantener la calma mientras hablaba con uno de los mayores clientes de la agencia.

—Entiendo que Amelia era una excelente opción, pero tenemos otras modelos con el mismo talento que podrían encajar perfectamente en su campaña —dije, intentando sonar convincente.

—Luigi, lo entiendo, pero la presencia de Amelia es única. Consideraremos otras opciones, pero francamente, nos inclinamos por ella a través de su nueva agencia —respondió el cliente, con voz llena de cortesía pero firme.

Colgué el teléfono con un suspiro de frustración. Sentía que la ira crecía en mi interior, pero tenía que concentrarme. Tenía una agencia que dirigir y muchos contratos que cerrar. Amelia no podía ser mi única carta en la manga.

Giulia entró en el despacho cargada con un montón de documentos. Se detuvo delante de mí y me miró preocupada.

—¿Otro cliente que quiere a Amelia? —preguntó, dejando los papeles sobre mi mesa.

—Sí. Parece que todos solo preguntan por ella. Esto está empezando a afectar el negocio.

Giulia se sentó en la silla frente a mi escritorio, cruzando las piernas.

—Necesitamos una nueva estrategia. Quizá deberíamos invertir más en nuestras nuevas modelos, crear campañas poderosas que las posicionen. Tenemos que demostrar que la agencia

tiene mucho más que ofrecer.

Asentí, sabiendo que tenía razón. Necesitábamos reinventarnos, centrar la atención en nuestras otras modelos y encontrar la forma de atraer a los clientes hacia ellas.

—Bien, hagámoslo. Empezar a organizar una serie de sesiones de fotos con nuestras nuevas modelos. Tenemos que crear un portafolio que despierte el interés de los clientes.

Giulia salió de la oficina, dejándome solo con mis pensamientos. Miré la pila de documentos en mi escritorio, sintiendo un malestar persistente. Amélia había sido una pieza clave, pero ahora tenía que seguir adelante sin ella.

Pasaron unas horas y, mientras revisaba los contratos y planeaba los siguientes pasos, volvió a sonar el teléfono. Era uno de nuestros fotógrafos, interesado en trabajar en un nuevo proyecto.

—Luigi, he oído que estás buscando una cara nueva para algunas campañas. Tengo algunas ideas y creo que podemos crear algo increíble —dijo entusiasmado.

—Genial, organicemos una reunión para discutir los detalles. Necesitamos algo impactante, algo que haga que el mercado se dé cuenta de que somos algo más que una agencia de modelos.

Colgué el teléfono, un poco excitado. Necesitábamos reinventarnos y demostrar al mercado que podíamos ofrecer mucho más. Amelia tenía talento, pero no era insustituible.



Amélia

Capítulo 13

Meses después...

Cuando mi barriga empezó a notarse, la nueva agencia consiguió una campaña de moda para embarazadas, además de una colección para madres y bebés. Estaba emocionada, era un proyecto diferente a todo lo que había hecho antes, menos sensual y más sobrio.

Estaba entusiasmada con la sesión de fotos y Bianca decidió acompañarme. Cuando llegamos al estudio, nos recibió un cálido equipo. El entorno era acogedor, con muebles cómodos y un ambiente tranquilo, perfecto para el tema de la campaña.

—Amelia, ¡estás radiante! —exclamó Bianca, mientras me ayudaba a quitarme el abrigo —. Esta campaña es perfecta para ti.

—Gracias, Bianca. Estoy muy emocionada.

El fotógrafo, un hombre agradable llamado Lorenzo, vino a saludarnos.

—Amelia, es un placer volver a trabajar contigo. Empecemos con algunas fotos más naturales y luego pasemos a looks más sofisticados.

Asentí con la cabeza, sintiéndome confiada. Bianca se acomodó en una silla cercana, observando atentamente cómo el equipo se ponía manos a la obra. Me senté frente al espejo mientras la maquilladora me aplicaba un maquillaje ligero y natural, resaltando mi piel brillante y sana.

—Estás preciosa, Amelia. El embarazo realmente te hace brillar —dijo la maquilladora, sonriendo.

—Gracias —respondí, sintiendo un calor reconfortante en sus palabras.

Las primeras fotos se hicieron en un entorno sencillo, con luz natural que resaltaba mi barriga. Llevaba un vestido ligero y suelto que realzaba las curvas de mi embarazo de forma

elegante y cómoda. Lorenzo guió la sesión con suavidad, sugiriendo poses y captando cada momento con precisión.

—Sí, Amelia, mira el horizonte. Perfecto —dijo, mientras el sonido del obturador resonaba en el estudio.

Después de la primera ronda de fotos, me puse un traje más sofisticado. Un vestido de seda azul marino, diseñado especialmente para la campaña, envolvía mi vientre con elegancia. Me sentía guapa y poderosa, dispuesta a demostrar que la maternidad puede ser glamurosa.

—Estás impresionante —comentó Bianca, haciendo algunas fotos con el móvil—. Estas fotos van a ser increíbles.

La sesión continuó y, con cada clic de la cámara, me sentía más cómoda y segura. Lorenzo sugirió poses y expresiones que captaban la esencia de la campaña, y el equipo trabajó en armonía para que todo saliera perfecto.

Durante una pausa, Bianca se acercó y me tendió un vaso de agua.

—¿Cómo te encuentras? —preguntó con auténtica preocupación en los ojos.

—Estoy bien, Bianca. Esta campaña es maravillosa. Me está encantando la experiencia.

—Me alegro mucho por ti. Y parece que el bebé también lo está disfrutando —dijo señalándome la barriga.

—Sí, hoy está muy agitado —respondí riendo.

La sesión terminó con una serie de fotos en un entorno acogedor, simulando la habitación de un bebé. Utilizamos bonitos accesorios y ropa delicada, creando imágenes que transmitían amor y ternura. Al final del día, me sentía agotada pero muy satisfecha con el trabajo.

—Amelia, has estado increíble. Estas fotos van a ser un gran éxito —dijo el fotógrafo, mientras repasaba algunas de las imágenes de su cámara.

—Gracias, Lorenzo. Ha sido un placer trabajar contigo.

Salimos del estudio y Bianca me abrazó con fuerza.

—Estoy muy orgullosa de ti, Amelia. Lo estás haciendo muy bien en esta nueva etapa.

—Gracias, Bianca. No sé qué haría sin tu apoyo.

—¿Qué te parece si aprovechamos que estamos juntas y vamos a una tienda de bebés? —Sugirió—. Seguro que encontraremos cosas preciosas para tu bebé.

Ya había hecho algunas pruebas y sabía que era una niña. Estaba emocionada y acepté la idea.

—Me encanta la idea. —respondí—. Estoy deseando elegir la ropa y los muebles.

Tomamos un taxi y, durante el trayecto, Bianca continuó la conversación.

—Amelia, tienes que ver los vestidos de bebé. Son una hermosura. ¿Y los zapatitos? ¡Tan pequeños y bonitos! —dijo entusiasmada.

—Estoy deseando elegirlo todo. Ya me imagino lo preciosa que se verá con su ropita nueva. —Sonreí, sintiendo que la felicidad crecía en mi interior.

Llegamos a la tienda y enseguida nos envolvió el ambiente acogedor y alegre. Nos rodeaban coloridas estanterías llenas de ropa de bebé, juguetes y delicados muebles. Se respiraba una sensación de confort y comodidad, perfecta para elegir artículos para mi hija.

—¿Empezamos por la ropa? —sugirió Bianca, tomando un vestidito rosa con volantes.

—Sí, quiero elegir algunas cosas bonitas para ella —respondí, sonriendo.

Recorrimos las estanterías, admirando cada prenda con cariño. Tomé un mameluco amarillo con un dibujo de jirafa y se lo mostré a Bianca.

—Mira eso, ¡qué lindo!

—Es precioso, Amelia. Le quedará muy bien.

Elegimos varios artículos, cada uno más adorable que el anterior. Con cada pieza que encontrábamos, mi corazón se llenaba de alegría. Sentía que empezaba a prepararlo todo para la llegada de mi hija.

—Mira este conjunto de body y pantalón con estampado de flores. Perfecto para ella —dijo Bianca, sosteniendo el conjunto contra ella.

—¡Me encanta! Tomémoslo.

Mientras seguíamos comprando, Bianca tomó un zapato diminuto y lo miró con una sonrisa soñadora.

—Amelia, cada vez que veo estas cositas tan adorables, me dan ganas de ser mamá también.

Me reí, conmovida por su sinceridad.

—Estoy segura de que serás una madre increíble.

Sonrió, metiendo el zapatito en la cesta.

—¿Quién sabe? Por ahora, voy a disfrutar ayudándote con tu pequeña.

Nos dirigimos a la sección de muebles y nos quedamos admirando las cunas y sillas. Cada pieza parecía perfecta, pero sabía que tenía que ser práctica en mis elecciones.

—Creo que esta cuna es perfecta —dijo Bianca, señalando un modelo blanco con detalles de madera clara.

—Estoy de acuerdo. Es preciosa y parece muy cómoda.

Elegimos la cuna y algunos otros artículos esenciales. La sensación de estar preparándolo todo para la llegada de mi hija me llenaba de ilusión.

En la caja, mientras pagábamos nuestras compras, Bianca se volvió hacia mí.

—Amelia, realmente te ves radiante.

—Gracias, Bianca. Me alegro mucho.

Salimos de la tienda cargadas de bolsas y tomamos un taxi para volver a casa. Por el camino, charlamos animadamente sobre los próximos pasos y cómo organizar la habitación de la bebé.

—Necesitaremos toda una tarde para montarlo todo —dijo Bianca, riendo.

—Sí, claro. Pero valdrá la pena. Quiero que todo sea perfecto para ella.

Llegamos a mi apartamento y empezamos a descargar las bolsas. Lo esparcimos todo por

el salón, admirando cada uno de los artículos que habíamos comprado.

Cuando empezamos a organizar las cosas, sentí una oleada de felicidad y plenitud. Estaba construyendo un nuevo capítulo de mi vida, rodeada del amor y el apoyo de quienes realmente me importaban.



Luigi

Capítulo 14

Estaba hablando por teléfono cuando pasé por delante de una valla publicitaria y vi a Amelia en una foto. Colgué la llamada, ignorando lo que estuviera discutiendo con el cliente. Necesitaba entender lo que estaba pasando. Amélia lucía radiante, y eso me afectó de una manera que no esperaba. En la campaña, mostraba su vientre redondeado, modelando ropa de maternidad. Estaba más rellenita, pero su belleza no había disminuido ni un poco; al contrario, parecía incluso más atractiva.

—Detén el coche —ordené al conductor.

Se apartó a un lado de la carretera y yo me bajé, acercándome al cartel. La imagen de Amelia embarazada, sonriente, irradiando serena felicidad, era impactante. No podía apartar la mirada. La mente me daba vueltas. ¿Cómo había conseguido seguir adelante tan rápido?

—Señor, ¿va todo bien? —preguntó el conductor, preocupado.

—Sí, sólo... solo necesito un momento.

Me quedé ahí, mirando la imagen, sintiendo una mezcla de emociones. Una parte de mí estaba furiosa porque ella había seguido adelante, mientras que otra estaba sacudida por el hecho de que continuara con el embarazo a pesar de todo lo que le había dicho. Respiré hondo, tratando de despejar mis pensamientos.

Volví al coche y le pedí al conductor que me llevara de vuelta a la oficina. Necesitaba concentrarme en mi trabajo, pero la imagen de Amelia no dejaba de rondarme por la cabeza. Cuando llegué, Giulia se dio cuenta de mi expresión confusa.

—Señor, ¿ha pasado algo? —me preguntó, entregándome unos documentos para que los firmara.

—Vi a Amelia en un cartel —respondí, aún absorto en mis pensamientos.

—Ah, sí. Está en una nueva campaña de moda para embarazadas. Parece que le va muy bien.

—Sí, le va bien. Se ve... diferente. —No encontraba las palabras adecuadas.

Giulia enarcó una ceja, intrigada.

—¿Te molesta?

—No sé si me molesta... Solo me tomó por sorpresa. Necesito volver al trabajo.

Pasé el resto del día intentando concentrarme, pero la imagen de Amelia seguía apareciendo en mi cabeza.

Me esforzaba por concentrarme en mi trabajo cuando Giulia volvió al despacho con una taza de café humeante. Dejó la taza sobre mi mesa y se acercó a mí, observándome con curiosidad.

—El jefe sigue actuando raro —comentó, con tono bromista pero con una pizca de preocupación.

—Estoy bien, Giulia. Solo tengo muchas cosas en la cabeza.

Se inclinó ligeramente, bajando la voz.

—¿Por qué no vas a hablar con Amelia? Está claro que hay algo que te preocupa, y darle vueltas no ayuda.

Reaccioné de inmediato, sacudiendo la cabeza.

—No —rugí—. No voy a hablar con ella

Por mucho que hubiera hecho para que Amélia se alejara, no pensaba mostrarme débil.

Giulia suspiró, dando un paso atrás.

—A veces, enfrentar las cosas de frente es la mejor opción. Solo intento ayudarte.

—Agradezco tu preocupación, pero sé cómo cuidar de mi vida.

Asintió y salió del despacho, cerrando la puerta tras de sí. Me quedé mirando la taza de café, con las palabras de Giulia resonando en mi mente. Quizá tuviera razón, pero yo no estaba preparado para enfrentarme a Amelia. Todavía no.



Amélia

Capítulo 15

Estaba recostada en el sofá de mi nuevo apartamento, con grandes ventanas y una sala bien iluminada. Sentía al bebé moverse suavemente, una sensación reconfortante que me hacía sonreír. El día había estado lleno de preparativos para su llegada, y aunque estaba agotada, me sentía feliz.

El teléfono vibró a mi lado. Lo tomé y vi un mensaje de Petros, mi hermano.

Petros:

Hola, hermanita. ¿Qué tal estás? ¿Necesitas algo?

Amelia:

Estoy bien, Petros. Solo un poco cansada. Y tú, ¿cómo van las cosas por allí?

Sonreí, sintiendo el calor del afecto familiar. Petros siempre había sido el más cariñoso de mis hermanos, y su apoyo durante mi embarazo había sido inestimable.

Mientras esperaba la respuesta, eché un vistazo a la habitación. Las cajas de la mudanza seguían apiladas en un rincón, esperando a ser desembaladas. La cuna estaba montada, al igual que la cómoda y el sillón de lactancia. Todo iba encajando poco a poco.

El teléfono volvió a vibrar.

Petros:

Todos estamos bien. Los niños están emocionados por conocer a su primo. Si necesitas algo, házmelo saber, ¿de acuerdo?

Amelia:

Gracias, hermano. No te preocupes. Estoy ansiosa por que la conozcan también.

Me acosté en el sofá, intentando encontrar una postura cómoda. El embarazo avanzaba bien, pero las noches eran cada vez más duras. Me levanté y fui a la cocina, donde me preparé una taza de té. La suave luz del atardecer entraba por las ventanas, creando un ambiente tranquilo.

Me senté a la mesa de la cocina, pensando en cómo había cambiado mi vida en los últimos meses. Desde que dejé a Luigi y comencé este nuevo viaje, me había enfrentado a muchos retos, pero también había descubierto una fuerza interior que no sabía que poseía.

Tomé el móvil y vi que había mensajes sin leer. Entre ellos había uno de Bianca.

Bianca:

¡Hola, amiga!

Amelia:

Hola, Bianca. ¿Qué tal estás? Hoy ha sido un día lleno de preparativos. ¿Cuándo puedes venir a desempaquetar las cajas?

Bianca:

¡Estoy genial, Amélia! Claro, puedo ir mañana por la mañana. ¡Muero de ganas de ver todo listo!

Me sentí agradecida por el apoyo constante de Bianca, no sé qué habría hecho sin ella.

Terminé mi té y volví a la sala. Me senté en la silla de amamantar, balanceándome suavemente mientras sentía nuevamente a la bebé moverse.

Sonó el timbre, interrumpiendo mis pensamientos. Me acerqué a la puerta y, para mi sorpresa, vi a Maximus y a Eglaia, su mujer, al otro lado.

—Hemos venido a verte y a saber cómo está la bebé —dijo Maximus, sonriendo.

Me hice a un lado para que entraran, feliz por su visita. El apartamento parecía más acogedor con ellos allí.

—¿Cómo están mis sobrinos? —pregunté, mientras se acomodaban en el salón.

—Se quedaron con tu madre. Están deseando conocer a su prima —responde Eglaia riendo.

—Es bueno saber que tendré pequeños ayudantes cuando nazca —dije, sentándome de nuevo en el sillón de lactancia.

Maximus miró a su alrededor, fijándose en las cajas que aún quedaban por desembalar.

—Parece que tienes mucho trabajo por delante. Tenemos que poner esto en orden —dijo, empezando a abrir una de las cajas.

Eglaia se acercó a mí, tomándome la mano con cariño.

—¿Cómo te encuentras, Amelia? ¿Va bien el embarazo?

—Sí, todo va bien. A veces me siento cansada, pero nada fuera de lo normal. La bebé se mueve mucho, lo cual es reconfortante.

Sonrió, pasándome suavemente la mano por el estómago.

—Estás preciosa, ¿lo sabías? La maternidad realmente te ilumina.

—Gracias, Eglaia

Mientras Maximus organizaba las cosas, Eglaia hablaba conmigo. Era bueno saber que mi familia siempre estaba ahí, dispuesta a ayudarme en cualquier situación.

Después de un rato, Maximus sugirió un descanso. Fuimos a la cocina y preparé un tentempié rápido. Nos sentamos a la mesa, charlando sobre los preparativos y los planes para el futuro.

—¿Has decidido ya cómo vas a decorar su habitación? —preguntó Eglaia, curiosa.

—Sí, quiero algo suave y acogedor. Estoy pensando en colores pastel, con muchos

detalles delicados.

—Tengo algunas ideas que podrían ayudarte —dijo entusiasmada.

Pasamos el resto de la tarde discutiendo ideas, organizando cosas y disfrutando de la compañía mutua. Maximus y Eglaia realmente aportaron una nueva energía a mi día.

Al anochecer, se despidieron prometiendo volver pronto para otra visita.

—Cuídate mucho, Amelia. Y si necesitas algo, estamos a un vuelo de distancia —dijo Maximus, mientras me abrazaba.

—Gracias por todo. Te quiero —respondí, sintiendo un calor en el corazón.

Cerré la puerta, sonriendo mientras tocaba mi pecho. Me sorprendía la fuerza que había encontrado para enfrentar todo aquello.



Luigi

Capítulo 16

Era como si me persiguiera. En cada esquina de esa maldita ciudad veía su cara. Vallas publicitarias, carteles e incluso folletos volando hacia mí en la calle.

¡Maldita sea! Resoplé con rabia al entrar en el despacho.

Giulia, mi ayudante, se dio cuenta de mi irritación en cuanto entré por la puerta.

—¿Qué ha pasado ahora, Luigi? —preguntó, levantando la vista de los documentos que estaba revisando.

—Nada está bien. Amelia está en todas partes. Es imposible escapar de ella —respondí, tirando con fuerza el maletín sobre la mesa.

Suspiró al darse cuenta de mi frustración.

—Sé que es difícil, pero tenemos que concentrarnos en nuestro trabajo. Tenemos una reunión importante dentro de una hora.

—Sí, ya lo sé. Solo necesito un momento para recomponerme —dije, pasándome la mano por la cara.

Me dirigí a mi oficina y me dejé caer en la silla. El rostro radiante de Amélia seguía atormentándome. Se veía tan feliz, tan en paz. Tomé uno de los volantes que había encontrado en la calle y lo miré otra vez. Ahí estaba ella, embarazada y sonriendo, promocionando ropa de maternidad.

Giulia apareció en la puerta de mi despacho.

—Luigi, los empresarios ya llegaron. Están esperando en la sala de juntas.

Me levanté, intentando olvidarme de Amelia y concentrarme en lo que tenía que hacer. Me dirigí a la sala de reuniones, donde tres hombres de negocios estaban sentados, hablando entre ellos.

—Buenas tardes, caballeros. ¿Empezamos? —dije, tratando de sonar confiado.

—Por supuesto, Luigi. Queremos hablar de la próxima campaña. Estamos considerando nuevas modelos, pero queremos asegurarnos de que todo está en orden antes de tomar una decisión definitiva —dijo uno de ellos, ajustándose las gafas.

Asentí y empecé a presentar las opciones que habíamos preparado. Mostré portafolios de algunas de nuestras mejores modelos, destacando sus cualidades y experiencia.

—Esta es Clara. Tiene un perfil fuerte, ideal para campañas de alta costura. Y aquí tenemos a Sofía, con un atractivo más comercial y una sonrisa cautivadora. Creo que cualquiera de ellas podría satisfacer sus necesidades.

Los empresarios hojearon los portafolios, intercambiando comentarios entre ellos.

—Nos gusta lo que vemos. Clara tiene un perfil llamativo, pero queremos ver algunas fotos recientes antes de tomar una decisión definitiva —dijo uno de ellos.

—No hay problema. Me encargaré de eso —respondí, anotando la solicitud.

La reunión transcurrió sin problemas, pero mi mente no dejaba de pensar en Amelia. En cuanto terminó, volví a mi despacho, sintiendo una mezcla de frustración y cansancio.

Giulia se dio cuenta de mi distracción y entró en la habitación.

—Luigi, tienes que encontrar una forma de lidiar con esto. No puedes dejar que la imagen de ella en esas campañas te afecte así —dijo Giulia, con tono firme pero comprensivo.

—Lo sé, Giulia. Solo que es difícil ver cómo ella siguió adelante tan fácilmente —respondí, sintiendo un nudo en el estómago.

—Tal vez no fue tan fácil para ella. Fuiste tú quien la dejó ir. Y aunque lo haya sido, necesitas enfocarte en tu trabajo.

Asentí, sabiendo que tenía razón. Tenía una agencia que dirigir y muchos proyectos que realizar. No podía dejar que mi pasado con Amelia interfiriera en mi presente. Pero la verdad era que me molestaba. Nunca había imaginado que Amelia iría en contra de lo que le había dicho, y mucho menos que tendría el bebé por su cuenta. Había seguido adelante, ignorando mi decisión, y eso me molestaba más de lo que me gustaría admitir.

—Gracias, Giulia. Intentaré tenerlo en cuenta.

Ella vaciló un momento antes de continuar.

—Luigi, tal vez deberías hablar con ella. Resolver lo que te está molestando. Quizás eso es lo que necesitas para seguir adelante.

—¿Hablar con Amélia? ¡Ya dije que no! —gruñí, dejando que la frustración se apoderara de mí.

Giulia permaneció en silencio, eligiendo las palabras adecuadas antes de continuar.

—Puede que no sea fácil, pero quizá ayude a aclarar las cosas. Podrás entenderla mejor y explicarle también tu versión.

No me cabía duda de que Giulia conocía mi aventura con Amelia. Aunque no lo había hecho público, no era exactamente un secreto para las personas más cercanas a mí. Pero mi asistente no sabía en qué condiciones se había marchado Amelia, ni que yo era posiblemente el padre del bebé que esperaba. Y aunque lo hubiera sabido, rechazaba la idea de ser el padre de aquel niño. ¿Cómo podía seguir ignorando lo que yo había decidido?

El resto del día transcurrió con un amargo sabor a inquietud. Al salir del trabajo, caminé hasta un café. La ciudad estaba llena de vida, pero me sentía atrapado en mis propios pensamientos.

Entré en la cafetería y pedí un espresso. Me senté en una mesa junto a la ventana, viendo pasar a la gente. La imagen de Amelia embarazada, radiante con sus nuevos proyectos, no se me iba de la cabeza. Cada sonrisa suya me parecía un doloroso recordatorio de lo que había perdido, y la idea de que estuviera viviendo su vida, ignorando por completo lo que le había dicho, me hacía sentir aún más resentimiento hacia ella.

Giulia tenía razón. Quizá necesitaba hablar con Amelia, aclarar las cosas y, quién sabe, encontrar la manera de seguir adelante. Pero la idea de enfrentarme a ella, de afrontar la realidad que había evitado durante tanto tiempo, me ponía nervioso.

Mientras sorbía mi café, pensé que Amelia seguía su propio camino y que yo tenía que hacer lo mismo. Pero, ¿cómo? Si ella había seguido adelante, ¿por qué yo no podía hacer lo mismo?



Amélia

Capítulo 17

Escuché el timbre esa mañana mientras seguía en la cama, perezosa y con la barriga pesándome cada vez más, lo que me causaba dolor en la espalda. La segunda vez que el sonido retumbó por el departamento, me levanté y fui hacia la puerta. Pensaba que era Bianca o alguno de mis hermanos.

Cuando abrí la puerta, me encontré con Luigi. La cerré rápidamente, pero él metió el pie, impidiéndome cerrarla.

—Tenemos que hablar —dijo con expresión seria.

—No quiero hablar contigo ni verte —respondí, tratando de forzar la puerta.

—Por favor, Amelia. Solo dame cinco minutos.

—Ni siquiera medio segundo. ¡Fuera de aquí!

—¡No voy a irme!

—¡Vete de aquí! —rugí, insistente.

—Amelia, tenemos que hablar.

—No quiero hablar contigo.

—Por favor...

—¿Desde cuándo conoces esa palabra?

Respiró hondo, intentando mantener la calma.

—¿Me dejas entrar?

—¡No!

La ira y la frustración me desbordaban. Lo último que quería era que volviera a mi vida, sobre todo después de todo lo que había pasado. Pero al mismo tiempo, una pequeña parte de mí

quería escuchar lo que tenía que decir.

—Solo cinco minutos, por favor —insistió, mirándome con una expresión que hacía tiempo que no veía.

Respiré hondo, intentando controlar la mezcla de emociones que me inundaba.

—Cinco minutos. Y luego te vas —dije, abriendo la puerta lo suficiente para que él entrara.

Él entró y yo cerré la puerta, cruzando los brazos sobre el estómago. El ambiente estaba cargado de tensión, cada movimiento parecía amplificado.

—Di lo que tienes que decir —dije, intentando mantener firmeza en mi voz.

—¿Ese bebé es mío? —preguntó directamente.

Me eché a reír, con una mezcla de rabia, humor e indignación.

—No puedo creer que me estés haciendo esa pregunta. ¡Sabes que sí, imbécil!

—Amelia...

—¿Qué quieres aquí?

Parecía confundido, pero aún mantenía esa arrogancia y rudeza en su tono de voz.

—Cancelamos nuestro contrato y ahora apareces embarazada haciendo campañas de maternidad. ¿Qué es esto?

—¿Y tú crees que puedes aparecer aquí, así como así? ¿Después de todo?

—Teníamos un contrato, eras modelo para mi agencia.

—¡Exacto! —rugí, furiosa por su atrevimiento de aparecer allí—. Luigi, me dejaste sola. No querías saber nada. ¿Y ahora te crees con derecho a aparecer delante de mí?

—Me equivoqué, ¿de acuerdo? —Se pasó la mano por el cabello, impaciente—. Pero estoy aquí ahora.

—¿Y eso te basta para redimirte? ¿Para limpiar tu conciencia?

—No se trata de eso, Amelia. Quiero saber sobre el bebé.

—Ya te lo dije antes, te dije que estaba embarazada y me mandaste a abortar. Creo que no hay nada que no sepas.

Guardó silencio un momento.

—Sí, es tuyo, pero eso no cambia nada. Estoy siguiendo adelante, criando a nuestro hijo sola.

Parecía querer decir algo, pero vaciló. El ceño fruncido no ocultaba la confusión de sus ojos.

—¿Y qué esperas de mí? —preguntó, cruzándose de brazos, tratando de mantener una postura firme.

—Nada, Luigi. No espero nada de ti. Voy a seguir con mi vida y criar a mi hijo en paz. Si no puedes aceptar eso, es tu problema.

Respiró hondo, visiblemente frustrado.

—Siempre has sido testaruda.

—Y tú siempre has sido un egoísta. Creo que ya no tenemos nada más que hablar.

—Quizá tengas razón —dijo, dando un paso atrás—. Pero ten por seguro que voy a intentar ser parte de la vida de nuestro hijo, te guste o no.

—Buena suerte con eso —respondí, dirigiéndome a la puerta.

Se marchó sin decir nada más y yo cerré la puerta, sintiendo una mezcla de alivio y rabia. Necesitaba procesar todo lo que acababa de ocurrir, comprender lo que realmente quería para mí y para mi bebé.

Volví al sofá, sintiendo a la bebé moverse en mi vientre. Lo acaricié suavemente, pensando en el futuro incierto que nos esperaba.



Luigi

Capítulo 18

Pero ten por seguro que voy a intentar ser parte de la vida de nuestro hijo…

Aquella frase aún resonaba en mi cabeza y ni siquiera sabía exactamente por qué yo la había dicho. No pensaba ser padre, no quería serlo. Pero Amelia decidió lo contrario, ignorando mi postura.

¡Testaruda!

Volví al coche desorientado. Si anoche no había podido dormir, esta noche sería aún peor. Me senté al volante, con las manos temblando ligeramente. Apreté los ojos, intentando despejarme.

Conduje sin rumbo por las calles de Milán, la ciudad pasaba como borrosa a mi alrededor. Perdido en mis pensamientos, la imagen de Amelia y su barriga de embarazada dominaba mi mente. ¿Cómo había podido irse tan rápido, encontrar un camino sin mí? ¿Y por qué de repente me importaba tanto?

Me detuve en un parque, apagué el coche y me quedé sentado, mirando a la nada. La confusión y la frustración me asfixiaban por dentro. Tomé el móvil y, sin pensármelo mucho, marqué el número de Giulia.

—¿Luigi? ¿Va todo bien? —respondió ella, preocupada.

—Fui a ver a Amelia —dije, tratando de mantener la voz firme.

—¿Y cómo fue?

—Un desastre. No quiere saber nada de mí. Y no puedo culparla.

—Quizá sea lo mejor, Luigi.

—Lo sé, pero... —Dudé, buscando las palabras—. El hijo que ella está esperando es mío, Giulia. Y eso lo cambia todo.

—¿En serio? —Reaccionó sorprendida.

—Sí.

—¿Y no te lo había dicho?

—Me lo contó, pero yo no quise escucharlo.

El silencio del otro lado se volvió insoportable.

—¿Giulia?

—¿Así que tú eres el padre?

—Así es.

La verdad era difícil de admitir, y escuchar a Giulia en silencio solo empeoraba la sensación de fracaso. Miré al volante, sintiendo el peso de mis decisiones.

—Luigi, tienes que pensar en lo que realmente quieres. Si estás dispuesto a asumir la paternidad y cambiar, y ser parte de la vida de este bebé, tienes que demostrarlo —dijo Giulia por fin.

—Lo sé, pero no sé ni por dónde empezar...

—Empieza por demostrarle que estás ahí, que estás dispuesto a hacer lo que haga falta. Sé sincero, tanto con ella como contigo mismo.

Colgué el teléfono, aún más confuso. Salí del coche y empecé a caminar por el parque, intentando encontrar algo de claridad. El sonido de los niños jugando, los pájaros cantando, todo parecía una cruel ironía.

Me senté en el coche y me pasé las manos por la cara. La idea de ser padre nunca había sido algo que hubiera planeado. Siempre había estado centrado en mi carrera, en mis logros. Pero ahora, enfrentado a la realidad, me daba cuenta de que había algo más en juego.

Volví a tomar el teléfono y esta vez llamé a mi madre. Ella siempre tenía una visión diferente de la vida.

—¿Luigi? ¿Qué te pasa? —preguntó en cuanto contestó.

—Mamá, yo... estoy confundido. Amelia está embarazada y... no sé qué hacer.

Guardó silencio un momento, asimilando la información.

—Luigi, ser padre es una gran responsabilidad, pero también una gran bendición. Si es tu hijo, tienes que estar ahí. No se trata solo de ti o de ella, sino de la vida que han creado.

—Lo sé, mamá. Pero tengo miedo de no ser capaz.

—Nadie está completamente preparado para ser padre. Es algo que se aprende día a día. Pero tienes que estar dispuesto a intentarlo, a estar ahí. El resto vendrá con el tiempo.

Pensé que sería fácil librarme de las consecuencias, pero definitivamente no fue tan sencillo. Estaba angustiado, enojado, incómodo y con la culpa corriendo por mis venas.

Después de colgar el teléfono con mi madre, me senté en el coche, intentando organizar mis pensamientos. La idea de ser padre nunca había formado parte de mis planes. Siempre había estado centrado en mi carrera, en mis logros. Y ahora todo parecía desmoronarse.

—¡Mierda! —murmuré, golpeando el volante con la mano.

Salí del coche y empecé a caminar sin rumbo, intentando despejarme. La ciudad que me rodeaba parecía indiferente a mi caos interno. Pasé por delante de una cafetería y decidí entrar, con la esperanza de que un café cargado me ayudara a pensar mejor.

Me senté en una mesa del rincón, observando a la gente que me rodeaba. Todos parecían tan tranquilos, mientras que yo estaba al borde del colapso. Pedí un espresso doble y me quedé allí, removiendo el café, perdido en mis pensamientos.

Mi madre tenía razón. Ser padre era una gran responsabilidad y yo no estaba preparado para ello. Al mismo tiempo, sin embargo, ya no podía huir. Amelia esperaba a mi hijo y no me había dejado otra opción que asumir mi parte en él.

Mientras tomaba mi café, decidí que necesitaba hablar con otra persona que pudiera darme una perspectiva diferente. Llamé a un viejo amigo, Matteo, que siempre tenía una visión pragmática de las cosas.

—Luigi, ¡cuánto tiempo sin verte! —respondió, emocionado—. ¿Qué es lo que pasa?

—Matteo, estoy en un gran dilema. Necesito tu ayuda.

—Claro, amigo. Adelante.

—Amelia está embarazada y... no sé qué hacer. Mi madre dice que tengo que estar allí, pero no estoy preparado para eso.

—Si se trata de tu hijo, tienes que intentarlo. Huir no solucionará nada.

—Lo sé, pero es difícil. Me siento perdido.

—Luigi, siempre has tenido determinación en el trabajo. Aplica esa misma determinación. Puede que no sea fácil, pero merece la pena intentarlo.

—Gracias por el consejo.

Colgué el teléfono sintiéndome un poco mejor. Matteo tenía razón. Tenía que aplicar la misma determinación que tenía en el trabajo a mi vida personal. Era hora de dejar de huir y afrontar la realidad.

Salí del café y volví al coche, decidido a dar el primer paso. Conduje hasta la oficina, donde sabía que tenía mucho que hacer, pero con una nueva perspectiva. Tenía que demostrarle a Amelia que estaba dispuesto a cambiar, que quería formar parte de la vida de nuestro hijo.

Cuando llegué, Giulia me esperaba con unos documentos para revisar. Notó el cambio en mi expresión y sonrió ligeramente.

—Parece que has tomado una decisión —me dijo, entregándome los papeles.

—Sí, Giulia. He decidido que voy a intentar ser el padre que mi hijo necesita. No será fácil, pero haré lo que pueda.

Asintió, aprobando mi decisión.

—Me alegro de oírlo, Luigi.

Pasé el resto del día inmerso en el trabajo, pero reaccionando mejor a la situación. Odiaba tener que aceptar que no todo estaba bajo mi control, pero en aquel momento era necesario.



Amélia

Capítulo 19

Aunque parecía improbable, realmente creí que nunca volvería a ver a Luigi. Aún sumida en una mezcla de tristeza y rabia, estaba en el sofá, acariciando mi vientre y diciéndole a mi hija que mantendría a ese idiota lejos de nosotras.

Estaba furiosa. Sentía que yo tenía toda la razón. Después de todo lo que me había hecho, no tenía ningún derecho a aparecer así, de la nada, en mi puerta.

—¡Qué maldito desgraciado! —murmuré, sintiendo la ira hervir dentro de mí.

Me levanté del sofá y empecé a pasear por la habitación, intentando disipar mi frustración. El peso de mis emociones se acumulaba. Necesitaba encontrar una manera de lidiar con ello, pero no sabía por dónde empezar.

Tomé el teléfono y llamé a Bianca. Necesitaba desahogarme.

—¡Ah! ¡Bianca! —rugí en cuanto contestó.

—¿Amelia? ¿Qué ha pasado? —preguntó al darse cuenta de mi reacción.

—Luigi apareció hoy aquí. Dijo un montón de tonterías y que quiere ser parte de la vida de la bebé.

—¿Qué? ¿Y qué le dijiste?

—Le dije que no lo necesito, que estoy siguiendo adelante sola. Pero Bianca, fue muy difícil. Estaba tan enojada que casi le pego.

—Amelia, lo entiendo perfectamente. Después de todo lo que ha hecho, es natural estar enfadada y desconfiar. No tiene derecho a aparecer de la nada y esperar que todo vaya bien.

—¡Exactamente! Cree que puede aparecer y exigir respuestas. Como si nada hubiera pasado.

—Tienes todo el derecho a estar enfadada. Y tiene que entender que las cosas no son tan sencillas. Pero, amiga, tienes que pensar en lo que es mejor para ti y para tu hija. Si Luigi

realmente quiere cambiar, quizá valga la pena escuchar lo que tiene que decir. Pero solo si te sientes preparada para ello.

Suspiré, sintiendo que las lágrimas empezaban a formarse.

—Lo sé, Bianca. Es solo que no quiero tener que mirar su cara otra vez.

—¡Lo entiendo, amiga!

—¡Maldito bastardo! —grité, empezando a llorar de rabia.

—Cálmate, Amelia. Respira hondo —me dijo Bianca por teléfono, tratando de consolarme.

Sollocé, sintiendo la frustración y la tristeza salir en oleadas. Estaba exhausta y emocionalmente agotada.

—No sé qué hacer, Bianca. Me siento tan enfadada con él. ¿Cómo puede decir tantas cosas y ahora aparentar que no ha pasado nada? —dije entre sollozos.

—Es un idiota, amiga. Pero tú eres fuerte.

Me aparté el teléfono de la cara un momento y me sequé las lágrimas con la manga de la blusa. Me sentía un poco mejor, pero seguía habiendo una tormenta de emociones en mi interior.

—Gracias por escucharme.

—No necesitas darme las gracias, Amelia. Somos amigas y estoy aquí para ti.

Volví a sentarme en el sofá, intentando respirar hondo y calmar los nervios.

—Te diré una cosa: centrémonos en el presente. —Bianca siguió hablando—. Tú y tu hija. Lo único que importa ahora son ustedes dos.

Asentí, aunque sabía que ella no podía verme, intentando concentrarme en aquello. Necesitaba pensar en mi futuro y en el de mi hija, dejando atrás a Luigi y sus problemas.

—Tienes razón. Necesito concentrarme en nosotras dos. Eso es lo que importa.

Bianca suspiró y pude oír la alegría en su voz. Sentí que me quitaba un poco de peso de encima. Aún quedaba mucho camino por recorrer, pero con su apoyo, sabía que podía superarlo

todo.

Pasamos el resto de la conversación hablando de cosas alegres, intentando mantener a raya los pensamientos negativos. Hablamos de planes para la bebé, de elegir nombres, de pensar en la decoración de la habitación, todo lo cual nos ayudó a apartar la mente de la confusión causada por Luigi.

Cuando por fin colgué el teléfono, me sentí más tranquila. Volví a acariciarme la barriga y a hablar en voz baja con mi hija.

—Todo irá bien, mi amor. Seremos felices, las dos solas.



Luigi

Capítulo 20

Siempre creí que tenía el control de todo. Pensaba que Amélia también estaba bajo mi dominio, pero desde que quedó embarazada, esa fortaleza que creía manejar se vino abajo.

¡Maldita sea!

Durante meses intenté olvidar lo ocurrido, fingir que su embarazo no era mi problema. Pero cuanto más veía su imagen, más difícil me resultaba ignorarla. Era como si cada aparición suya fuera un recordatorio constante de que mi vida estaba patas arriba.

Estaba enfadado por la situación y, sobre todo, no sabía qué hacer. Nunca se me había pasado por la cabeza la idea de ser padre y ahora todo parecía descontrolarse. Sentado en mi escritorio, intentaba concentrarme en mi trabajo, pero la imagen de Amelia y su barriga de embarazada seguía atormentándome.

Me levanté y empecé a pasear por la oficina, inquieto. La frustración y la confusión me consumían. Me pasé la mano por el pelo, intentando encontrar una solución, pero nada parecía claro. En un momento de desesperación, me golpeé la cabeza contra la pared, tratando de despejar los tumultuosos pensamientos.

—¡Maldita sea! —murmuré, sintiendo que el dolor físico se mezclaba con el emocional.

Giulia entró en la oficina, atraída por el ruido.

—Luigi, ¿qué fue ese ruido?

La miré, dejando escapar un largo y profundo suspiro.

—Nada, Giulia. Solo que no estoy nada bien. No sé qué hacer.

Se acercó, preocupada.

—¿Qué te preocupa tanto?

Suspiré, sintiendo la necesidad de desahogarme.

—Es Amélia. Está embarazada y... traté de olvidarlo, fingir que eso no me afectaba, pero ya no puedo ignorarlo. Siempre pensé que lo tenía todo bajo control, pero ahora...

Giulia asintió en señal de comprensión.

—Luigi, ser padre es una gran responsabilidad, pero también puede ser lo mejor de tu vida.

Me giré sobre los talones para mirarla y ella dio un paso atrás.

—¿Cómo es para ti?

—¿Qué? —Frunció el ceño, confundida por mi pregunta.

—Tienes dos hijos, ¿verdad?

—Sí, un niño y una niña —respondió con una expresión de confusión aún en su rostro.

—¿Y cómo es?

Se relajó un poco y sonrió.

—Amo a mis hijos. Son lo mejor que me ha pasado y te aseguro que te perderás mucho si no estás presente en la vida del tuyo.

—¿Pero qué hago, Giulia? Amelia ni siquiera me mira a la cara.

—Deberías empezar por disculparte. Es un buen comienzo.

Suspiré, sintiéndome incómodo ante su consejo. Disculparme nunca fue mi fuerte.

—¿Y después? —pregunté, tratando de imaginar lo que seguiría.

—Demuestra que realmente estás dispuesto a cambiar. Estate presente, ofrece ayuda, muestra verdadero interés. Amelia necesita ver que vas en serio.

—Pero no me va a creer. No después de todo lo que pasó.

—No esperes que te crea de inmediato. La confianza se construye con el tiempo. Tienes que ser paciente y constante.

Caminé de un lado a otro, tratando de asimilarlo todo. Giulia tenía razón, pero seguía

siendo difícil admitir que lo había arruinado todo.

—Es tan frustrante. Odio admitir que he cometido un error.

—Todos cometemos errores, Luigi. Lo importante es lo que hacemos después. Si de verdad quieres formar parte de la vida de tu hijo, tienes que tragarte tu orgullo y pasar a la acción.

La miré y respiré hondo. Sabía que tenía razón.

—Entonces, ¿pido disculpas? ¿Y luego qué?

—Intenta estar presente. Pregúntale cómo está, en qué puedes ayudarla. Muestra interés en el embarazo y, eventualmente, en el bebé. Pero no lo fuerces. Deja que ella marque el ritmo.

—¿Y si me rechaza?

—Entonces sigue intentando, pero respeta su espacio. Demuéstrale que estás dispuesto a ser un padre presente, aunque ella tarde en aceptarlo.

Suspiré, sintiéndome un poco aliviado por tener un plan, pero aún inseguro sobre cómo se desarrollaría todo.

—Gracias, Giulia. Lo intentaré.

Sonrió, animándome.

—Es un buen comienzo, Luigi. Y recuerda, estoy aquí para ayudar en lo que pueda.

—Eres una secretaria excelente.

—Es mi trabajo. —Esbozó una breve sonrisa antes de salir del despacho.

Pasé el resto del día pensando en la sugerencia de Giulia. Como muchas cosas en la vida, la teoría parecía más sencilla que la práctica.



Amélia

Capítulo 21

Estaba en casa, esperando mi cena del local de comidas de siempre, donde me preparaban una dieta equilibrada. Desde que quedé embarazada, tuve que ajustar un poco mi alimentación, y estaba subiendo de peso conforme crecía mi hija, pero trataba de no volverme paranoica con eso. Aunque mi cuerpo siempre había sido clave para mi trabajo, había conseguido nuevas oportunidades en esta etapa de mi vida.

Sonó el timbre y me levanté, esperando que fuera el repartidor. Cuando abrí la puerta, me encontré con un enorme ramo de al menos cien rosas, ocultando el rostro del hombre que las sostenía.

Mi corazón se aceleró al darme cuenta de que era Luigi.

—¿Qué es esto? —pregunté, sorprendida y molesta.

Apartó el ramo para mostrar su rostro, intentando esbozar una sonrisa amistosa.

—Amelia, estoy aquí para disculparme. Sé que me equivoqué y quería hacer algo grande para demostrar que lo siento.

Sentí que la ira subía de inmediato. No podía creer que pensara que un ramo de flores lo resolvería todo.

—¿Crees que un ramo de flores va a arreglar todo lo que has hecho? —dije, cruzándome de brazos y mirándolo fijamente.

—No, pero es un comienzo. Quiero demostrar que estoy dispuesto a cambiar, que quiero formar parte de la vida de nuestro hijo.

—Tuviste la oportunidad de formar parte de mi vida y de la de nuestra hija, Luigi. Y la desperdiciaste. No quiero tus flores ni tus disculpas.

—¿Hija? —repitió sorprendido.

—Sí, es una niña —murmuré, aún con los brazos cruzados, poco receptiva.

Dio un paso adelante, insistiendo.

—Amelia, por favor. Sé que cometí un error, pero ahora estoy aquí. Quiero arreglar las cosas.

—¿Arreglar las cosas? —Me reí, sin humor—. No tienes ni idea de lo que eso significa. Me dejaste sola cuando más te necesitaba. ¿Y ahora crees que puedes aparecer con flores y que todo irá bien?

—Lo estoy intentando, Amelia. Necesito una oportunidad.

—¿Oportunidad? —levanté la voz—. Tuviste tu oportunidad y la desperdiciaste. No voy a permitir que formes parte de mi vida solo porque tú hayas decidido que quieres serlo. ¡Vete, Luigi! No te quiero aquí.

Parecía abatido, pero yo no tenía paciencia para su falsa tristeza.

—Por favor, Amelia, déjame explicarte...

—No hay nada que explicar. Ya he oído suficiente. ¡Fuera de aquí!

Vaciló, mirándome de una forma que solía encantarme, pero que en aquel momento solo me producía dolor. Finalmente, se dio la vuelta, llevándose el ramo.

Cerré la puerta con fuerza, sintiendo una mezcla de rabia y alivio. Me froté el vientre, sintiendo que mi hija se movía.

—Estaremos bien, mi amor. Estaremos bien —murmuré, prometiéndomelo más a mí mismo que a ella.

Volvió a sonar el timbre, esta vez era el repartidor de comida. Tomé mi cena, le di las gracias rápidamente y volví a entrar. Me senté a la mesa, intentando calmar los nervios.

Mientras comía, sentí cómo la tensión comenzaba a disiparse. Sabía que había tomado la decisión correcta. Luigi ya no tenía lugar en mi vida, no después de todo lo que hizo. Mi enfoque estaba en lo que realmente importaba: mi hija y nuestro futuro juntas.



Luigi

Capítulo 22

—¡Qué carajo! —rugí mientras arrojaba aquel gigantesco y pesado ramo a la calle.

La rabia me invadía y apenas podía respirar bien.

¡Qué mujer tan difícil!

Me paseaba de un lado a otro de la acera con una mezcla de desesperación, indignación y vergüenza. La gente que se cruzaba conmigo me miraba con curiosidad y asombro, pero me daba igual.

Sentí que me hervía la sangre y que mis músculos se tensaban de frustración. ¿Cómo podía ser tan implacable? Lo intentaba, pero nada parecía ser suficiente.

Me apoyé en la pared de un edificio, intentando recomponerme. La noche era fría y la brisa hacía que las hojas secas se arremolinaran a mi alrededor. El ramo que había lanzado estaba esparcido por la calle y los pétalos rodaban por el asfalto.

Me pasé la mano por el pelo, tirando con fuerza. No sabía qué hacer. Quería demostrarle que lo sentía, que quería cambiar, pero ella no me daba ninguna oportunidad.

—¡Lo siento! —grité, aunque ella no podía oírme—. ¡La cagué, pero estoy intentando!

La gente no dejaba de mirarme, algunos cuchicheaban entre ellos. Me sentía expuesto, vulnerable, algo inusual en mí. Siempre había sido el hombre que lo tenía todo bajo control, pero ahora...

Caminé hasta un banco de la plaza cercana y me senté, enterrando la cara entre las manos. La frustración y la impotencia me abrumaban. Pensé en mi madre, en sus palabras sobre ser padre, en la necesidad de estar ahí. Pero, ¿cómo iba a hacerlo si Amelia ni siquiera quería verme?

Me quedé allí un rato, intentando calmar mis pensamientos. El frío empezaba a afectarme, pero no me importaba. Tenía que encontrar la manera de demostrarle que lo que decía

iba en serio. ¿Pero cómo?

Me llamó la atención el sonido de los niños que reían jugando en la plaza. Los observé corretear, despreocupados. Pensé en mi hija, en la posibilidad de verla crecer, de estar allí. Eso me dio una nueva motivación.

Me levanté del banco, decidido a no rendirme. Quizá necesitaba más tiempo, más paciencia. Tal vez necesitaba encontrar otra forma de demostrar que estaba comprometido.

Volví al coche, con el motor rugiendo en la silenciosa noche. Conduje un rato sin rumbo, intentando aclarar mis ideas. Sabía que no sería fácil, pero estaba dispuesto a intentarlo, a luchar por mi hija. Aunque Amelia no me creyera, le demostraría que iba en serio.



Amélia

Capítulo 23

¿Quiere volverme loca?

Di vueltas en la cama toda la noche, incapaz de encontrar una postura cómoda. La pesadez de mi vientre me impedía moverme y el corazón se me aceleraba cada vez que recordaba la aparición de Luigi. Finalmente, me levanté y fui al baño, con la esperanza de aliviar un poco la tensión que me consumía.

Me miré en el espejo, viendo mis ojos hundidos, reflejo de mi agotamiento emocional. Me pasé las manos por la cara, intentando sacudirme el cansancio. El embarazo ya era un reto de por sí, y Luigi lo estaba complicando aún más.

¿Cómo podía tener la audacia de aparecer después de todo? Me costó mucho superar cómo me dejó tirada y, justo cuando empezaba a estar bien, ese maldito reaparece.

Pasé la mano por mi vientre, sintiendo a mi hija moverse suavemente. Eso siempre me calmaba un poco, pero esa noche era diferente. La presencia de Luigi había alterado mis emociones de una manera que no esperaba.

Volví a la cama, intentando calmarme, pero cada vez que cerraba los ojos, veía su cara. Sus palabras resonaban en mi mente, mezcladas con la rabia y la tristeza que sentía. ¿Cómo podía pensar que un ramo de flores lo resolvería todo?

Respiré profundo, intentando calmar mi corazón acelerado. Sabía que debía ser fuerte, por mí y por mi hija. No podía permitir que Luigi me desestabilizara de esa forma.

Fui a la cocina, decidida a prepararme una taza de té. El ritual de hervir el agua, elegir el té y esperar a que estuviera listo siempre me ayudaba a relajarme un poco. Me senté a la mesa, observé el vapor que salía de la taza e intenté organizar mis pensamientos.

Mi mente se remontó a los momentos felices y dolorosos que había vivido con Luigi. Era difícil separar los buenos recuerdos de los malos, pero sabía que tenía que hacerlo. No podía

permitir que el pasado interfiriera en mi presente y mi futuro.

Tomé el móvil y vi que había mensajes de Bianca sin leer.

Bianca:

¿Qué tal, amiga? ¿Cómo va la noche?

Amelia:

No muy bien. Luigi apareció con un ramo de rosas, tratando de disculparse.

Bianca:

¿Qué? ¿Y qué hiciste?

Amelia:

Lo he echado. No quiero tener nada que ver con él. Fue difícil, pero necesario.

Bianca:

Hiciste lo correcto. Tiene que darse cuenta de que no puede aparecer y esperar que todo vaya bien.

Amelia:

Ya lo sé. Pero es duro. Todo esto me está desgastando mucho.

Bianca:

Si necesitas algo, estoy aquí. Siempre.

Amelia:

Gracias, Bianca. Tu apoyo significa mucho para mí.

Guardé el móvil y me terminé el té, sintiéndome un poco más tranquila.

Volví a la cama, decidida a intentar dormir un poco. Sabía que los próximos días serían

difíciles, pero estaba preparada para afrontarlos. No dejaría que Luigi volviera a desanimarme. Mientras me acariciaba la barriga, le prometí a mi hija que haríamos que todo saliera bien juntas.



Luigi

Capítulo 24

Nada más llegar a la oficina por la mañana, Giulia vino hacia mí con una sonrisa que se desvaneció rápidamente al verme. Yo tenía el rostro cerrado y una expresión visiblemente cansada, lo que hizo que Giulia frunciera el ceño de inmediato.

—Luigi, ¿cómo fue tu reunión de ayer con Amelia?

Respiré hondo y volví a sentir la frustración al recordar la escena.

—Fue un desastre, Giulia. Un completo desastre —respondí, con la voz llena de rabia.

Se acercó a mí y me puso una taza de café delante, intentando aliviar la tensión.

—¿Qué ha pasado exactamente? —preguntó, intentando comprender mejor la situación.

Puse los ojos en blanco y me pasé una mano por el pelo, claramente enfadado.

—Le llevé un ramo de flores enorme, intentando demostrarle que lo siento, que quiero cambiar. Pero ella simplemente me echó. No quiso escuchar nada de lo que tenía que decir.

Giulia suspiró y se sentó en la silla frente a mí.

—Luigi, es comprensible. Amelia está herida, y las flores, por muy bonitas que sean, no borrarán lo ocurrido.

—Lo sé, Giulia, pero parece que nada de lo que hago es suficiente. Ella no se deja intimidar.

Me miró con seriedad, pero también con compasión.

—Amelia está herida, Luigi. Y con razón. Pero si realmente quieres ser parte de la vida de tu hija, tienes que persistir. Demuestra que estás dispuesto a cambiar, a estar presente. Llevará tiempo, pero tienes que estar dispuesto.

Sentí que se me hacía un nudo en el estómago. La verdad era difícil de escuchar, pero sabía que Giulia tenía razón. Amelia no confiaría en mí de inmediato, y tenía que aceptarlo.

—¿Y ahora qué hago? —pregunté, con un tono de desesperación en la voz.

Giulia sacó una libreta y un bolígrafo y empezó a garabatear algunas ideas.

—Empieza con pequeños gestos. Tal vez escribir una carta explicando tus sentimientos, u ofrecerte a ayudar de alguna manera. Pero sé coherente. Tiene que ver que vas en serio.

Tomé la taza de café, sintiendo el reconfortante calor en mis manos.

—Lo intentaré.

Giulia sonrió, animándome.

—Eso es todo lo que Amelia necesita ver, Luigi. El esfuerzo, la voluntad de hacer que funcione.

Pasé el resto de la mañana intentando concentrarme en mi trabajo, pero mi mente no dejaba de pensar en Amelia y en nuestra hija. Sabía que necesitaría algo más que palabras para recuperar su confianza.

Acepté la sugerencia de escribir una carta a Amelia. Tomé papel y bolígrafo y empecé a redactar mis palabras. Quería que supiera que estaba dispuesto a cambiar, que comprendía cuánto daño le había hecho y que quería formar parte de la vida de nuestra hija.

Doblé la carta y la metí en un sobre, decidiendo que se la entregaría personalmente. Sabía que las palabras escritas podrían no ser suficientes, pero era un comienzo.



Amélia

Capítulo 25

Escuché un golpe en la puerta y, al instante, un sobre se deslizó por debajo de ella. Me acerqué para ver, sintiendo curiosidad, aunque con algo de extrañeza. Lo recogí y, al comenzar a leer, me di cuenta de que era una carta de Luigi.

Se me revolvió el estómago, avergonzada, y me sentí extraña. No eran náuseas del embarazo, sino una mezcla de sentimientos que me incomodaban. Nunca me imaginé que él haría algo así.

Amelia,

Sé que he cometido un error. Sé que te he herido profundamente y que puede que las palabras no sean suficientes para arreglar lo que he hecho. Pero quiero que sepas que estoy dispuesto a cambiar, a ser el padre que nuestra hija se merece.

Pido perdón por mi comportamiento en el pasado y por mis actitudes. Sé que nada puede borrar lo que pasó, pero quiero intentar construir algo nuevo, algo mejor. Estoy aquí, dispuesto a hacer lo que sea necesario para volver a ganarme tu confianza.

Por favor, dame la oportunidad de demostrar que voy en serio.

Luigi

Leí la carta varias veces, tratando de procesar las palabras. Una parte de mí quería creerle, pero otra sabía que no podía bajar la guardia tan fácilmente. Me había herido profundamente y no podía olvidar todo lo que había pasado.

Me senté en el sofá, sujetando la carta con fuerza. La imagen de Luigi apareciendo en mi

puerta con aquel gigantesco ramo aún estaba fresca en mi mente. Lo estaba intentando, pero yo no estaba dispuesta a perdonarlo después de todo lo que había dicho y hecho.

Saqué el móvil y llamé a Bianca, necesitaba a alguien con quien desahogarme.

—¿Amelia? ¿Qué ha pasado? —preguntó ella al contestar.

—He recibido una carta de Luigi —respondí, tratando de mantener la voz firme.

—¿En serio? ¿Y qué te dijo?

—Se disculpa y dice que quiere cambiar, que quiere ser el padre que nuestra hija se merece. Pero no lo sé, Bianca. No sé si puedo creerle.

—Amelia, es natural que desconfíes. Te ha hecho mucho daño. Pero también es importante que pienses en lo que es mejor para ti y para tu hija.

Suspiré.

—Lo sé. Simplemente no quería tener que lidiar con esto ahora.

—Entiendo, amiga. No tienes que tomar una decisión ahora. Ve paso a paso.

—Gracias —le agradecí a Bianca y colgué el teléfono. Me quedé mirando la carta, preguntándome qué hacer. Una parte de mí quería romperla y olvidarlo todo, pero otra sabía que tenía que afrontar la situación sin rodeos.

Me levanté, decidida a no dejar que Luigi volviera a desestabilizar mi vida. Guardé la carta en un cajón.



Luigi

Capítulo 26

Tenía la esperanza de que ella respondiera a la carta, que me llamara o al menos mandara un mensaje. En los días que siguieron, no pasó nada, solo un vacío angustiante.

Me sentía mal, inquieto, sin saber qué hacer para arreglar la situación. La carta había sido mi intento de mostrar que estaba arrepentido, pero su silencio me dejaba aún más desolado.

Esa noche tenía que ir a una fiesta importante en el sector. Era una de esas noches en las que todos los grandes nombres de la moda estarían presentes, y no podía faltar. Aun así, mi ánimo estaba por los suelos.

Bajé del coche, me alisé el smoking y me dirigí a la entrada de la fiesta. Las luces brillaban, la música era animada, pero yo no podía sentirme parte de la euforia.

Al entrar, sentí que todos me miraban. Normalmente, esto me daba una sensación de poder, pero esa noche, solo sentí como un peso extra sobre mis hombros.

Sophia, una de mis nuevas modelos, se dio cuenta de mi expresión abatida y se acercó a mí con una sonrisa preocupada.

—Luigi, ¿te preocupa algo? —preguntó, tratando de ser amable.

Forcé una sonrisa, pero no pude disimular mi angustia.

—Estoy bien, Sophia. Solo un poco cansado.

Me miró con preocupación, claramente no convencida.

—¿Estás seguro? Si necesitas algo, estoy aquí para ayudarte.

Le di las gracias con una inclinación de cabeza, pero mantuve las distancias. No quería involucrarla en mis problemas.

—Gracias, Sophia, pero estoy bien. Disfruta de la fiesta.

Ella asintió, algo incómoda, y se alejó, dejándome nuevamente solo con mis

pensamientos.

Caminé por el salón, saludando a algunas personas conocidas, pero mi mente estaba en otra parte. Solo podía pensar en la carta que le había enviado a Amélia y en la falta de respuesta. Cada segundo de su silencio era como un golpe en el corazón.

Tomé una copa y me fui a una zona más apartada, intentando encontrar algo de paz en el tumulto. Miré al cielo estrellado, preguntándome cómo podría recuperar la confianza de Amelia.

Sentí un nudo en la garganta y unas ganas irrefrenables de gritar. Había hecho tantas cosas mal, y ahora todo parecía imposible de enmendar. La fiesta continuaba a mi alrededor, pero yo estaba atrapado en mis propios pensamientos, luchando contra el arrepentimiento.

Mientras deambulaba por el vestíbulo, aún perdido en mi propia mente, sentí una presencia a mi lado. Miré y vi a una mujer alta, pelirroja y de ojos penetrantes que se acercaba a mí con una sonrisa seductora. No formaba parte del casting de mi agencia, pero estaba claro que era una modelo, por la seguridad y elegancia que emanaba.

—Parece que necesitas una distracción —dijo con una voz suave, inclinándose un poco para que nuestras manos se rozaran.

Normalmente, habría caído en el encanto, aprovechando la oportunidad para un momento de sexo fácil. Pero aquel día, la frustración y la angustia me consumían demasiado para eso.

—Hoy no estoy de humor —respondí, tratando de mantener la voz firme.

Ella sonrió, sin inmutarse.

—¿Estás seguro? Puedo ser una gran compañía para olvidar tus problemas.

Sacudí la cabeza, tratando de alejar la tentación.

—Gracias, pero realmente no estoy bien.

Frunció el ceño, un poco sorprendida por el rechazo.

—Tú te lo pierdes —dijo, encogiéndose de hombros antes de marcharse con cara de decepción.

La observé mientras volvía a mezclarse con la multitud, sintiéndome aún más vacío.

Intenté concentrarme en la fiesta, pero cada risa, cada conversación a mi alrededor me daba la sensación de todo lo que iba mal en mi vida. La música alta y las luces brillantes, que normalmente me daban energía, ahora me sofocaban.

Terminé mi copa y decidí que no podía quedarme allí más tiempo. Me despedí discretamente de las personas que conocía y volví al coche, sintiendo el peso de la noche sobre mí. Mientras conducía de vuelta a casa, intenté pensar en nuevas formas de demostrarle a Amelia que estaba dispuesto a cambiar, que quería formar parte de la vida de nuestra hija.

Pero en ese momento, lo único que sentía era un profundo vacío, un abismo de incertidumbre que parecía crecer cada día.

Llegué a casa y me tiré en el sofá, el cansancio se apoderó de mí. Tomé el móvil y miré la pantalla, esperando alguna señal, algún mensaje de Amelia. Nada. Volvió a invadirme la misma sensación de desesperación.

Tenía que encontrar la manera de recuperar su confianza. No podía rendirme. Aunque no respondiera a la carta, seguiría intentándolo.

Decidí que podía enviar un mensaje. Volví a tomar el móvil y escribí algo esperando una respuesta.

Luigi:

Hola, Amelia. Espero que estés bien. ¿Recibiste mi carta?

Quería saber cómo te va y si necesitas algo durante el embarazo. Estoy aquí para ayudarte.

Envié el mensaje y me quedé mirando la pantalla, esperando ansiosamente una respuesta. El tiempo parecía alargarse, convirtiéndose en una eternidad. Apareció la bolita de "visto" junto al mensaje, indicando que lo había leído, y mi corazón se aceleró.

Pero pasaron los minutos y nada. Ninguna respuesta. Sentí un nudo en el estómago y mi frustración empezó a crecer.

Esperé lo que me pareció un siglo, pero solo fue una hora. La ansiedad me consumía y la falta de respuesta me irritaba cada vez más. Con un gesto repentino, lancé el móvil contra la pared. Se hizo añicos con el impacto, pero no sentí ningún alivio.

Me levanté y empecé a pasear por la habitación, tratando de encontrar una solución.

—¿Por qué no puede contestar al menos? —murmuré, sintiendo ira mezclada con dolor.

Miré los trozos del móvil en el suelo y sentí una inmediata punzada de arrepentimiento. No por el aparato, sino por mi incapacidad para controlar mis emociones. Amelia tenía todo el derecho a sentirse herida, y yo tenía que encontrar la manera de afrontarlo sin explotar.

Decidí que necesitaba calmarme. Fui a la cocina, llené un vaso de agua y lo bebí lentamente, intentando despejar la mente. La noche era silenciosa, y el silencio solo aumentaba la sensación de soledad.



Amélia

Capítulo 27

Mi móvil vibró con un mensaje de Luigi. Me revolví en la cama, aparté el aparato y me llevé la mano al pecho. El corazón se me estrujaba mientras una mezcla de emociones se apoderaba de mí.

No quería que volviera a hacerme daño.

Sentí que mi hija se movía ligeramente y suspiré. Cada uno de sus movimientos me recordaba lo fuerte que tenía que ser.

No puedo dejar que ese bastardo me desestabilice, no ahora.

Volví a tomar el móvil y miré el mensaje. Leí y releí sus palabras, intentando descifrar si eran sinceras. Decía que quería ayudar, preguntaba por mi salud y mencionaba la carta que había enviado.

Cerré los ojos, intentando mantener la calma. Parecía estar haciendo un esfuerzo, pero las heridas que había dejado eran demasiado profundas para curarse tan rápido. Decidí que lo mejor era no responder. Tenía que entender que no podía aparecer y esperar que todo le fuera perdonado.

Volví a dejar el móvil en la mesita de noche y me levanté despacio, sintiendo el peso del estómago. Fui a la cocina y me preparé una taza de té, esperando que la bebida caliente calmara un poco mis nervios. Me senté a la mesa y miré por la ventana, observando la ciudad iluminada por la noche.

El silencio en la cocina era reconfortante, pero mi mente distaba mucho de estar tranquila. Pensaba en el futuro, en cómo sería criar sola a mi hija. ¿Me las arreglaría? ¿Sería capaz de hacer frente a todo? La inseguridad era un sentimiento que me angustiaba, pero tenía que superarlo.

Conociendo a Luigi, no pude evitar pensar que podría tratarse de un juego de egos. Tal vez solo se esforzaba porque veía que yo había superado el rechazo y seguía adelante con mi

vida.

Él siempre ha sido así, obsesionado con tener el control sobre todo y sobre todos. ¿Era este cambio repentino un intento genuino de redimirse, o solo una forma de reafirmar su poder sobre mí? La duda me corroía y la incertidumbre lo complicaba todo.

Recordé el consejo de Bianca y traté de concentrarme en lo que era mejor para mí y para mi hija. Volví a la cama, alejando los pensamientos perturbadores. Me acaricié el vientre y le prometí a mi hija que haría lo que fuera necesario para garantizar nuestro bienestar. Necesitábamos estabilidad y yo lucharía por dárnosla, aunque eso significara mantener alejado a Luigi.



Luigi

Capítulo 28

Yo no era un hombre que se rindiera fácilmente, pero Amelia estaba poniendo a prueba mi determinación. Con cada nuevo intento, mi frustración aumentaba.

Me estaba volviendo loco...

Esa mañana, mi asistente entró en mi oficina con una expresión preocupada.

—Luigi, tenemos que hablar —dijo, cerrando la puerta tras de sí.

La miré, dándome cuenta de la preocupación que había en sus ojos.

—¿Y ahora qué, Giulia?

Se sentó en la silla frente a mí, cruzando las piernas.

—Tu desempeño en el trabajo se está viendo afectado. Las reuniones, las decisiones... no estás enfocado. Necesitas resolver esta situación con Amélia.

Suspiré, frotándome la cara con las manos.

—¿Crees que no lo intento? He enviado mensajes de texto, he escrito una carta, incluso he estado en persona. Ella simplemente me ignora.

Giulia negó con la cabeza, comprensiva pero firme.

—Sé que lo estás intentando, pero tal vez necesites un enfoque diferente. Amelia está herida, Luigi. Y por lo que veo, necesita más que grandes palabras o gestos.

Permanecí un momento en silencio, asimilando sus palabras. Sabía que tenía razón, pero no encontraba una solución que funcionara.

—¿Qué sugieres? —pregunté finalmente.

—Quizá necesites demostrar que estás dispuesto a cambiar de verdad. Haz algo concreto, algo que demuestre que te has comprometido a formar parte de la vida de tu hija.

La miré, intentando comprender mejor.

—¿Cómo qué?

Giulia se encogió de hombros, pensativa.

—Pídele que se case contigo.

—¿Qué? —Abrí los ojos, estupefacto.

—Tienes que parecer dispuesto.

Mientras Giulia parecía segura de que era la mejor idea, yo no podía ni imaginar la posibilidad. Yo no era el tipo de hombre que se casaba. La idea del matrimonio siempre me pareció un concepto lejano, algo que hacían otras personas, pero no yo.

—Giulia, yo... no sé si es una buena idea —dije, tratando de encontrar las palabras adecuadas—. El matrimonio nunca formó parte de mis planes. Ni siquiera sé cómo empezar a pensar en ello.

Se cruzó de brazos, mirándome con expresión firme.

—Luigi, Amelia necesita ver un gesto concreto de compromiso. Si de verdad quieres formar parte de su vida y de la de su hija, tienes que demostrar que estás dispuesto a hacer sacrificios, a cambiar de verdad.

Suspiré, sintiéndome atrapado. Sabía que Giulia tenía razón, pero ¿casarme? Era impensable.

—No digo que tengas que casarte mañana —continúa—. Pero quizá pedirle la mano demuestre que vas en serio. Podría ser el comienzo de algo nuevo.

Permanecí en silencio, tratando de procesar la idea. La verdad era que quería estar presente en la vida de mi hija, quería recuperar la confianza de Amelia. ¿Pero pedirle que se casara conmigo? No sabía si estaba preparado para eso.

—Lo pensaré, Giulia —dije al fin—. Necesito tiempo para entender lo que siento al respecto.

Ella asintió, con cara de satisfacción.

—De acuerdo, Luigi. Pero no tardes demasiado. Amelia necesita ver que estás dispuesto a hacer lo que sea necesario.

Pasé el resto del día con la idea del matrimonio rondándome la cabeza, pero quizá Giulia tenía razón y este era el gesto que demostraría a Amelia lo comprometido que estaba.



Amélia

Capítulo 29

Me llamaron para una sesión de última hora. Un fotógrafo para el que solía posar cuando aún trabajaba con Luigi me dijo que tenía un trabajo y que no había nadie más perfecta que yo para la campaña. Le expliqué lo de mi embarazo, pero me aseguró que precisamente por eso yo era la elección ideal.

Así que me preparé y me fui al estudio. Cuando llegué, me sorprendió encontrar el lugar decorado con muchas flores y velas. El ambiente era romántico y acogedor, lo que me hizo preguntarme qué tipo de campaña era.

—¿Qué es esto? —pregunté al fotógrafo, intentando comprender la situación.

Antes de que pudiera responder, apareció Luigi, con un traje impecable. Se me aceleró el corazón y por un momento no supe cómo reaccionar.

Se acercó a mí, con semblante serio y decidido, y se arrodilló frente a mí.

—Amelia, sé que he cometido muchos errores y que te he herido profundamente. Pero hoy estoy aquí para demostrarte que estoy dispuesto a cambiar, a ser el hombre que tú y nuestra hija merecen.

Sacó una cajita del bolsillo y la abrió, revelando un anillo de compromiso.

—Amelia, ¿quieres casarte conmigo?

¿Era esto una obra de teatro? ¿Una broma? No podía creer lo que estaba pasando. La confusión y la incredulidad me invadieron. Mi corazón latía desbocado, y la única reacción que pude tener fue dar media vuelta y salir corriendo.

Escuché a Luigi llamando mi nombre, pero seguí corriendo, ignorando todo a mi alrededor. Salí del estudio y me adentré en la calle, el aire frío de la mañana golpeando mi rostro me ayudó a aclarar un poco la mente.

Seguí corriendo hasta que las piernas empezaron a flaquearme. Me detuve apoyada en un

poste. Me acaricié el vientre, sintiendo la reconfortante presencia de mi hija.

—¿Qué ha sido eso? —murmuré para mis adentros, aún aturdida.

Intenté comprender las intenciones de Luigi. Era difícil creer que pudiera cambiar tan de repente. Siempre había sido controlador y manipulador. ¿Era sincero o se trataba de otro intento de ejercer poder sobre mí?

Me quedé allí sentada un rato, observando las hojas de los árboles del otro lado de la carretera mecidas por el viento.

Puse los ojos en blanco, aún intentando procesar la situación. ¿Qué creía que iba a conseguir? Sabía que él odiaba perder, y quizá fuera eso. No podía soportar la idea de que yo siguiera adelante, viviendo bien sin él.

Suspiré profundamente, sintiendo la fría brisa en la cara. Mi cabeza estaba llena de pensamientos contradictorios. Una parte de mí quería creer que él podía cambiar, pero la realidad era que las cicatrices aún estaban muy frescas.

Decidí que necesitaba algo de tiempo para mí. Tomé un taxi y me fui a casa, quería alejarme de todo e ir a algún sitio donde pudiera olvidar, estar tranquila. El viaje fue silencioso, mi mente seguía intentando encontrar alguna lógica a todo lo que había pasado.

Llegué a casa, pagué al taxista y entré en mi apartamento. La familiaridad del lugar me trajo algo de consuelo. Cerré la puerta, solté un profundo suspiro y me desplomé en el sofá.



Luigi

Capítulo 30

Furioso, derribé velas y rompí macetas, pero nada parecía suficiente para contener la rabia que burbujeaba dentro de mí.

—Luigi, cálmate —dijo el fotógrafo, levantando las manos en señal de rendición—. Esto no va a solucionar nada.

—No me digas lo que tengo que hacer —grité, derribando otra vela.

La cera derretida se esparció por el suelo, mezclándose con los fragmentos de jarrones rotos. Mi respiración era agitada y mi pecho subía y bajaba sin control. El estudio, que antes me había parecido tan acogedor, era ahora un caos, reflejo exacto de cómo me sentía por dentro.

—¡No entiendes! —seguí, volviéndome hacia el fotógrafo—. Ella huyó, como si yo fuera un monstruo.

Dio un cauteloso paso atrás y sacudió la cabeza.

Respiré hondo, intentando calmar los nervios. Sentía una mezcla de desesperación e impotencia, como si estuviera perdiendo el control de todo.

—Yo sólo... —Empecé, pero no pude terminar. Las palabras parecían insuficientes para expresar la irritación en mi interior.

El fotógrafo me puso una mano en el hombro en un gesto de comprensión.

—Dale tiempo, Luigi.

—¡El tiempo me lo paso por mi culo! ¿Qué quiere? ¿Hacerme quedar como un idiota?

—Quizá solo está reaccionando a lo que le hiciste.

Sus palabras me silenciaron como si me hubieran dado una patada, no tuve reacción.

¿Qué demonios hice?

¿Acaso fui un hombre tan horrible para ella?

Retrocedí tambaleándome y me senté en un rincón del estudio, cubriéndome la cara con las manos y respirando hondo, intentando controlar el flujo de ira y desesperación.

La realidad empezó a golpearme como un puñetazo en las tripas. Había tratado horriblemente a Amelia, ignorando sus sentimientos y necesidades. Era como si toda mi vida se desmoronara y por fin me diera cuenta de lo mucho que había herido a la única persona que realmente me importaba.

—¿Qué hago ahora? —murmuré, más para mí mismo que para el fotógrafo.

Se agachó a mi lado, manteniendo una expresión tranquila y comprensiva.

—En primer lugar, tienes que calmarte. Luego tienes que pensar en lo que realmente quieres. Si realmente quieres recuperar a Amelia, tendrás que demostrarle que has cambiado. Y eso lleva tiempo.

Me senté en el suelo, sintiendo el peso de mis actos. No era fácil admitir que durante todo ese tiempo no había sido el hombre ideal para Amelia, sino todo lo contrario.

Fui un idiota y estaba pagando un alto precio por ello.



Amélia

Capítulo 31

Estaba acurrucada en el sofá cuando entró Bianca. Ella tenía la llave, así que no necesitó tocar.

—Amelia, ¿qué tal la sesión? —preguntó al acercarse.

—Un desastre —respondí, con voz débil.

Bianca se sentó a mi lado, con expresión preocupada.

—¿Qué ha pasado?

Suspiré profundamente, tratando de encontrar las palabras adecuadas.

—Luigi apareció... y me pidió que me casara con él.

Se quedó estupefacta, sin creer lo que acababa de decir.

—¿Qué es eso? ¿Te ha pedido que te cases con él? ¿Qué quiere decir? ¿En qué está pensando?

—No lo sé, Bianca. Fue todo tan surrealista. Montó todo un escenario con flores y velas, como si fuera la escena de una película. Y de repente, se arrodilló y me pidió que me casara con él.

—¿Y qué has hecho? —preguntó con los ojos muy abiertos, tratando aún de asimilar lo que le había dicho.

—Simplemente salí corriendo.

Bianca puso una mano sobre la mía.

—¿Y qué te sentiste?

—Sentí rabia, confusión... Pensé que era una broma, un intento de controlarlo. No puedo creer que realmente quiera cambiar. Todo parecía tan falso.

—Tienes razón en sospechar, Amelia. Después de todo lo que ha hecho, es difícil creer que un cambio así ocurra de la noche a la mañana.

Nos quedamos en silencio un momento, mientras intentaba procesarlo todo de nuevo.

—¿Qué vas a hacer al respecto? —preguntó rompiendo el silencio.

—Nada... No quiero hacer nada, Bianca... —respondí, sintiendo el peso de la situación.

—Estás en tu derecho.

Ella acarició mi barriga con ternura, cambiando un poco el tono de la conversación.

—¿Y cómo está mi ahijada?

Sonreí, a pesar de todo, y puse mi mano sobre la suya.

—Creo que también está tensa con todo esto.

—Tienes que calmarte. Sé que es difícil, pero es importante para ella.

Solté un profundo suspiro, intentando asimilar sus palabras.

—Sí, tienes razón. Necesito pensar en ella primero.

Bianca asintió.

—Salgamos un rato. ¿Qué tal un paseo por el parque? Puede que ayude a despejarte.

Asentí y nos levantamos. El aire fresco y la naturaleza circundante podían ser justo lo que necesitaba para calmarme.

Caminamos en silencio durante unos minutos, disfrutando de la tranquilidad del parque. Los árboles se mecían suavemente con el viento y el sonido de los pájaros me ayudaba a aliviar parte de la tensión que sentía.

—Sabes, Amelia, a veces es necesario dar un paso atrás para ver la situación con más claridad —dijo Bianca, rompiendo el silencio—. Quizás darle a Luigi la oportunidad de demostrar que ha cambiado, pero sin bajar la guardia, sea la mejor manera de avanzar.

—Realmente no lo sé, Bianca. Tengo miedo de volver a hacerme daño, de dejar que se acerque y acabar empeorando las cosas.

Me tomó de la mano, ofreciéndome consuelo.

—Sea cual sea la decisión, estaré aquí para apoyarte.

Caminamos un poco más y empecé a sentirme un poco más tranquila a pesar del peso de mi barriga. Quizá la respuesta no llegaría enseguida, pero sabía que tenía que ser paciente y centrarme en lo que era mejor para mí y para mi hija.

Cuando llegamos a casa, me sentí un poco más ligera. Bianca se quedó conmigo hasta la noche, charlando y distrayéndome de mis problemas.



Luigi

Capítulo 32

Nunca me había sentido tan derrotado en mi vida. Acostado en la cama, sintiéndome fracasado, miraba al techo. Tomé el celular nuevo y, sin muchas esperanzas, le envié otro mensaje a Amélia.

Luigi:

Lo siento por no ser el hombre que te mereces.

No esperaba una respuesta. Sabía que había cometido demasiados errores con ella, y tal vez era demasiado tarde para arreglar las cosas.

La habitación estaba en completo silencio, excepto por el sonido ocasional de los coches que pasaban por la calle. Cada segundo se me hacía eterno mientras esperaba, sabiendo que probablemente no contestaría.

Me levanté de la cama y fui a la cocina. Necesitaba un café, algo que me mantuviera despierto mientras intentaba organizar mis pensamientos. El fuerte aroma del café recién hecho me reconfortó un poco, pero no podía deshacerme de la sensación de vacío que me consumía.

Me senté a la mesa con la taza entre las manos, mirando fijamente el líquido oscuro como si pudiera darme respuestas. La verdad era que estaba perdido. Todos mis intentos de recuperar a Amelia habían fracasado y, cada día que pasaba, sentía que se alejaba más.

Recordé las palabras de Giulia, que necesitaba mostrar coherencia, pequeñas acciones que demostraran mi cambio. Pero, ¿cómo iba a hacerlo cuando todo parecía un desastre?

Mi teléfono vibró, sacándome de mis pensamientos. Me sobresalté al ver que era un mensaje de Amelia.

Amelia:

Sé sincero, Luigi. ¿Todo esto es solo porque he seguido adelante sin ti?

Por un momento no supe qué decir. Sus palabras me habían golpeado fuerte. Siempre he sido un maniático del control, y puede que en parte tuviera razón. Pero había algo más. Siempre he sentido algo profundo por Amelia, algo que nunca he sido capaz de expresar adecuadamente.

Respiré hondo y empecé a teclear, pensando detenidamente cada palabra.

Luigi:

Amelia, admito que siempre he sido controlador. Cuando estábamos juntos, no veía razón para cambiar. Todo era fácil, teníamos una aventura y eso parecía suficiente. Pero cuando te quedaste embarazada, todo cambió.

Actué como un idiota y me arrepiento de verdad.

Envié el mensaje y esperé, con el corazón palpitante. No sabía si me creería, pero tenía que ser sincero. Era un pequeño paso, pero era lo que podía hacer en ese momento.

Me quedé mirando la pantalla del móvil, esperando ansiosamente una respuesta. Cada segundo parecía una eternidad, hasta que por fin llegó la contestación.

Amelia:

¿Y qué quieres realmente ahora, Luigi?

Cerré los ojos un momento, sintiendo el peso de la pregunta. Tenía que ser claro, directo, sin andarme por las ramas. Tecleé despacio, eligiendo las palabras con cuidado.

Luigi:

Quiero ser un buen padre para nuestra hija y, si es posible, quiero tener la oportunidad de recuperarte. Sé que he cometido muchos errores, pero estoy dispuesto a cambiar, a ser mejor. No espero que confíes en mí de inmediato, pero estoy dispuesto a demostrártelo, día a día.

Envié el mensaje y volví a esperar, intentando controlar mi ansiedad.

El teléfono volvió a vibrar.

Amelia:

Veremos, Luigi. No prometo nada, pero observaré tus acciones. Es lo único que puedo hacer por ahora.

Sentí una mezcla de alivio y preocupación. Una parte de mí se alegraba de que me diera la oportunidad de intentarlo, pero la otra temía que un fracaso la alejara de mí para siempre.

Tomé el móvil y, sin dudarlo, envié otro mensaje.

Luigi:

¿Podemos empezar con una cena mañana?

El tiempo pareció detenerse mientras esperaba la respuesta. Me quedé mirando la pantalla, casi sin respirar. Finalmente, el teléfono volvió a vibrar. Mi corazón se aceleró al leer la contestación.

Amelia:

Está bien. Mañana a las 20h.

Sentí una oleada de alivio y emoción. Era una pequeña victoria, pero significaba mucho.



Amélia

Capítulo 33

No sabía si aceptar la invitación de Luigi había sido una buena decisión, pero aún así creía que debía ir. Ya había cedido lo suficiente como para escuchar lo que tenía que decir. Así que era mejor llevarlo hasta el final.

Me duché, me cambié y me arreglé. A las 8 en punto, él estaba llamando a mi puerta. Sentí el estómago revolverse y me puse la mano en la barriga. Me prometí que todo saldría bien, aunque fuera para mí más que para mi hija.

Recuperé el aliento y me dirigí a la puerta.

Él estaba guapo, con un traje azul claro y un pequeño ramo de rosas, que no le tapaba la cara. Sentí que el ambiente se volvía tenso antes de mirarlo a los ojos.

—Hola...

—Estás preciosa. —Su voz seguía siendo tan seductora como la recordaba.

—Creía que ibas a decir que había engordado demasiado —se me escapó, sin pensarlo mucho.

Frunció el ceño, sorprendido por mi comentario.

—Estás radiante.

Respiré hondo, intentando calmar los nervios. Acepté las flores y las dejé sobre la mesa.

—¿Vamos? —preguntó, ofreciéndome el brazo.

Asentí y nos dirigimos al restaurante. El trayecto fue en silencio, ninguno de los dos se atrevió a romper el silencio. Cuando llegamos, él abrió la puerta del coche para mí y entramos en un lugar elegante y acogedor. Nos guiaron a una mesa reservada en un rincón tranquilo.

Nos sentamos y un camarero nos trajo el menú. Miré las opciones, intentando concentrarme en algo que no fuera la tensión que había entre nosotros.

—Elegí este lugar porque sé que te gusta —dijo, tratando de iniciar una conversación.

—Gracias —respondí sin levantar la vista del menú.

Se hizo de nuevo el silencio hasta que el camarero vino a tomar nuestros pedidos. Cuando se fue, Luigi me miró fijamente, aparentemente decidido a romper la barrera que nos separaba.

—Amelia, sé que actué como un idiota cuando más me necesitabas. Estoy aquí para intentar enmendarlo.

Lo miré, sintiendo la mezcla de rabia y tristeza que aún me embargaba.

—¿Y por qué ahora, Luigi? ¿Por qué acabas de darte cuenta?

Suspiró, aparentemente buscando las palabras adecuadas.

—Cuando me enteré de que estabas embarazada, me asusté. No creía estar preparado para ser padre, y la idea me hizo reaccionar de la peor manera posible. Pero luego, cuando te vi abandonarme, me di cuenta de lo crucial que fuiste en mi vida. Necesité perderte para entender tu valor y lo lamento profundamente.

Sus palabras parecían sinceras, pero las cicatrices seguían ahí, frescas y dolorosas.

—No sé si podré volver a confiar en ti —admití, mi voz salió más débil de lo que me hubiera gustado.

—Lo comprendo —respondió, con tristeza en los ojos—. No espero que confíes en mí de inmediato. Quiero demostrar con hechos, no solo con palabras, que estoy dispuesto a cambiar.

—Hasta ahora has hablado mucho.

—Solo quiero una oportunidad para probarlo, por favor...

Reflexioné en silencio durante largos minutos hasta que asentí.

—No hay problema.

Dejó escapar un suspiro de alivio.

—Gracias, Amelia. No te arrepentirás.

—Espero que no.

Podría haber sido fría y tal vez demasiado dura, pero no sabía cómo actuar de otro modo. Las heridas seguían demasiado abiertas y cada palabra suya despertaba emociones que prefería mantener enterradas.

El resto de la cena transcurrió un poco más tranquila, con Luigi intentando entablar conversaciones sobre cosas cotidianas. Yo respondía, pero sin implicarme demasiado. Intentaba encontrar un equilibrio entre darle una oportunidad y proteger mi corazón.

Cuando terminó la cena, Luigi me llevó de regreso a casa. Caminamos en silencio hasta el coche, sintiendo la brisa nocturna en mi rostro.

—Amelia, sé que nada cambiará de la noche a la mañana, pero estoy dispuesto a hacer lo que haga falta para demostrar que soy diferente.

Asentí, sin saber qué decir. Cuando llegamos a mi puerta, se detuvo y me miró a los ojos.

—Buenas noches, Amelia. Y gracias por esta oportunidad.

—Buenas noches, Luigi.

Se dio la vuelta y se marchó, dejándome allí, sola con mis pensamientos. Cerré la puerta y me apoyé en ella, sintiendo que el agotamiento emocional me abrumaba.

Había amado tanto a aquel hombre, pero lo conocía lo suficiente como para dudar de que fuera capaz de cambiar. Me arrastré hasta el sofá, sintiendo que el vientre me hacía doler la espalda. Estaba de siete meses y, a medida que se acercaba el parto, me costaba más moverme.

Tomé el móvil y vi mensajes de Bianca. Quería saber cómo había ido la reunión, si todo había ido bien.

Bianca:

¿Cómo te fue?

Suspiré, tratando de encontrar las palabras adecuadas para responder.

Amelia:

Fue... complicado.

Luigi dice que quiere cambiar, que quiere ser un buen padre, pero yo todavía estoy intentando procesarlo todo.

Envié el mensaje y esperé una respuesta, sabiendo que Bianca tendría algo alentador que decir.

Bianca:

Lo comprendo. Es normal sentirse así después de todo lo que ha pasado. Pero si él está dispuesto a intentarlo, quizá valga la pena verlo.

Amelia:

Sí, dije que vigilaré sus acciones. Solo espero que no me lastime de nuevo.

Bianca:

Podrás arreglártelas, estoy segura. Y estoy aquí para lo que necesites.

Amelia:

Gracias, Bianca.

No sabes cuánto significas tú para mí.

Apagué el móvil y me dejé caer en el sofá. Me sentía agotada, tanto física como emocionalmente. Cerré los ojos y me puse la mano en mi barriga, sintiendo los movimientos de mi hija.

—Estaremos bien, mi pequeña —le murmuré.



Luigi

Capítulo 34

Cuando llegué a la oficina por la mañana, Giulia estaba ansiosa por saber cómo había ido la cena. Por primera vez en mucho tiempo, me sentí un poco esperanzado y se notó en mi expresión.

—¿Cómo ha ido? —preguntó, curiosa.

—Fue mejor de lo que esperaba —respondí, con una leve sonrisa—. Aceptó darme una oportunidad para demostrar que puedo cambiar.

Giulia sonrió, satisfecha.

—¡Eso es genial, Luigi! Vas por buen camino. Sigue así.

Asentí, sintiendo que me quitaba un peso de encima. Aún me quedaba mucho por hacer para recuperarla, pero al menos había una pequeña posibilidad de intentarlo. Fui a mi despacho y, por primera vez en días, pude concentrarme mejor en mis tareas. Contesté correos electrónicos, revisé contratos y asistí a reuniones con renovada concentración.

A media tarde, saqué el móvil y envié un mensaje a Amelia.

Luigi:

Pensé en preparar una cena típicamente italiana esta noche, como me enseñó mi mamá. ¿Qué te parece?

Esperé ansioso una respuesta, preguntándome si aceptaría la propuesta. Seguí trabajando, intentando mantener la mente ocupada mientras esperaba.

Finalmente, el teléfono vibró con su respuesta.

Amelia:

Está bien. Vamos a ver cómo te va en la cocina.

Sonreí al leer el mensaje.

Esa noche volví a casa con un plan claro en mente. Tenía que asegurarme de que la cena fuera perfecta, para demostrarle a Amelia que realmente me había comprometido a cambiar. Fui al mercado y compré los ingredientes frescos que mi madre siempre decía que eran esenciales para una buena cena italiana.

Salí del trabajo un poco antes para tener tiempo de prepararlo todo. Mi casa era espaciosa y estaba bien decorada, con una cocina moderna y llena de vida. La mesa del comedor estaba cubierta con un mantel de lino blanco y yo había encendido algunas velas para crear un aire romántico. El aroma de los fettuccine con salsa de cuatro quesos llenaba el ambiente y lo hacía aún más acogedor.

Estaba terminando los últimos detalles cuando escuché el timbre de la puerta. Me limpié las manos en el delantal antes de ir a abrir. Al verla, se me cortó la respiración. Amélia llevaba un vestido largo que resaltaba sus curvas de una manera elegante. Incluso con su enorme barriga, seguía viéndose hermosa y extremadamente sexy.

—Buenas noches —dije, intentando disimular mi sorpresa y admiración.

—Buenas noches, Luigi. —Ella sonrió y entró.

La guié hasta la mesa, donde la suave luz de las velas se reflejaba en las copas de vino.

—Realmente te has esforzado. —Miró a su alrededor, claramente impresionada.

—Quiero que te sientas cómoda. —Le acerqué la silla para que se sentara—. Espero que te guste la cena. Es una receta que me enseñó mi madre.

Se acomodó y serví los fettuccine. El delicioso aroma llenó aún más la habitación y vi cómo se llevaba el primer tenedor a la boca.

—Están riquísimos —dijo después de tragar—. Realmente deliciosos.

—Me alegro de que te hayan gustado. —Sonreí, sintiendo que un calor acogedor se extendía por mi pecho.

El ambiente entre nosotros se aligeró un poco y me tomé la libertad de hacer una pregunta.

—¿Y cómo te sientes?

—Ha sido un reto, pero me estoy adaptando. El embarazo está lleno de sorpresas, algunas buenas, otras no tanto. —Se rió, sacudiendo la cabeza—. Pero soy feliz, a pesar de todo.

Seguimos conversando durante la cena sobre el embarazo, las revisiones médicas y el cuarto de la bebé. Cada detalle que Amélia compartía me hacía sentir más involucrado. Describió la ropa que había comprado, los colores del cuarto, e incluso las pequeñas alegrías y frustraciones de prepararse para la llegada de nuestra hija.

—¿Y el nombre? ¿Lo has elegido ya? —pregunté, curioso.

—Tengo algunas ideas, pero aún no me he decidido. —Sonrió, entusiasmada por la conversación.

Después del postre, que preparé con el mismo esmero que el plato principal, Amélia se levantó diciendo que tenía que irse.

—Deja que te lleve —le ofrecí, queriendo prolongar nuestro tiempo juntos un poco más.

—De acuerdo. —Aceptó y nos fuimos juntos.

El camino hasta su apartamento fue tranquilo. Hablamos un poco más del futuro, de cómo sería cuando llegara nuestra hija. Cuando por fin llegamos, paré el coche delante del edificio.

—Gracias por la cena, Luigi. Fue... diferente.

—Me alegro de que te haya gustado —respondí, sintiendo que la tensión volvía a llenar el ambiente.

Antes de que se fuera, intenté acercarme a ella. Me incliné para besarla, pero Amelia me

esquivó rápidamente y se apartó.

—Todavía no, Luigi. —Su voz era firme pero suave—. Necesitamos más tiempo.

Asentí, respetando su espacio.

—Lo entiendo. Buenas noches, Amélia.

—Buenas noches. —Bajó del coche y entró en el edificio sin mirar atrás.

Me quedé allí unos minutos, reflexionando sobre la noche. La cena había sido un pequeño paso en la dirección correcta, pero aún quedaba mucho camino por recorrer. Respiré hondo y arranqué el coche, decidido a seguir demostrándole que estaba dispuesto a cambiar, día a día.



Amélia

Capítulo 35

Al mismo tiempo que quería arrojarme a sus brazos, tenía miedo. ¿Había cambiado realmente Luigi o formaba parte de un plan? ¿Por qué me dolía tanto el corazón? Subí hasta la entrada del edificio y vi cómo su auto se alejaba antes de tomar el elevador hacia mi departamento. Tenía el corazón acelerado y la boca seca. Por más que mis impulsos me empujaran a besarlo, sabía que había tomado la decisión correcta.

Entré al departamento y me senté en el sofá, tratando de calmar mis pensamientos. La noche había estado llena de emociones contradictorias. Él parecía sincero, pero mi corazón herido no me dejaba olvidar todo el resentimiento. Necesitaba tiempo para procesarlo todo y, sobre todo, proteger mi corazón y a mi hija.

Tomé el móvil y vi un mensaje de Bianca.

Bianca:

¿Qué tal la cena?

Amelia:

Fue... interesante. Realmente hizo un esfuerzo, pero todavía tengo miedo.

Bianca:

Entiendo. Sigue a tu corazón.

Solté un profundo suspiro. Bianca siempre sabía qué decir para calmarme.

Me levanté y fui a la cocina a prepararme una manzanilla para intentar relajarme. Mientras el agua hervía, mis pensamientos volvieron a Luigi. El recuerdo de su mirada sincera, sus palabras de arrepentimiento, me dejaron confusa. *¿Había cambiado de verdad?*

Llevé la taza de té al dormitorio y me senté en la cama. Me puse la mano en la barriga y sentí un ligero movimiento.

—Todo saldrá bien, pequeña. Te protegeré, pase lo que pase.

Me acosté y cerré los ojos, intentando disipar mis dudas e inseguridades. Necesitaba dormir bien para pensar con claridad en el día siguiente.



Luigi

Capítulo 36

Entre reunión y reunión, mi mente vagaba constantemente hacia Amelia. Me moría de ganas de volver a verla y quería que nuestro próximo encuentro fuera especial. Cada decisión del día parecía menos importante comparada con el deseo de demostrarle que realmente estaba dispuesto a cambiar.

Mientras se discutían los informes y se revisaban los contratos, mi mente estaba ocupada planeando la próxima cena. Quería elegir un lugar que demostrara mi esfuerzo, un lugar que significara algo. Quizá un acogedor restaurante italiano donde pudiéramos charlar sin distracciones.

Giulia entró en mi despacho con un montón de documentos, pero se dio cuenta de que estaba distraído.

—¿Dónde tienes la cabeza, Luigi? —preguntó poniendo los papeles sobre la mesa.

—Es que... Giulia... —Las palabras salieron arrastradas, así que respiré hondo—. Solo... pensando dónde llevar a Amelia en nuestra próxima cita.

Sonrió, dándose cuenta de la situación.

—¿Qué tal un restaurante más tranquilo? ¿Algo más íntimo?

Asentí, considerando la sugerencia. Algo más íntimo podría ser justo lo que necesitábamos.

—Es una buena idea. Buscaré un sitio así. Gracias, Giulia.

Se marchó y me dejó a solas con mis pensamientos. Tomé el teléfono y empecé a buscar restaurantes. Encontré el lugar perfecto, pequeño y acogedor, con música en vivo y un ambiente romántico. Reservé mesa para esa noche y sentí un gran alivio.

El resto del día transcurrió entre reuniones y llamadas telefónicas. Cada vez que miraba el reloj, aumentaba la expectativa. Por fin, cuando terminó el día, fui directamente a casa a

arreglarme. Elegí un traje elegante, pero no demasiado formal, y me aseguré de que todo estuviera en orden.

Salí de casa y fui a recogerla. Cuando Amelia abrió la puerta, se me cortó la respiración. Estaba maravillosa con un vestido color crema y su larga melena oscura brillaba a la luz de la luna.

—Estás preciosa —le dije, ofreciéndole la mano.

Ella aceptó, con un ligero rubor en las mejillas, y yo la ayudé a bajar las escaleras y a subir al coche.

Mientras conducíamos, hablamos de la bebé. Sentía curiosidad por todo, desde las patadas hasta las pruebas médicas.

—¿Has pensado en nombres? —pregunté, mirándola rápidamente antes de volver a centrar mi atención en la carretera.

—Sí, estaba pensando en Helena. ¿Qué te parece?

Sonreí, aprobando la elección.

—Helena es un nombre precioso. Fuerte y clásico.

Continuó hablando de la decoración de la habitación de la bebé, de los colores que había elegido y de lo emocionada que estaba por montarlo todo. Yo estaba realmente interesado y eso pareció tranquilizarla.

Pronto llegamos al restaurante. Era un local pequeño y acogedor, con una decoración encantadora y música en directo que sonaba suavemente de fondo. Salí del coche y me acerqué para abrirle la puerta, ofreciéndole de nuevo la mano.

Entramos en el restaurante y me aseguré de que Amelia estuviera cómoda antes de sentarnos. La atmósfera era íntima y la suave luz de las velas creaba un ambiente acogedor.

—¿Te gusta el lugar? —pregunté, mientras el camarero nos entregaba el menú.

—Sí, es perfecto. —Sonrió, parecía más relajada.

La cena empezó con una conversación ligera sobre el embarazo, nuestros planes de futuro

y pequeños recuerdos del tiempo que pasamos juntos. Yo intentaba ser diferente, más atento y cuidadoso. Aun así, me di cuenta de que una parte de ella seguía siendo cautelosa, recordando heridas del pasado.

—Me alegro de que hayas aceptado salir conmigo hoy —dije, tras una pausa.

—Yo también —respondió con sinceridad—. Es bueno tener esta oportunidad de hablar y entendernos mejor.

Asentí, aliviado. El camarero nos trajo los platos y la conversación continuó, entre risas y momentos de reflexión.

Cuando llegó el postre, me di cuenta de que, a pesar de todo, ella estaba empezando a ver un lado de mí que tal vez no había notado antes. Un lado que realmente quería hacer las cosas bien. Mientras la llevaba de regreso a su casa, sentí que la noche había sido otro punto a mi favor.

Llegamos a la entrada de su edificio, y me ofrecí para acompañarla hasta la puerta de su apartamento.

—Gracias por la cena, Luigi. Ha sido una velada agradable —dijo Amelia con una tímida sonrisa.

—Me alegro de que te haya gustado. —Le respondí sinceramente.

Cuando se dio la vuelta para entrar, me entraron unas repentinas ganas de besarla. Esta vez me armé de valor y tiré suavemente de ella hacia mí. Nuestros labios se encontraron y, para mi sorpresa y alivio, ella no se apartó. Al contrario, Amelia devolvió el beso suavemente, con una mezcla de vacilación y deseo.



Amélia

Capítulo 37

Debería haberlo empujado, pero mi cuerpo se calentó y el beso se hizo más intenso. Cuando me di cuenta, tenía sus manos en mi culo y, casi tambaleándonos, entramos al apartamento. Dicen que el embarazo provoca el deseo de la mujer, y puede que tuvieran razón. Vacilé entre el sí y el no, pero el deseo se impuso mientras Luigi me besaba en el cuello. La necesidad entre mis muslos crecía desesperadamente.

—Solo un polvo... —murmuré, más para mí que para él.

Pronto estaba sentada en el sofá, con él arrodillado entre mis piernas, mirándome fijamente mientras me bajaba lentamente las bragas por los muslos regordetes.

—¿Te he dicho que tienes la mejor vulva del mundo? —bromeó, con un brillo travieso en los ojos.

—Cállate y chúpamela —ordené, sintiendo la urgencia en mi voz.

Dejó escapar una carcajada, pero obedeció de buena gana. Su cara desapareció entre mis piernas y sentí cómo su lengua exploraba mi sexo con maestría. Mi cuerpo se arqueó y todos mis músculos se tensaron por el placer que me estaba dando.

Las manos de Luigi sujetaban con fuerza mis muslos, mientras su lengua se movía con destreza, dibujando patrones que me volvían loca. Mis gemidos resonaron en toda la habitación, y me agarré a su pelo, tirando de él más cerca, exigiendo más.

—Sí... no te detengas —gemí, absorta en la sensación.

Intensificó sus movimientos y una oleada de placer me inundó por completo. Me temblaban las piernas y sentía que cada fibra de mi cuerpo se rendía al éxtasis. Cuando por fin llegué al clímax, mi cabeza cayó hacia atrás en el sofá y un prolongado gemido escapó de mis labios.

Luigi subió lentamente, besando mi vientre hinchado, mi barriga, mis pechos. Nuestras miradas se encontraron, y había algo diferente en ellas. No era solo deseo, había una promesa,

una esperanza.

—Eres increíble, Amelia —murmuró.

Tiré de él para besarlo. Por un momento, todo parecía estar bien, como si el mundo exterior no existiera. Pero en el fondo, seguía existiendo una duda, una vacilación que no podía ignorar.

—Vamos al dormitorio —susurré, tratando de mantener la situación bajo control.

Asintió y me llevó en brazos, como si no pesara nada. Cuando llegamos al dormitorio, me acostó suavemente en la cama y empezó a desnudarme, sin apartar los ojos de los míos. Volví a sentir una oleada de deseo recorriendo mi cuerpo y supe que aquella noche sería inolvidable.

Por mucho que mi mente estuviera llena de dudas, en ese momento me entregué por completo al placer que solo Luigi sabía darme.

Desesperada por el deseo, mi corazón latía con fuerza.

Quería más, mucho más.

Mi vestido pronto se convirtió en un montón de tela en el suelo, al igual que su traje. Luigi tenía un cuerpo maravilloso, con hombros anchos y abdomen definido, por no hablar de su pelo rubio y sus ojos azules...

Dejé de pensar cuando empezó a besarme, chuparme y lamerme de nuevo, bajando hasta mis pechos y besándome el vientre, ajeno al tamaño de mi embarazo.

—¿Cuál es la mejor postura para ti? —preguntó con un brillo de deseo en los ojos.

—Tendremos que averiguarlo juntos —solté una risita mientras me acercaba.

Se acostó a mi lado y me ayudó con cuidado a ponerme encima. Me sentí poderosa y vulnerable al mismo tiempo. Me agarré a sus hombros, acomodándome encima de él, sintiendo cómo me llenaba por completo. Un gemido escapó de mis labios mientras me movía, encontrando un ritmo que nos convenía a los dos.

—Eres tan hermosa, Amelia —murmuró, recorriendo mi cuerpo con las manos, acariciándome la piel.

Luigi me sujetaba por la cintura, guiando mis movimientos, fijando sus ojos en los míos. La conexión entre nosotros era intensa. Me movía con creciente urgencia, rodando una y otra vez con su verga dentro de mí. No quería admitirlo en voz alta, pero había extrañado mucho aquella sensación.

Me agarró por el culo y me obligó a cabalgarlo con más fuerza. Cada embestida liberaba en mí una maravillosa oleada de placer y éxtasis. Solo podía pensar en más. Siete meses sin sexo habían sido mucho tiempo.

—Más rápido —le pedí, con la voz ronca por el deseo.

Obedeció, aumentando el ritmo, sintiendo cómo mi cuerpo respondía a cada movimiento. Cerró los ojos un momento, echando la cabeza hacia atrás, antes de abrirlos de nuevo y mirarlo. Sus manos se deslizaron por mi cuerpo, apretándome y acariciándome, y cada roce me acercaba más al límite.

La necesidad crecía entre mis muslos, un hambre insaciable de más. Me incliné y apoyé las manos en su pecho firme, sintiendo los músculos bajo la palma. Gemía por lo bajo, y cada sonido era música para mis oídos, un incentivo para seguir.

El calor se extendió por todo mi cuerpo y mis movimientos se volvieron más torpes a medida que aumentaba la tensión. Luigi percibió el cambio y llevó mis manos a las suyas, entrelazando nuestros dedos mientras me acercaba.

—Yo... —Empecé, pero las palabras me fallaron. Estaba demasiado cerca del clímax como para formar una frase coherente.

Respondió con un profundo gemido. La conexión entre nosotros parecía más fuerte que nunca. Cuando por fin llegué al clímax, fue como si una explosión de luz atravesara todo mi ser. Temblé, gritando su nombre, sintiendo que cada músculo de mi cuerpo se contraía de puro éxtasis.

Luigi no tardó en seguirme, y su cuerpo se arqueó al alcanzar su propio orgasmo. Sentir su placer dentro de mí fue la guinda del pastel, la confirmación de que, al menos por aquel momento, éramos perfectos juntos.

Jadeando, me desplomé sobre él, entrelazando nuestros cuerpos sudorosos entre nuestras

respiraciones agitadas. Me acarició el pelo y me susurró algo que no entendí, pero que parecía una promesa.

Y por un momento, solo un momento, me permití creer que tal vez había esperanza para nosotros.



Luigi

Capítulo 38

Sentía como si hubiera alcanzado el cielo por primera vez. Ningún polvo en mi vida se comparaba a ese. Estaba eufórico, pero solo pasaron unos pocos minutos antes de que mi cuerpo pidiera más.

—¿Estás para otro? —pregunté, sintiendo que volvía la urgencia.

—¿Quieres más? —Ella mordió sus labios de una forma tan sexy que solo aumentó mi excitación.

—Quiero hacerlo —respondí sin vacilar.

—¿Qué tal si lo hacemos de cucharita esta vez?

Me acomodé detrás de ella, palpando su maravilloso culo antes de tomar mi verga y metérsela. La vagina de Amelia tenía una miel que me enviciaba. Néctar puro.

Suspiró al sentirme dentro de ella y empecé a moverme lentamente, disfrutando cada segundo de aquella conexión. Mis manos exploraron su cuerpo, acariciaron su vientre redondo y subieron hasta sus pechos. Su piel era suave, cálida, y cada caricia despertaba un deseo aún más profundo.

—¿Está bueno? —le susurré al oído, mordisqueándole el lóbulo.

—Es perfecto —gimió, moviéndose contra mí, volviéndome loco.

Me agarré a su muslo, levantándola un poco para conseguir un mejor ángulo. La sensación era maravillosa, la forma en que se apretaba a mi alrededor, cada contracción me empujaba más profundamente. Mis movimientos se hicieron más intensos, reflejando mi deseo con cada embestida.

Arqueó la espalda, gimiendo con fuerza, y supe que estaba cerca. Mis manos apretaron su cintura. Podía oler su dulce aroma, nuestro sudor mezclándose. Solo podía pensar en el tiempo que había perdido lejos de ella. Quería que aquel momento durara, así que controlé mi orgasmo.

La puse a cuatro patas, asegurándome de que estuviera cómoda debido a su barriga. Me fijé en su precioso culo y se lo besé.

—Estás buenísima —susurré, antes de deslizarme de nuevo en su vagina expuesta y deliciosamente húmeda.

Ella era mi opio, y fui demasiado estúpido para no darme cuenta antes. Quería sumergirme aún más en ese hermoso cuerpo.

Ella se movía, parecía a punto de acabar de nuevo, pero me contuve. Iba a disfrutar cada instante hasta que ya no pudiera más.

—Luigi... —gimió, con los ojos cerrados y la cara enrojecida de placer.

Mis manos exploraron su espalda, subiendo y bajando, mientras la penetraba con firmeza. Podía sentir cada pulsación de su cuerpo, cada espasmo, y eso me hacía desear más. Las paredes de su vagina me apretaban con una intensidad que me volvía loco, y sabía que estaba a punto de perder el control.

—Vamos, amor, ven conmigo... —pidió, ronca y jadeante.

No pude contenerme más. Mis embestidas se hicieron más rápidas y profundas, y sentí cómo su cuerpo se contraía a mi alrededor, cómo su clímax me empujaba hacia el mío. Exploté dentro de ella, en un orgasmo abrumador que me dejó sin aliento.

Caí a su lado y la estreché entre mis brazos, los dos jadeantes y sudorosos. Nos quedamos sin palabras, disfrutando de la cercanía y el calor del otro.

—Fue... increíble —murmuró, con una sonrisa de satisfacción.

—Contigo siempre lo es —le contesté, besándole la frente.

Y en ese momento, decidí que haría lo que hiciera falta para mantener ese sentimiento, esa conexión. Amelia y nuestra hija eran lo único que importaba, y lucharía por merecerlas.



Amélia

Capítulo 39

Me desperté por la mañana y Luigi no estaba. Rodé de un lado a otro, intentando comprender dónde podía estar. Me levanté, sintiendo todavía los acontecimientos de la noche anterior dominando mi cuerpo. ¿Se había ido? Luego vi su ropa en el suelo, señal de que aún estaba por allí. Me puse una bata y fui a la cocina.

Allí estaba, de espaldas a mí, preparando el desayuno. El olor a café recién hecho y huevos revueltos llenaba el ambiente. Parecía tan a gusto, como si siempre hubiera formado parte de mi rutina.

—Ah, iba a llevarte el desayuno a la cama —dijo, dándose la vuelta con una sonrisa.

—Creía que te habías ido —respondí, tratando de ocultar el alivio en mi voz.

—Solo si me echas —se rió, acercándose y tirando de mí para abrazarme.

Nos quedamos así unos instantes, disfrutando de la apacible cercanía de la mañana. Se apartó un poco, aún sujetándome por la cintura, y me miró.

—¿Cómo te sientes? —preguntó en voz baja.

—Estoy bien. Un poco confusa, quizá. Pero bien —admití, apoyando la cabeza en su pecho.

Asintió y me besó la cabeza antes de alejarse para terminar de preparar el café. Me senté a la mesa, observándolo en silencio. La forma en que se movía por la cocina, tan seguro y cuidadoso, era reconfortante.

—Café solo, como a ti te gusta —me dijo, poniendo una taza delante de mí.

—Gracias —murmuré, tomando la taza y sintiendo cómo el calor se extendía por mis manos.

Se sentó a mi lado, mirándome fijamente a los ojos con una expresión de seriedad mezclada con ternura.

—Quiero que sepas que estoy aquí para ti, Amelia. No solo por la bebé, sino también por ti —dijo, con una voz melodiosa que me hizo suspirar.

Asentí, incapaz de encontrar las palabras adecuadas en aquel momento. Desayunamos en un cómodo silencio, intercambiando miradas y sonrisas de vez en cuando.

Cuando terminamos, empezó a recoger los platos, pero le puse la mano encima, interrumpiéndolo.

—¿Seguro que quieres esto? —pregunté, aún insegura.

—Puede que antes haya tomado decisiones equivocadas, Amelia, pero ahora no hay nada que desee más que estar contigo —respondió, con una firmeza que hizo que mi corazón latiera más deprisa.

Sonreí y él me atrajo para darme un beso. Me levanté de la silla y lo siguiente que supe fue que sus manos estaban dentro de mi bata, retorciéndome los pezones de una forma que me hizo arquear la espalda de placer.

—Luigi... —murmuré, incapaz de completar la frase.

Me empujó suavemente contra la mesada de la cocina, su boca se deslizó por mi cuello mientras sus manos exploraban mi cuerpo. La sensación era electrizante, cada roce suyo encendía una llama en mi interior.

—Eres tan hermosa, Amelia —susurró contra mi piel, haciéndome estremecer.

Dejé escapar un gemido bajo, perdida en el momento. Sus hábiles dedos me acariciaban la piel, provocándome oleadas de placer. Sentí que sus manos bajaban por mi espalda hasta agarrarme el culo y acercarme a él, presionando mi vientre abultado entre los dos.

—Te necesito —dijo, lleno de deseo.

Mi mente era un caos, pero mi cuerpo sabía exactamente lo que quería. Le rodeé el cuello con los brazos y lo besé profundamente. Él respondió con igual intensidad, sus manos firmes sujetando mis muslos mientras me levantaba y me sentaba sobre la mesada.

—¿Aquí? —pregunté, jadeante, con una sonrisa traviesa.

—Aquí mismo —respondió, con un brillo travieso en los ojos.

Cuando me quitó la bata de los hombros, sentí su cuerpo apretarse contra el mío. El calor de su piel era embriagador y me entregué por completo al momento, olvidando todas mis dudas y temores.

La cocina estaba llena de aromas de café y huevos, pero solo podía olerlo a él, saborearlo. Cada movimiento suyo, cada caricia, era una promesa de algo más, algo que estaba dispuesta a degustar.

Llevábamos cinco años de relación, pero era como si todo fuera nuevo, más intenso, más delicioso. Mi cuerpo estaba desesperado por más. La bata se me cayó de los hombros mientras me chupaba el pezón, succionando y jugando con la lengua, haciéndome estremecer y revolcarme.

—¡Qué rico! —murmuró Luigi, con la voz llena de deseo.

Gemí suavemente, sintiendo el calor crecer entre mis piernas. Me besó el cuello, bajó por mi regazo hasta los pechos, explorando cada centímetro de mi piel con una devoción que no esperaba. Sus manos me sujetaban con firmeza la cintura mientras me acercaba al borde de la mesada.

Sus dedos bajaron hasta encontrar mi zona íntima. Estaba mojada, preparada, y él lo sabía. Una sonrisa de satisfacción se dibujó en su rostro antes de empezar a tocarme, y sus hábiles movimientos me llevaron al límite en un abrir y cerrar de ojos.

—Luigi... —suspiré, con los dedos enredados en su pelo rubio.

—Shhh, déjame cuidarte —respondió en un ronco susurro.

Se arrodilló frente a mí y sentí un escalofrío que me recorría la espalda. Su boca encontró mi centro y no pude contener el fuerte gemido que escapó de mis labios. Sabía exactamente lo que tenía que hacer para volverme loca, cada movimiento de su lengua me hacía subir aún más.

Me agarré con fuerza a la mesada, mi cuerpo se arqueaba en respuesta a cada roce. Estaba cerca, muy cerca, y él lo sabía. Sus ojos se cruzaron con los míos y la intensa mirada que me dirigió fue suficiente para hacerme explotar. El orgasmo me golpeó con fuerza y grité su nombre,

perdida en el placer.

Continuó, prolongando mi oleada de éxtasis hasta que me quedé temblorosa y sin aliento. Cuando por fin se detuvo, se levantó y me besó profundamente, haciéndome saborear sus labios.

—Eres increíble, Amelia —murmuró, tocando su frente con la mía.

Sonreí, aún intentando recuperar el aliento.

—Y tú... —repliqué, incapaz de completar la frase.

Él me devolvió la sonrisa y, en ese momento, todo pareció cobrar sentido.

Sus manos estaban en mi muslo, presionando, y pronto mi cuerpo volvió a calentarse.

—Sácame de aquí y volvamos a la cama —le pedí.

No lo dudó, con una sonrisa traviesa. Lo seguí hasta la habitación, donde lo empujé a la cama, haciéndolo sentarse al borde. Me arrodillé frente a él, sacando su miembro de sus boxers blancos y envolviéndolo con mis dedos.

Miré a Luigi, que se estremeció de excitación.

—Te gusta, ¿verdad? —bromeé, con voz baja y seductora.

Se limitó a asentir, mirándome fijamente, con la respiración agitada. Empecé a mover la mano, lenta y constantemente, observando cada una de sus reacciones. El cuerpo de Luigi respondió con espasmos de placer, lo que no hizo sino aumentar mi deseo.

Me acerqué más, pasé la lengua por la punta de su miembro, saboreándolo antes de envolverlo completamente con mi boca. Luigi soltó un gemido ronco, enredando los dedos en mi pelo y guiando mis movimientos.

—Amelia... —susurró, lleno de necesidad.

Lo chupé con dedicación, aumentando el ritmo, sintiendo el poder que tenía sobre él en ese momento. Cada gemido, cada suspiro de placer que dejaba escapar me hacía desear más. Quería verlo perder el control, rendirse completamente a mí.

Sintiendo que estaba a punto de llegar al clímax, intensifiqué mis movimientos,

acercándolo cada vez más al límite. Cuando por fin no pudo aguantar más, su cuerpo se arqueó y me acabó con fuerza, gimiendo mi nombre.

Tiró de mí hacia arriba, besándome con urgencia, sus manos explorando mi cuerpo con renovado deseo.

Todavía tenía la verga dura cuando me hizo sentar en su regazo, de cara a la puerta, porque era difícil entrar de frente debido a mi barriga. Sujeté sus muslos y empecé a moverme arriba y abajo.

Gimió, besándome y mordiéndome el cuello, mientras sus manos me agarraban los pechos. Me di la vuelta, completamente rendida al placer que nos envolvía.

—Estás tan buena... —me susurró al oído, con su voz llena de deseo.

Sentí que una oleada de excitación recorría mi cuerpo. Cada movimiento, cada roce, era una explosión de placer que me hacía desear más. Me mordisqueó el lóbulo, con su aliento caliente contra mi piel.

—No pares... —supliqué, casi en un gemido, sintiendo que me acercaba cada vez más al clímax.

Él me sujetaba firmemente por la cintura, guiando mis movimientos, metiéndome y sacándome la verga con una intensidad que me volvía loca. Mi cuerpo respondía a cada embestida y el placer crecía en oleadas cada vez más intensas.

Me revolví con más fuerza, sintiendo cada centímetro de él dentro de mí, nuestros cuerpos en perfecta sincronía. Sus gemidos se mezclaban con los míos, creando una sinfonía de deseo y satisfacción. Cuando por fin llegó el clímax, sentí que mi cuerpo estallaba en éxtasis, que cada músculo se contraía de placer.

Luigi me abrazó con fuerza, sus manos recorrían mi cuerpo, prolongando el momento. Sentí que eyaculaba dentro de mí, gimiendo mi nombre, sus dedos apretando mi piel con fuerza.

Jadeantes, nos quedamos allí, aún entrelazados, disfrutando de la sensación de satisfacción que nos envolvía. Me besó suavemente el hombro y sus labios recorrieron mi cuello.

Sonreí, aún jadeante, sintiéndome poderosa y satisfecha.



Luigi

Capítulo 40

Estaba completamente distraído y me sobresalté cuando Giulia apareció detrás de mí.

—Parece que se están llevando bien… —dijo con una sonrisa pícara.

Me desconcerté y se me sonrojaron las mejillas cuando me di cuenta de que había visto que estaba leyendo un artículo sobre las mejores posturas para mantener relaciones sexuales durante el embarazo. Cerré rápidamente la pantalla del ordenador, intentando disimular.

—Yo... sí... lo estamos haciendo bien, por ahora, creo —respondí, un poco incómodo.

Giulia se rió, sacudiendo la cabeza.

—Es bueno verte así, Luigi. Más ligero, más feliz. Amelia es buena para ti.

Asentí, todavía un poco avergonzado.

—Sí, ella es... increíble.

Giulia se acercó, apoyándose en la mesa.

—¿Cómo van las cosas?

Suspiré, tratando de organizar mis pensamientos.

—Lo intentamos. Lo estamos intentando, al menos. Aún quedan muchas cosas por resolver, pero creo que es posible.

Giulia volvió a sonreír, esta vez con más suavidad.

—Eso es genial, Luigi. Me alegro por ti. Solo... no olvides ser paciente y respetar su tiempo.

Asentí, agradecido por el consejo.

—Gracias, Giulia. Realmente quiero hacer esto bien.

Se alejó dándome una palmada en el hombro antes de salir de la oficina. Me quedé allí un

momento, reflexionando sobre sus palabras y sobre todo lo que había cambiado en los últimos días.

Volví a mirar el artículo que estaba leyendo antes de que me interrumpieran, sonriendo al recordar las noches apasionadas que había pasado con Amelia. Me sentía mejor que nunca y, al mismo tiempo, un idiota por haberla dejado salir de mi vida. Quería hacer todo lo posible para que funcionara, para estar con ella y con nuestra hija, Helena.



Amélia

Capítulo 41

—Amelia, ¿qué está pasando? Has desaparecido. —La voz de Bianca sonaba preocupada y curiosa a través del teléfono. Me sentí desconcertada mientras intentaba explicárselo.

—Bianca, yo... Acabé acostándome con Luigi —confesé, sintiendo que se me calentaba la cara—. Dos veces. Una por la noche y otra por la mañana.

Bianca soltó una sonora carcajada de sorpresa.

—¿De verdad? Oh, amiga, ¡no me lo puedo creer! —Siguió riéndose y yo me sentí dividida entre la vergüenza y la necesidad de justificarme.

—Lo sé, parece una locura. Pero fue todo tan... intenso. —Suspiré, tratando de encontrar las palabras adecuadas—. No pude resistirme. Era diferente, parecía más sincero, más... humano.

Bianca dejó de reír, adoptando un tono más serio.

—Amelia, solo quiero que tengas cuidado. No quiero verte herida otra vez.

Asentí, aunque sabía que no podía verme.

—Lo sé, Bianca. Estoy siendo cautelosa. Lo está intentando, ¿sabes? Trayendo flores, comprando cosas para Helena... Realmente está tratando de hacer las paces.

—Me alegro —replicó Bianca, con un tono esperanzado en la voz—. Pero recuerda que tus actos deben ser más elocuentes que tus palabras.

—Estaré atenta. —Sonreí, sintiéndome un poco más ligera.

—¿Y cómo te sientes con todo esto?

—Confundida, pero esperanzada. Quiero creer que puede cambiar, que puede ser el padre que Helena merece. Y tal vez... tal vez podamos construir algo juntos.

—Te apoyo, amiga. —Bianca dijo sinceramente.

—Muchas gracias. Significa mucho para mí.

Me reí de repente, intentando aliviar la tensión.

—Bianca, creo que también fueron las hormonas del embarazo, ¿sabes? Me están volviendo un poco loca de la calentura.

Bianca se rió al otro lado de la línea.

—Ah, amiga, las hormonas son terribles. Pero, por favor, no les eches toda la culpa. Tienes sentimientos y deseos, y eso está bien. Solo sigue a tu corazón, pero mantén la cabeza bien puesta.

—Lo intentaré. —Prometí, sonriendo a mí mismo.

Colgué el teléfono y me acomodé en el sofá, acariciándome la barriga mientras pensaba en lo mucho que deseaba que Luigi fuera sincero, pero al mismo tiempo tenía todos los motivos del mundo para tener miedo.

Me sobresalté cuando sonó el timbre. Pensé que era Luigi, así que me acerqué a la puerta emocionada, con el corazón latiéndome un poco más deprisa por la expectación. Pero cuando abrí la puerta, me sorprendió ver a mi madre allí de pie, cargada con una maleta y varias bolsas.

—¡Mamá! ¿Qué haces aquí? —pregunté, tratando de procesar la inesperada presencia.

Sonrió, contenta de verme.

—He traído algunas cosas para el bebé y voy a pasar un rato contigo. Quiero asegurarme de que mi pequeña está bien —dijo, entrando antes de que pudiera reaccionar.

Me sentí avergonzada y sorprendida, pero no tuve más remedio que dejarla pasar. Echó un vistazo al apartamento, evaluando el espacio con ojo crítico y cariñoso.

—¿Te estás cuidando, Amelia? —preguntó, dejando las bolsas sobre la mesa y empezando a abrirlas.

—Lo estoy, mamá —respondí, intentando sonar segura—. Todo está bajo control.

Se detuvo, mirándome con una mirada que parecía ver a través de mí.

—Sé que eres fuerte, querida. Pero siempre es bueno tener ayuda, especialmente ahora.

—Tengo una empleada de limpieza una vez a la semana...

—Eso no es suficiente para alguien que va a tener un bebé, Amelia. Necesitas una empleada a tiempo completo, tal vez incluso una enfermera —dijo mi madre con firmeza.

—Mamá... —Intenté discutir, pero ella levantó la mano, interrumpiéndome.

—No te preocupes, hija mía. Estoy aquí para ayudarte con todo esto.

—Pero mamá... —Insistí, sintiendo que la presión aumentaba.

—He tenido cuatro hijos, sé lo que se siente —dijo, mirándome con aire de autoridad.

Resoplé, resignada y presionada, y me limité a asentir. No tenía sentido discutir con ella. La tarde transcurrió entre orden y debates sobre lo que sería mejor para el bebé. Organizar la habitación, montar la cuna y ordenar la ropa, todo ello con mi madre a mi lado, fue tan reconfortante como agotador.

—Amelia, ese color queda precioso en la pared —comentó mirando el resultado de nuestro trabajo.

—Me gustó la elección —respondí, sintiéndome orgullosa.

Al final del día, nos sentamos en el sofá, agotadas pero contentas con nuestros progresos.

—Estoy aquí para ti, querida —dijo mi madre, tomándome de la mano—. Y estaré a tu lado cuando nazca la bebé.

Sentí que se me llenaban los ojos de lágrimas, pero eran lágrimas de alivio y felicidad.

—Gracias, mamá.

Después de un rato sentada en el sofá, vi vibrar mi móvil con un mensaje de Luigi.

Luigi:

Te busco a las 8 de la noche para llevarte a cenar.

Amelia:

Lo siento, pero no podremos cenar esta noche.

Luigi:

¿Por qué? Pensé que estábamos bien.

Amelia:

Sí, pero mi madre apareció de repente aquí en mi casa.

Luigi:

Ah, ya veo. Es importante que pases tiempo con ella.

Amelia:

Sí, quiere ayudarme con los preparativos para la llegada de la bebé.

Luigi:

Comprendo. ¿Pero podemos reprogramarlo?

Amelia:

Claro que podemos. Me organizaré y te avisaré.

Luigi:

Perfecto. Disfruta del tiempo con tu madre y avísame cuando puedas.

Amelia:

Gracias por tu comprensión.

Luigi:

De nada, Amelia. ¡Buenas noches!

Amelia:

Buenas noches, Luigi.

—¿Es el padre del bebé? —preguntó mi madre, estirando el cuello para leer mi mensaje.

—¡Mamá! —Me molestó que husmeara, pero no le importó y siguió haciéndome preguntas.

—¿Cómo está? ¿Hablan mucho? ¿Ayudará con el bebé?

Suspiré, sentándome en el sofá e intentando mantener la calma.

—Sí, es Luigi. Él está tratando de hacer las paces. Hemos estado hablando, y él quiere ayudar con Helena.

Mi madre se acercó a mí en el sofá y me tomó de la mano.

—¿Crees que él ha cambiado de verdad?

—No lo sé, mamá. Parece que lo intenta, pero es difícil confiar después de todo.

Ella asintió en señal de comprensión.

—Lo entiendo, querida. Solo quiero que tú y mi nieta estén bien.

—Gracias, mamá. —Sonreí, sintiéndome agradecida por su apoyo, a pesar de su intromisión.

—Los hombres a veces son difíciles, pero es importante tener un padre. Esperemos que realmente desempeñe su papel.

—Sí —suspiré, sintiendo el peso de la situación.

Mi madre seguía hablando de la importancia de un padre presente, pero mi mente divagaba, perdida en pensamientos sobre Luigi y nuestra complicada relación. Me levanté y me acerqué a la ventana, mirando hacia fuera, mientras intentaba procesarlo todo.



Luigi

Capítulo 42

Quería pasar la noche con Amelia, estaba sediento de su piel, de su contacto, de sus besos, pero no tuve más remedio que volver a mi casa y hundirme solo en mi cama. La oscuridad de la habitación parecía aún más opresiva aquella noche. Cada pensamiento estaba lleno del deseo de estar con ella, de abrazarla y prometerle que esta vez lo haría todo de otra manera.

Allí acostado, sintiendo que la soledad me invadía, intenté calmar mi mente, pero era imposible no preguntarme si la excusa de mamá era cierta o solo una forma de alejarme. Tenía que creer que estaba siendo sincera, que estaba con su madre y que no era un intento de distanciarse de mí.

Dormir no fue fácil. Me revolví en la cama, recordando los momentos que habíamos pasado juntos hacía poco, el calor de su cuerpo contra el mío, el sonido de su risa. Sabía que había mucho que demostrar y muchas cicatrices que curar, pero estaba decidido a hacer que funcionara.

Al amanecer, me levanté antes de lo habitual, decidido a seguir demostrando mi compromiso. Envié un mensaje a Amelia, esperando una respuesta receptiva.

Luigi:

Buenos días, Amelia.

Espero que hayas pasado una buena velada con tu madre.

Estoy aquí para lo que necesites.

Pensé en nosotros y en el futuro toda la noche.

Amelia:

Buenos días, Luigi.

Todo está bien entre mi madre y yo.

Sonreí ante su respuesta, le deseé un buen día y le pedí que me avisara si necesitaba algo. Me cambié de ropa y me preparé para ir a la agencia. Me esperaba un largo día de trabajo, pero estaba descansado.

Cuando llegué a la agencia, Giulia me recibió con un montón de papeles y una lista de citas. Sabía que tendría que concentrarme, pero me sentía esperanzado. Pasé la mañana revisando contratos, haciendo llamadas e intentando cerrar nuevos tratos. En cada descanso, mis pensamientos volvían a Amelia, preguntándome cómo se sentiría y si también estaría pensando en mí.

Hacia el mediodía, mientras firmaba unos documentos, mi teléfono vibró con un nuevo mensaje. Mi corazón se aceleró, esperando que fuera de Amelia.

Amelia:

¿Todavía quieres cenar?

Luigi:

¡Claro que sí!

Se me aceleró el corazón y se me secó la boca; quería verla. Pero la emoción duró poco cuando llegó el siguiente mensaje.

Amelia:

¿Puede venir mi madre con nosotros?

Luigi:

Sí, por supuesto.

Respiré hondo, intentando que no se notara la decepción. Me di cuenta de que era un paso necesario, una oportunidad para demostrar que estaba realmente comprometido. La tarde transcurrió lentamente mientras me preparaba mentalmente para la cena.

Por fin, cuando terminé el trabajo, fui a casa a arreglarme. Elegí un atuendo informal pero elegante y salí un poco antes para asegurarme de que todo estuviera perfecto.

Llegué al restaurante e informé al maitre de nuestra reserva. La mesa estaba lista, con una decoración acogedora y un ambiente tranquilo. Me senté y esperé a que llegaran Amelia y su madre.

Minutos después, llegaron. Amelia estaba preciosa, con un vestido azul que acentuaba su barriga de embarazada. Su madre, también elegante, estaba a su lado, sonriéndole afectuosamente.

—Buenas noches —dije levantándome para acercarles una silla—. Es un placer tenerlas aquí.

Amelia sonrió tímidamente, mientras su madre me daba las gracias con una inclinación de cabeza.

—Buenas noches, Luigi. Soy Elieni Katsaros, la madre de Amelia. —Me tendió la mano con una cálida sonrisa.

Le estreché la mano, sintiéndome inusualmente nervioso. A pesar de tener 45 años, nunca me había involucrado hasta el punto de llegar a conocer a la familia de alguien.

—El placer es mío, señora Elieni. —Les hice un gesto para que se sentaran, intentando mantener la calma.

El camarero vino rápidamente a tomar nuestros pedidos, y pronto estuvimos charlando sobre asuntos triviales. Al principio, el ambiente era un poco tenso, pero poco a poco empezamos a relajarnos.

—Luigi, ¿cómo van los preparativos para la llegada de Helena? —preguntó Elieni, curiosa.

—Hemos estado trabajando en ello —respondí mirando a Amelia—. Aún queda mucho

por hacer, pero estamos progresando.

Amelia asintió y añadió.

—Luigi ha estado trabajando duro. Estamos haciendo todo lo posible para que todo esté listo.

Elieni sonrió, visiblemente más tranquila.

—Me alegra oírlo. Es importante que Helena tenga un entorno cariñoso y seguro en el que crecer.

—Por supuesto —acepté, sintiéndome más seguro—. Y haré todo lo posible para que sea así.

La conversación continuó de forma ligera y relajada. Hablé de mi infancia, de momentos divertidos de mi juventud, y Elieni compartió algunas anécdotas sobre Amelia, que nos hicieron reír mucho.

Cuando llegó el postre, la tensión inicial parecía haber desaparecido por completo. Elieni me miró con un semblante más tranquilo.

—Fue una velada muy agradable, Luigi. Gracias por invitarme.

—Ha sido un placer —respondí con sinceridad—. Quiero estar presente y formar parte de sus vidas.

Las seguí hasta el taxi, sintiendo una mezcla de alivio y satisfacción.

La madre de Amelia se volvió hacia mí antes de entrar en el coche.

—Luigi, sería estupendo que fueras a Grecia a conocer a toda la familia —sugirió Elieni con una cálida sonrisa.

—Sería una gran idea —respondí, aunque me sentí un poco desconcertado por la propuesta.

Me incliné para besar a Amélia en la mejilla, y ella me devolvió el gesto con una tímida sonrisa. Me despedí de Elieni con un fuerte apretón de manos y vi cómo el taxi se alejaba, llevándolas por el horizonte.

Cuando el coche desapareció en la distancia, me quedé de pie en la acera, sintiendo el frescor de la tarde y reflexionando sobre lo que acababa de ocurrir. Estaba decidida a seguir demostrando mi compromiso, paso a paso. La idea de conocer a la familia de Amelia en Grecia me intimidaba, pero al mismo tiempo me parecía el siguiente paso lógico si realmente quería formar parte de sus vidas.

Con un profundo suspiro, volví a mi coche y conduje hasta casa, sintiéndome más optimista de lo que me había sentido en mucho tiempo.



Amélia

Capítulo 43

Todavía estaba en el taxi, con el corazón acelerado, cuando oí decir a mi madre:

—No es tan malo como pensaba.

—¡Mamá! —protesté, sorprendida por su comentario.

—Considerando que te abandonó...

Tragué saliva, sabiendo que tenía razón. El taxi circulaba por las calles iluminadas y yo miraba por la ventanilla, intentando asimilarlo todo. Su presencia de nuevo en mi vida era algo que aún no acababa de comprender.

—Amelia, sé que es difícil olvidar lo que hizo, pero parece que está intentando cambiar. También tienes que pensar en el futuro de tu bebé. —Mi madre continuó, con voz más suave.

Suspiré, sintiendo el peso de sus palabras. Era cierto. Por mucho que mi corazón estuviera confuso, necesitaba considerar qué sería lo mejor para mi hija.

—He estado pensando en ello, mamá —respondí, tratando de calmarme.

Asintió con la cabeza, dedicándome una sonrisa tranquilizadora. El taxi paró delante de mi bloque de apartamentos y nos bajamos. Cuando entré en mi casa, me sentía agotada, tanto física como emocionalmente. La presencia de Luigi de nuevo en mi vida era una mezcla de emociones contradictorias, y sabía que los próximos días serían decisivos.

Me senté en el sofá, me acaricié la barriga y reflexioné sobre la noche. Luigi estaba siendo muy convincente, y era difícil no dejarse llevar y acabar cediendo.

Mi madre se fue a la cama y yo me quedé en el sofá, sumida en mis pensamientos. Tomé el móvil y, sin pensarlo demasiado, envié un mensaje a Luigi.

Amelia:

¿Sigues despierto?

Luigi:

Acabo de llegar a casa.

Amelia:

¿Estás bien?

Luigi:

Sí. ¿Y tú?

Amelia:

Sí. Mi madre puede ser intimidante.

Luigi:

Estuvo genial.

Amelia:

Me alegro.

Hice una pausa, mirando el móvil entre mis dedos temblorosos antes de enviar otro mensaje.

Amelia:

Sobre Grecia...

No tienes que ir si no quieres.

Luigi:

Quiero ir.

Amelia:

¿De verdad?

Luigi:

Creo que es importante.

Quiero conocer a tu familia.

Sonreí, sintiendo una mezcla de alivio y nerviosismo. La idea de llevar a Luigi a conocer a mi familia en Grecia parecía surrealista, pero también era un paso necesario si queríamos construir algo juntos.

Amelia:

Entonces pensemos en una fecha.

Luigi:

Trato hecho. Buenas noches, Amelia.

Amelia:

Buenas noches, Luigi.

Cerré los ojos, sintiéndome un poco más en paz. Guardé el móvil y me acosté en el sofá, rindiéndome al cansancio y al sueño profundo.



Luigi

Capítulo 44

Una semana después...

Yo era un hombre seguro y decidido, pero desde el embarazo de Amelia, mi vida había dado un vuelco. No sabía cómo reaccionar ni cómo relacionarme.

Estaba nervioso cuando aterrizamos en el aeropuerto de Atenas y nos recibió Nikos, el hermano de Amelia, que vino a recogernos.

Me miró con desconfianza.

Nikos era un hombre alto, con los mismos ojos intensos que Amelia. Intercambiamos un apretón de manos firme, y pude sentir la fuerza y la desconfianza en su apretón.

—Nikos, este es Luigi —presentó Amelia con una sonrisa tensa.

—Encantado de conocerte —respondí, intentando sonar amable.

—Vámonos a casa. Todo el mundo está deseando conocerte —dijo Nikos, sin mucho entusiasmo.

Subimos al coche y la tensión era asfixiante. Amelia me tomó de la mano y yo se la devolví, buscando algo de consuelo. El trayecto hasta la casa de su familia transcurrió sin incidentes, pero sentí varias veces la mirada de Nikos sobre mí, evaluando cada uno de mis movimientos.

Cuando llegamos, nos recibió calurosamente el resto de la familia. Eleni, la madre de Amelia, se alegró mucho de ver a su hija embarazada y me dio un fuerte abrazo, sorprendiéndome.

—Bienvenido, Luigi. Espero que te sientas como en casa —dijo Eleni sonriendo.

—Gracias, señora Eleni. Es un placer estar aquí —respondí, intentando ocultar mi nerviosismo.

Nos llevaron a la sala de estar, donde nos acomodamos. La casa era acogedora, con fotos

familiares y objetos tradicionales griegos por todas partes. Sentí una mezcla de alivio y ansiedad al darme cuenta de que estaba entrando de lleno en la vida de Amélia.

—Entonces, Luigi —comenzó Petros, el otro hermano de Amelia, mientras nos sentábamos—. ¿Cómo piensas cuidar de mi hermana y de mi sobrina?

Tragué saliva. Su pregunta era directa y su tono serio. Respiré hondo antes de contestar.

—Tengo la intención de estar ahí para Amelia y apoyarla en todo lo que necesite. Sé que he cometido errores en el pasado, pero estoy dispuesto a cambiar y a hacer lo que haga falta para ser un buen padre y un buen compañero.

Hubo un momento de silencio mientras todos me miraban. Amelia sonrió ligeramente, y eso me dio un poco más de confianza.

—Eso espero, Luigi —dijo por fin Nikos—. Porque, si fallas, vas a tener que enfrentarte a nosotros.

Asentí, consciente de la clara amenaza. Sin embargo, estaba decidido a hacer lo correcto y demostrar a todos que podía ser la persona que Amelia y nuestra hija se merecían.

A pesar de mis palabras, sus tres hermanos siguieron mirándome como si tuviera alguna enfermedad contagiosa. Parecían perros furiosos dispuestos a proteger a su hermana. Volví a tragar saliva; sabía que había hecho todo lo posible y no podía culparlos.

—Ya la abandonaste una vez. ¿Qué garantiza que no lo harás de nuevo? —preguntó Maximus, el mayor.

—¡Maximus! —Amelia reaccionó antes de que pudiera replicar.

La miré, sintiendo su apoyo silencioso. Respiré hondo y decidí ser completamente sincero.

—Sé que cometí un gran error al dejarla. Fui egoísta e inmaduro. Pero desde que la vi embarazada, algo ha cambiado dentro de mí. Me he dado cuenta de que ya no puedo ser la misma persona. Estoy aquí para demostrar que puedo ser diferente, no solo con palabras, sino con acciones.

Maximus me miró durante un largo momento, evaluando mis palabras. Finalmente,

asintió levemente, aunque la desconfianza seguía en su expresión.

—Démosle un voto de confianza a Luigi —dijo Eleni, rompiendo el silencio—. Amelia cree en él, y eso es lo que importa.

La tensión en la sala se relajó un poco, pero yo sabía que aún quedaba mucho camino por recorrer para ganarme la confianza de todos. Pasamos el resto de la tarde charlando y, poco a poco, la rigidez en los ojos de los hermanos de Amelia fue disminuyendo.

Después de la cena, Nikos sugirió que lo acompañara a la terraza. Acepté, sabiendo que probablemente quería tener una conversación más seria.

—Luigi, voy a ser franco —comenzó, dando un sorbo a su whisky—. Amelia es importante para nosotros. Siempre lo ha sido. Y ahora, con la bebé en camino, nuestra preocupación no ha hecho más que aumentar.

—Lo entiendo, Nikos. Y puedo asegurarte que lo último que quiero es lastimarla de nuevo. Haré todo lo posible para ser el hombre que ella se merece.

Nikos me miró con los ojos entrecerrados.

—Eso espero. Porque no seremos muy tolerantes con un idiota que vuelva a lastimar a nuestra hermanita. Sabemos que nuestra sobrina necesita un padre, pero, por tu bien, será mejor que lo hagas correctamente.

No había imaginado que Amelia tendría una familia tan numerosa y sobreprotectora, pero no era por eso por lo que quería esforzarme. Después de todo lo que había hecho, Amelia se merecía lo mejor de mí.

Nikos me observó un momento y luego preguntó.

—¿Y no vas a pedirle matrimonio a Amélia?

Suspiré, recordando el último intento desastroso.

—Ya lo hice, pero ella salió corriendo.

Nikos sacudió la cabeza indignado.

—Entonces hazlo bien la próxima vez. Demuéstrale que hablas en serio. Haz que sienta

que realmente has cambiado y que puede confiar en ti.

Asentí, consciente de que tenía razón.

—Lo haré —respondí, decidido.

Nikos dio un último sorbo a su whisky, me dio un golpecito en el hombro y se marchó, dejándome a solas con mis pensamientos. Sabía que tenía que planear algo especial, algo que demostrara a Amelia que iba en serio. Ella se merecía lo mejor de mí.



Amélia

Capítulo 45

Cuando Nikos se alejó de Luigi, me acerqué aún tensa.

Le lancé una sonrisa forzada, intentando aliviar el ambiente.

—Mis hermanos ladran más de lo que muerden —dije, tratando de sonar despreocupada.

—No estoy tan seguro. —Luigi se rió sin humor.

—Espero que no te hayas arrepentido de venir —dije, observando sus reacciones.

—No, para nada —sonrió, un poco más relajado.

—¿Por qué no vienes conmigo? —Le tendí la mano y aceptó.

Caminamos juntos por el jardín, donde la suave luz del atardecer daba al ambiente un tono acogedor. Las flores estaban en plena floración, llenando el aire de un aroma dulce y fresco.

—La casa es preciosa —comentó Luigi mirando a su alrededor.

—Sí, es uno de los lugares que más quiero. Crecí aquí, correteando por estos jardines, jugando con mis hermanos.

—Ya veo por qué te gusta tanto estar aquí —respondió, sin dejar de observar detenidamente cada detalle.

Nos detuvimos cerca de una enramada cubierta de flores y él me tomó de la mano, dándose la vuelta para mirarme.

—Amelia, sé que estoy lejos de ser el mejor hombre del mundo, pero estoy dispuesto a dar lo mejor de mí por ti y por nuestra hija.

—Casi me estás convenciendo. —Solté una pequeña carcajada.

—Qué bien. —Suspiró, algo aliviado.

Permanecimos un momento en silencio, dejando que la suave brisa nos envolviera. Me

sentía tan feliz como nunca había imaginado al lado de Luigi, pero en el fondo seguía sintiendo un poco de miedo.

—Entremos —sugerí, rompiendo el silencio—. La cena debería estar lista pronto.

—Por supuesto —aceptó, y juntos volvimos a entrar en la casa.

La familia se reunió alrededor de la mesa del comedor y la comida fue más relajada, con platos típicamente griegos llenando la mesa. Había pan de pita, tzatziki, moussaka, souvlaki y una colorida y fresca ensalada griega. La conversación fluyó más fácilmente mientras se servía el vino y la comida.

—Luigi, ¿qué te ha parecido nuestra comida? —preguntó Nikos, con una sonrisa más amable.

—Está deliciosa. No sé si alguna vez había probado algo tan bueno —responde Luigi, saboreando un trozo de moussaka.

—Me alegro de que te guste —dijo mi madre, lanzándome una mirada significativa.

Le sonreí de vuelta, intentando no parecer demasiado nerviosa. La presencia de Luigi estaba siendo más aceptada de lo que esperaba, como si mi madre hubiera puesto en su lugar a mis hermanos, aunque no podía estar del todo segura.

—Amelia, ¿te acuerdas de cuando jugábamos al escondite en el jardín? —preguntó Petros, uno de mis hermanos pequeños, tratando de aliviar la tensión.

—¿Cómo podría olvidarlo? Yo siempre ganaba —respondí riendo.

—Solo porque eras la más pequeña y podías esconderte en los lugares más insospechados —replicó, riéndose también.

Luigi observó la interacción con una sonrisa, intentando claramente sentirse parte de la familia.

—Me gustaría ver más de estos juegos cuando nuestra hija crezca —dijo de repente.

—Estoy segura de que le encantará jugar en el jardín —respondí, sintiendo una punzada de esperanza.

Petros, curioso, miró a Luigi y le preguntó.

—¿Y tú, Luigi? ¿Tienes hermanos?

Luigi negó con la cabeza, sonriendo ligeramente.

—No, soy hijo único.

—Los hermanos son muy importantes —intervino mi madre, mirando a Luigi con aire comprensivo—. Aquí siempre hemos sido una familia grande y unida. Hay algo especial en la relación entre hermanos, un apoyo que dura para siempre.

—Me lo imagino —dijo Luigi, con tono pensativo—. Siempre he admirado a las familias numerosas y unidas. Crecer solo fue... diferente.

—Bueno, ahora formas parte de nuestra familia —dijo Nikos, dándole una palmada amistosa en el hombro—. Y tendrás la oportunidad de experimentar esta unión.

Luigi sonrió, visiblemente emocionado por la cálida acogida.

—Lo estoy deseando —respondió.

La conversación continuó con más anécdotas de la infancia y risas, creando un ambiente ligero y acogedor alrededor de la mesa. Al final de la cena, sentí un bienestar que no había sentido en mucho tiempo, y me llené de esperanza por el futuro que empezábamos a construir juntos.

Cuando terminó la cena, mi madre se levantó y empezó a recoger los platos.

—Permítame ayudarla, señora Katsaros —se ofreció Luigi, levantándose también.

—Bueno, llámame Eleni —dijo sonriendo—. Y gracias por tu ayuda.

Luigi y mi madre se llevaron los platos a la cocina, mientras yo me quedé en el salón con mis hermanos. Los tres me miraban con expresión seria, como si me estuvieran juzgando. Estaban solos, sin sus mujeres ni hijos, y parecía una emboscada.

—Dejen de mirarme así —dije cruzándome de brazos y levantando el mentón en señal de desafío.

—Solo queremos protegerte, Amelia —dijo Petros, preocupado.

—Lo sé —respondí, intentando mantener la calma—. Pero tienen que confiar en mí. Soy lo bastante mayor para tomar mis propias decisiones.

—Pero siempre serás nuestra hermana pequeña. —Petros se encogió de hombros.

—Ya te ha hecho daño antes. ¿Cómo podemos estar seguros de que no volverá a hacerlo? —Maximus sacudió la cabeza, todavía escéptico.

Suspiré, sintiendo el peso de sus palabras. Sabía que tenían motivos para preocuparse, pero debían comprender que yo tomaba las decisiones sobre mi propia vida, por mucho que apreciara la protección que siempre me habían ofrecido.

—Lo está intentando de verdad. Yo también soy consciente de los riesgos. Pero tengo que tomar esta decisión sola.

Nikos se inclinó hacia delante y me puso la mano en el hombro.

—Solo queremos que seas feliz, Amelia. Si él es el hombre que te hará feliz, te apoyaremos. Pero si falla, estaremos aquí para ti.

Sonreí, sintiéndome agradecida por su apoyo, aunque fuera un poco sofocante.

—Gracias, hermanos. Los quiero.

—Nosotros también te queremos, Amelia —dijeron a coro.

Luigi y mi madre volvieron de la cocina, trayendo postres, y la velada continuó en un ambiente más ligero y acogedor. A cada momento que pasaba, me sentía más segura de tenerlo como parte de la familia.

—Vamos arriba —le propuse a Luigi, dedicándole una tímida sonrisa.

Asintió, y nos dirigimos a mi antigua habitación. La habitación seguía teniendo el mismo aire nostálgico, con fotos familiares y recuerdos de mi infancia esparcidos por las estanterías.

—Gracias por estar aquí hoy, Luigi. Sé que no es fácil —dije, mientras cerraba la puerta.

—Estoy aquí porque quiero, Amelia —respondió, tomándome la mano y mirándome a

los ojos—. Quiero formar parte de tu vida, de la vida de nuestra hija.

Me senté en la cama, aún tomada de su mano, sintiendo una mezcla de emociones. Se arrodilló frente a mí, sujetándome la cara con las manos.

—Realmente estoy dispuesto a hacer lo que haga falta para arreglar las cosas.

Le miré, sonriendo ante la sinceridad de sus ojos. Me sentía feliz y, viendo las pruebas de su cambio diario, ya no veía motivos para dudar de su honradez.

Me incliné para besarlo y su boca se unió a la mía.

—¿Y tu familia? —murmuró temeroso, interrumpiendo nuestro beso antes de que se intensificara.

—Como si ellos no tuvieran sexo también —me reí, apartándome lo suficiente para responder.

Sonrió, aliviado, y me acercó más. Nuestros cuerpos se adaptaron el uno al otro y el beso se hizo más profundo. Sentía el calor de sus manos en mi piel, la forma en que me abrazaba, como si temiera perderme de nuevo.

—Te quiero, Amelia —susurró entre besos.

—Yo también te quiero, Luigi —respondí, emocionada—. Solo quiero que nuestra hija crezca en un hogar lleno de amor y comprensión.

Asintió, sosteniéndome la cara con ternura.

—Y crecerá. Te prometo que haré todo lo posible para que seamos felices juntos.

Nos acostamos en la cama, nuestros cuerpos adaptándose al ritmo de nuestros besos, sus manos explorando cada curva de mi cuerpo, mientras su lengua se entrelazaba con la mía. Me recorrió un delicioso escalofrío. Debido al tamaño de su vientre, Luigi no podía ponerse encima de mí, pero pronto encontró una posición más cómoda.

Se puso a mi lado, tirando de mi pierna sobre su cadera, permitiéndonos estar cerca sin presionarme la barriga. Sus manos siguieron acariciándome, deslizándose por mi espalda, por mi cintura, cada roce despertando un escalofrío de placer.

—Estás preciosa —murmuró, besándome el cuello y el hombro.

Sentí que un calor se extendía por mi cuerpo, una mezcla de deseo y amor.

Continuamos besándonos, nuestros cuerpos moviéndose en perfecta armonía. La forma en que me tocaba, con tanta ternura y pasión, me hizo olvidar todas mis dudas y temores.

El beso se hizo más urgente mientras sus manos me recorrían, metiendo la mano en mi ropa, quitándomela lentamente, aumentando el calor en mi cuerpo, haciendo que mi deseo creciera por segundos. Sentí sus caricias intensificarse, explorando mi piel, sus dedos dibujando estelas de deseo.

—Te necesito —susurré, apenas capaz de controlar la respiración.

—Estoy aquí —respondió Luigi, con voz baja y ronca.

Deslizó las manos por mi vientre, con cuidado de no hacerme daño. La ropa cayó a un lado de la cama, olvidada, mientras nuestros cuerpos volvían a encontrarse. Sentí su firme apretón contra mí, un recordatorio de nuestra conexión, de la pasión que nos unía.

Se colocó a mi lado, tiró de mi pierna sobre su cadera y nuestras respiraciones se sincronizaron. Sus besos recorrieron mi cuello hasta llegar a mi regazo, provocándome escalofríos.

—Me vuelves loco, Amelia —dijo, mordisqueándome la oreja; sus manos exploraban ahora mis pechos con una delicadeza que me hizo gemir.

—Yo también te deseo, Luigi —respondí, llena de deseo.

De lado, cuidadosamente colocado detrás de mí, con mi pierna sobre su cadera, deslizó su miembro con facilidad en mi interior, haciéndome gemir y poner los ojos en blanco. Cada movimiento era lento y profundo, con un ritmo constante que me llevaba al éxtasis.

Me sujetaba la cintura con fuerza y sus dedos trazaban suaves círculos sobre mi piel. El calor de su cuerpo contra el mío, sentirlo dentro de mí, todo aquello me hizo perder la noción del tiempo y el espacio, sumiéndome en una niebla de placer cada vez más profunda.

—Eres perfecta —susurró Luigi, con voz ronca y entrecortada, mientras sus labios volvían a encontrar mi cuello, mordisqueándolo y besándolo suavemente.

Mis gemidos se intensificaron, resonando por toda la habitación. Mis dedos se aferraron a las sábanas, buscando un punto de apoyo mientras mi cuerpo se rendía completamente al suyo. La combinación de placer físico y conexión emocional era perfecta.

—No pares, Luigi —le supliqué, temblando de deseo.

Obedeció, aumentando la intensidad de sus movimientos. Sentí que me derretía bajo sus caricias, cada vez más cerca del clímax. Mi cuerpo temblaba, mi respiración era agitada, y entonces, con una última y profunda embestida, mi mundo estalló en placer.

El orgasmo llegó en oleadas, haciéndome gritar su nombre. Luigi siguió moviéndose dentro de mí, prolongando la sensación hasta que ambos quedamos exhaustos y satisfechos. Cuando por fin me la sacó, me estrechó entre sus brazos y me besó tiernamente en la frente.

—Te amo, Amelia —murmuró.

—Yo también te amo, Luigi —respondí, sintiendo que me invadía una profunda paz.

Nos dormimos así, nuestros cuerpos entrelazados, nuestros corazones latiendo a un ritmo pacífico y armonioso.



Luigi

Capítulo 46

Volvimos de Grecia con el corazón ligero y la mente llena de planes para el futuro. Cada momento con Amelia y su familia no hacía sino reforzar mi certeza de que iba por buen camino. Cuando entré en la agencia aquella mañana, me sentía más decidido que nunca.

—Buenos días, Giulia —saludé con una sonrisa.

—¡Buenos días, Luigi! ¿Qué tal el viaje? —preguntó levantándose de la mesa.

—Fue estupendo. Su familia me recibió muy bien —respondí, con aspecto ligero y relajado.

Giulia sonrió, satisfecha.

—Me alegra oírlo, Luigi. Es bueno verte así. ¿Y Amelia? ¿Va a volver a la agencia?

Dudé un momento, reflexionando sobre la pregunta.

—Aún no he hablado con ella de eso. De momento no es una prioridad. Nos hemos centrado más en nosotros y en la bebé —expliqué, sintiendo la necesidad de asegurarme de que todo iba bien en casa antes de pensar en el trabajo.

Giulia asintió en señal de comprensión.

—Tiene sentido. Necesitan este tiempo juntos.

Le di las gracias con una inclinación de cabeza y me dirigí a mi despacho. Me senté en mi escritorio y empecé a organizar mis pensamientos y tareas del día. En el fondo, sabía que la cuestión de la vuelta al trabajo de Amelia era algo que tendríamos que discutir en algún momento, pero ahora mismo, mi atención se centraba en construir un futuro sólido y feliz para los tres.

A lo largo del día, me sumergí en las reuniones y proyectos de la agencia, pero mi mente volvía constantemente a Amelia. Quería estar a su lado, oler su aroma, sentir su cuerpo, sentir a nuestra hija moviéndose en su vientre...

Cuando empezó a caer la tarde, saqué el móvil y envié un mensaje a Amelia.

Luigi:

Hola, amor. Espero que estés teniendo un buen día.

Estaba pensando en ti. ¿Necesitas algo?

Amelia:

Hola, Luigi. Estoy bien aquí. Estoy descansando un rato. Gracias por preguntar.

Sonreí ante su mensaje. Nunca pensé que cambiaría tanto y abandonaría viejas convicciones, pero me asombró lo bien que me hizo y demostró que iba por buen camino. Tener una familia no era tan terrible como había pensado antes; al contrario, era una fuente de felicidad que nunca había imaginado.

El despacho estaba tranquilo, la luz del atardecer se filtraba por las ventanas, proyectando un suave resplandor sobre los muebles. Respiré hondo y sentí una paz interior que hacía tiempo que no experimentaba. La agencia iba bien y sentía que por fin había encontrado un equilibrio entre el trabajo y la vida personal.



Amélia

Capítulo 47

Al caer la noche, me di una ducha relajante, dejando que el agua tibia aliviara el cansancio del día. Tomé mi crema favorita, esa que tantas veces promocioné y que tenía un aroma delicioso. Me la apliqué por todo el cuerpo, sintiendo cómo mi piel quedaba suave y perfumada.

Elegí un vestido ligero y cómodo que acentuaba mi barriga de embarazada de forma elegante. Me arreglé el pelo y me maquillé suavemente, lo justo para resaltar mis rasgos. Al mirarme en el espejo, me sentí emocionada por la velada que se avecinaba.

Luigi me recogería para cenar, y yo estaba deseando pasar más tiempo con él.

Cuando sonó el intercomunicador, sentí un cosquilleo en el estómago. Contesté y el portero me avisó que Luigi había llegado. Respiré profundo, agarré mi bolso y fui hacia la puerta. Al abrirla, ahí estaba él, sosteniendo un ramo de flores. Su sonrisa era cálida y sincera.

—Buenas noches, amor —dijo tendiéndole las flores.

—Buenas noches, Luigi. ¡Son preciosas! —Tomé el ramo y lo olí, dejándome envolver por el aroma de las flores frescas—. Las pondré en agua antes de irnos.

Fui a la cocina, puse las flores en un jarrón y volví al salón.

—Estás maravillosa. —Luigi me abrazó.

—Gracias. Tú también estás muy elegante —respondí, devolviéndole el abrazo.

Bajamos juntos al coche y me abrió la puerta, como siempre hacía. Subí, sintiéndome especial y querida. De camino al restaurante, charlamos de cosas ligeras, riendo y disfrutando de la compañía del otro.

Cuando llegamos al restaurante, nos recibió un camarero que nos llevó a una mesa reservada. El ambiente era acogedor e íntimo, con luces tenues y música en directo de fondo. Me senté, observando a Luigi mientras hacía el pedido.

Estábamos felices, la velada parecía perfecta. Me encantaban las miradas apasionadas de Luigi, la forma en que se esmeraba en mostrar su afecto y cariño. La música en directo creaba un ambiente acogedor, y el aroma de los deliciosos platos completaba la mágica atmósfera de la cena.

De repente, una mujer entra en el restaurante, visiblemente alterada. Sus ojos recorrieron la sala hasta que se fijaron en Luigi. Sin vacilar, se acercó a la mesa, con el rostro contorsionado por la rabia.

—Luigi, ¡imbécil! —gritó, atrayendo la atención de todos a su alrededor.

Me quedé paralizada, sin entender lo que estaba pasando. Luigi se levantó rápidamente, intentando calmar la situación.

—Valentina, por favor, no hagas esto aquí —dijo, tratando de mantener la calma.

—¿No es necesario? —replicó Valentina, con los ojos brillantes—. Después de todo lo que hiciste, ¿vienes aquí haciéndote el buen tipo? ¡Me debes una explicación!

Sentí que se me formaba un nudo en el estómago. ¿Quién era esa mujer y qué quería de Luigi?

—Amelia, yo... —Luigi comenzó, pero fue interrumpido por Valentina.

—¡No, déjame hablar! —dijo ella, girándose hacia mí—. Me usó y me tiró como basura. Y ahora está aquí, contigo, como si nada hubiera pasado. ¡No ha cambiado, solo está fingiendo!

Luigi agarró a Valentina del brazo, intentando apartarla.

—Eso no es cierto, Valentina. Sabes que nuestra relación terminó hace mucho tiempo. Estoy tratando de seguir adelante y ser una mejor persona.

Valentina se zafó del agarre de Luigi.

—¿Seguir adelante? ¿Crees que puedes olvidar lo que has hecho? —dijo ella, con lágrimas en los ojos—. Nunca te perdonaré, Luigi. Jamás.

La mujer se dio la vuelta y salió del restaurante, dejando un rastro de tensión en el aire. Miré a Luigi, esperando una explicación.

—¿Quién era ella? —pregunté con voz temblorosa.

Luigi suspiró, pasándose la mano por el pelo rubio.

—Es una larga historia, Amélia. Valentina fue alguien de mi pasado, antes de que tú y yo estuviéramos juntos. Nuestra relación no terminó bien, y ella todavía guarda mucho rencor. Pero te juro, estoy intentando ser diferente ahora.

—¿Diferente cómo? Explícame esto bien —exigí.

Inspiró profundamente, tomando aire antes de continuar.



Luigi

Capítulo 48

Todos tenemos un muerto en el placard, pero nunca esperamos que salgan a la luz.

No sabía ni por dónde empezar mientras Amelia me miraba con una mezcla de confusión y tristeza. Sentí como si Valentina hubiera resucitado de entre los muertos; hacía por lo menos diez años que no la veía. Rompimos mucho antes de que me relacionara con Amelia o incluso de que triunfara en el mundo de la moda.

—Amelia... —Traté de empezar.

—Habla, Luigi —exigió, cruzándose de brazos.

—Valentina era mi prometida —confesé.

—Pensé que no querías casarte nunca.

—Y no era mi intención. Fue mi madre quien me empujó a este compromiso hace quince años. Estuvimos prometidos seis meses hasta que rompí y Valentina nunca pudo lidiar bien con el rechazo.

La tensión del aire me sofocaba, aumentando mi angustia.

¡Maldita sea!

¿Cómo y por qué había llegado Valentina hasta allí? Después de tanto tiempo, imaginaba que había superado mi rechazo y había seguido adelante, y odiaba equivocarme al respecto.

Amelia respiró hondo, claramente intentando procesar esta nueva información.

—Entonces, ¿simplemente apareció ahora? ¿Así, de la nada? —preguntó Amélia, todavía incrédula.

—Aparentemente sí. No tenía ni idea de dónde estaba. Y, sinceramente, no sé por qué ha elegido este momento para aparecer —respondí, pasándome una mano por el pelo, frustrado.

Amelia se frotó las sienes, intentando despejar el dolor de cabeza que empezaba a

formarse. Odiaba verla así y sabía que era mi responsabilidad calmar la situación.

—Amelia, sé que no es una situación que quisieras o esperaras, pero no quiero que se convierta en un problema entre nosotros. Mi relación con Valentina terminó hace quince años, y ni siquiera te conocía.

Respiró hondo, intentando encontrar el equilibrio.

—Yo también espero que no sea un problema —dijo finalmente con un profundo suspiro.

Me incliné sobre la mesa y tomé su mano entre las mías, haciendo que me mirara.

—Te amo, Amelia.

La respuesta tardó un poco, pero fue sincera.

—Yo también te amo, Luigi. No quiero que ella se interponga entre nosotros.

—Me ocuparé de ello. Me aseguraré de que tú y nuestro bebé estén bien.

—Gracias.

Sentí alivio en sus palabras, pero también supe que debía actuar con rapidez para resolver la situación. La velada transcurrió con un ánimo más ligero, pero la tensión seguía flotando en el aire. Estaba decidido a proteger a nuestra familia de cualquier amenaza, aunque viniera del pasado.

Cuando llegó la cuenta, la pagué rápidamente y ayudé a Amelia a ponerse en pie. Volvimos al coche en silencio. Mientras conducía hacia casa, no podía dejar de pensar en Valentina y en lo que podría estar planeando. Sabía que tenía que solucionarlo antes de que causara más problemas. En cuanto llegamos al piso de Amelia, aparqué el coche y la acompañé hasta la puerta.

—Lo solucionaré, lo prometo. —Le besé la frente, intentando transmitirle confianza.

Asintió y me abrazó antes de entrar.

—Buenas noches, Luigi. Cuídate.

—Buenas noches, Amelia. Hablaremos mañana.

La observé hasta que cerró la puerta y volví a subir al coche, con la mente trabajando a toda velocidad. Tenía que averiguar qué quería Valentina y, sobre todo, cómo alejarla de nosotros.



Amélia

Capítulo 49

Después de la tensa cena con Luigi, intenté concentrarme en otras cosas para olvidarme de la preocupación. Sabía que haría todo lo posible por resolver la situación, pero no podía evitar sentir un nudo en el estómago.

A la mañana siguiente me levanté temprano, decidida a no dejar que esta situación me consumiera. Di un ligero paseo por el barrio para despejarme. Cuando volví, vi mensajes de mi mejor amiga, Bianca, queriendo saber cómo iba todo. Por mucho que no quisiera, era imposible contenerme.

Bianca:

¡Hola, amiga! ¿Qué tal estás?

Amelia:

Hola, Bianca. No sé ni por dónde empezar... La cena de anoche iba bien hasta que apareció una de las ex locas de Luigi y montó un escándalo.

Bianca:

¿Qué? ¿Hablas en serio? ¿Qué ha dicho?

Amelia:

Lo llamó imbécil y dijo que era un mentiroso.

Fue horrible, Bianca. Me sentí tan incómoda.

Bianca:

¡Guau, qué situación! ¿Y qué dijo Luigi?

Amelia:

Intentó explicármelo, dijo que Valentina es una ex prometida de hace quince años que nunca ha superado la ruptura. Pero sinceramente, estoy muy confundida.

Bianca:

Lo entiendo, amiga. Debe ser muy difícil de sobrellevar. ¿Le crees?

Amelia:

Quiero creerle, pero es complicado. Parece que siempre surge algo que se interpone en nuestro camino.

Bianca:

Mira, sé que es difícil, pero intenta hablar con él y aclarar todas tus dudas. Luigi es un hombre que lleva mucho tiempo en el negocio de la moda y probablemente haya tenido numerosas aventuras, pero ahora ustedes están bien juntos.

Amelia:

Lo intentaré, Bianca. Gracias por escucharme. Necesitaba desahogarme.

Bianca:

Siempre estaré aquí para ti, amiga. Que estés bien. Cuídate.

Después de hablar con Bianca, me sentí un poco más ligera. Sabía que tendría que afrontar esta situación de frente, pero era bueno saber que contaba con el apoyo de mi mejor amiga.

Pasé el resto de la mañana en la habitación de la bebé. La ropa pequeña y delicada me trajo una sensación de paz y esperanza.



Luigi

Capítulo 50

Llamé a mi madre antes de salir de casa por la mañana porque no podía dormir cuando Valentina apareció. Quería saber si le había dicho algo a mi ex prometida, ya que era amiga de la madre de Valentina.

—¿Hola, mamá?

—Luigi, hijo mío, ¿qué ha pasado? Pareces tenso.

—Necesito saber algo. ¿Has hablado con la madre de Valentina últimamente? —pregunté, yendo directamente al grano.

—Hablamos de vez en cuando, pero nada muy reciente. ¿Por qué? —respondió mi madre, desconcertada.

—Valentina apareció anoche, armó un escándalo en el restaurante. Pensé que lo había superado.

—¡Dios mío! —exclamó, claramente sorprendida—. No tenía ni idea. La última vez que hablé con su madre fue sobre algunos viejos recuerdos, nada más. No sabía que Valentina había vuelto. Después de que ustedes terminaron, se mudó a Estados Unidos y nunca más supe de ella.

—Esto empieza a preocuparme. Tengo que solucionarlo antes de que empeore.

—Ya veo. Intentaré hablar con su madre y averiguar qué está pasando. Pero, por favor, mantén la calma.

—Voy a hacerlo. Solo espero que no me cause más problemas. —Colgué el teléfono, resoplando, todavía molesto.

Subí al coche y me dirigí a la agencia, pero mi mente seguía en otro lado. Cuando llegué, Giulia se dio cuenta enseguida de mi estado de ánimo.

—Buenos días, Luigi. ¿Qué tal estás? —preguntó preocupada.

—No muy bien. Mi ex-prometida apareció ayer e hizo un escándalo.

—¿Ex-prometida? ¿Es en serio?

Me limité a asentir con la cabeza.

—Y Amelia, ¿cómo está?

—Afectada, obviamente. Pero estamos tratando de manejarlo juntos —respondí con un suspiro.

—Bueno, si necesitas algo, estoy aquí para ayudar.

—Gracias, Giulia. —Le di las gracias, sintiéndome agradecido por su apoyo.

Pasé el día tratando de concentrarme en el trabajo, pero la situación con Valentina seguía dándome vueltas en la cabeza. Sabía que debía actuar rápido para proteger a mi nueva familia y evitar que el pasado afectara nuestro presente.

Más tarde, decidí enviarle un mensaje a Amelia para saber cómo se sentía.

Luigi:

Hola, amor. ¿Cómo estás hoy?

Amelia:

Hola, Luigi. Estoy bien, descansando. ¿Qué tal tú?

Luigi:

Estoy preocupado por toda esta situación, pero intento resolverlo todo. Te prometo que superaremos esto juntos.

Amelia:

Sé que lo haremos. Confío en ti.

Sus palabras me dieron un poco de paz. Por desgracia, ese momento de bienestar no duró mucho.

Estaba en mi despacho, revisando unos contratos, cuando oí un grito procedente del pasillo. Me levanté inmediatamente y fui a ver qué pasaba. Cuando abrí la puerta, vi a Valentina peleando con Giulia, intentando entrar por la fuerza.

—¿Qué está pasando aquí? —pregunté.

Valentina se dio la vuelta, mirándome fijamente con los ojos encendidos de ira.

—Tengo que hablar contigo, Luigi —gritó, ignorando por completo a Giulia, que intentaba detenerla.

—Valentina, este es mi lugar de trabajo. No puedes simplemente entrar así y causar problemas. —Intenté mantener la calma, pero mi tono era firme.

—¡No me importa dónde estemos! Me debes una explicación. —Dio unos pasos hacia delante y Giulia retrocedió, con cara de alivio por mi llegada.

—Valentina, este no es el momento ni el lugar para eso. Por favor, vete antes de que tenga que llamar a seguridad.

Dudó un momento y me lanzó una mirada desafiante.

—¡No voy a ninguna parte! ¡Exijo que hables conmigo! —gritó Valentina.

Todo el personal me miraba, lo que aumentó mi vergüenza. La tomé del brazo y la arrastré hasta mi despacho, soltándola y haciéndola tambalearse unos pasos.

—Muy bien, ¡habla! —resoplé, tratando de controlar la frustración que se acumulaba en mi interior.

Se echó a llorar. Sus lágrimas rodando por su cara no tuvieron el efecto en mí que ella habría esperado.

—¿Por qué me has hecho esto, Luigi? —preguntó entre sollozos—. Me abandonaste sin más, sin ninguna explicación. ¡Yo te amaba!

Sentí que se me formaba un nudo en el estómago. Empezaron a aflorar viejos recuerdos, pero tenía que mantener la concentración.

—Valentina, eso fue hace muchos años. Tienes que seguir adelante. Ya lo hice. Estoy con

Amelia ahora, y estamos esperando una bebé. No puedes aparecer de la nada y hacer un lío de mi vida.

Se secó las lágrimas con el dorso de la mano y me miró con expresión de desesperación.

—Lo he intentado, Luigi. He intentado olvidar, pero no puedo. Fuiste el gran amor de mi vida, y no puedo dejar eso atrás.

Suspiré con una mezcla de rabia e indignación.

—Valentina, lo siento si te he hecho daño. —Traté de ser amable para poner fin a la situación—. Pero mi vida ahora está con Amelia y nuestra hija. Por favor, respeta eso.

Se quedó callada un momento, como si estuviera asimilando mis palabras.

—¿Y si no puedo? —preguntó con voz casi susurrante.

—Entonces tendré que tomar medidas legales para asegurarme de que te mantengas alejada. —Yo era más frío.

Me miró con una mezcla de dolor y rabia, pero no dijo nada más.

—No creo que seas capaz de hacerlo.

—Es mejor no ponerme a prueba.

—Esperaba que ahora fueras un hombre mejor —dijo, tratando de contener las lágrimas.

—Lo que siento por ti no ha cambiado, Valentina. Nada —respondí con firmeza.

Volvió a llorar, sollozando suavemente.

—¿Cómo puedes ser tan frío?

—Nuestro compromiso fue un error, lo sabes. Una mala idea por parte de nuestras madres.

Valentina me miró con una mezcla de desesperación y frustración. Era como si intentara encontrar cualquier resto de sentimiento que aún pudiera existir entre nosotros, pero lo único que encontraba era vacío.

—¿Vas a dejarme otra vez, entonces? —preguntó con la voz quebrada.

—No es dejarte, Valentina. Es seguir adelante. Tú también tienes que hacerlo.

Respiró hondo y se secó sus lágrimas con una mano temblorosa.

—Está bien, Luigi. Si eso es lo que quieres, me iré. Pero no creas que será tan fácil. Voy a pelear por lo que creo que merezco —dijo con la voz firme a pesar de su agitación.

—Tienes todo el derecho a buscar tu felicidad, Valentina. Pero no destruyas la mía en el proceso.

Salió de la oficina sin mirar atrás, dejando un rastro de tensión y tristeza en el aire. Me senté en mi escritorio, tratando de procesar el huracán que su inesperada visita había provocado en mí.

¡Qué demonios!

Justo cuando pensaba que por fin estaba en el buen camino para convertirme en un hombre mejor para Amelia y mi hija, aparecía Valentina para sacar a relucir un pasado que yo no apreciaba.

Saqué el móvil y envié un mensaje a Amelia, sintiendo la necesidad de comunicarle lo sucedido.

Luigi:

Hola, amor. Necesito decirte algo. Valentina apareció hoy en la oficina, causando problemas.

Amelia:

¿Qué? ¿Ahora te está persiguiendo?

Luigi:

Parece que sí. Estoy intentando resolverlo. Solo quería que lo supieras, para que no te tome por sorpresa.

Amelia:

Gracias por decírmelo. Esto me pone muy nerviosa.

Luigi:

Lo sé, y lo siento. Pero lo arreglaré.

Amelia:

Está bien.

Suspiré, guardando el celular y tratando de concentrarme de nuevo en el trabajo. La situación con Valentina era un recordatorio doloroso de mi pasado, uno que ya había dejado atrás hace años y con el que no quería volver a lidiar.



Amélia

Capítulo 51

Las mensajes de Luigi me dejaron tensa. No era ninguna novedad que había sido un hombre con muchas mujeres, pero no sabía que había tenido una relación seria, y el hecho de tener una exnovia me sorprendió. Pasé el día esforzándome por no quedarme atrapada en eso, acariciando mi barriga y hablando con mi bebé.

El apartamento estaba en silencio, salvo por el ligero zumbido del aparato de aire acondicionado situado en un rincón del salón. Las paredes blancas reflejaban la suave luz del atardecer que entraba por la ventana, creando una atmósfera apacible, casi serena. Las plantas que decoraban el espacio parecían compartir mi inquietud, sus hojas inmóviles, como si estuvieran esperando algo.

Me senté en el sofá, cubierta con una suave manta azul, y cerré los ojos un momento, intentando calmar mi mente. Mis manos se posaron suavemente sobre mi vientre redondeado, sintiendo los diminutos movimientos de mi bebé. Me acaricié el vientre, dibujando círculos lentos y rítmicos, buscando consuelo en el contacto.

—Hola, mi pequeña —susurré suavemente—. No sabes cuánto te quiero. Mamá está un poco preocupada hoy, pero todo va a salir bien.

Dejé que mis dedos se deslizaran sobre la piel tensa, sintiendo la vida que crecía en mi interior. Cada uno de sus movimientos parecía una respuesta a mis palabras, una conexión silenciosa y profunda.

—Sabes, Helena, la vida a veces es complicada —continué, intentando mantener la calma —. Pero prometo que siempre nos tendremos la una a la otra. Tendrás un hogar lleno de amor, con una mamá y un papá que te aman mucho.

Miré alrededor de la habitación, intentando encontrar algo de consuelo en los objetos familiares. El cuadro de la pared, una colorida pintura que yo misma había elegido, parecía animarme con sus vibrantes colores. Los cojines del sofá, cada uno de un tono diferente de azul y verde, creaban un agradable contraste, un recordatorio de que incluso en medio del caos seguía

habiendo belleza.

—Solo quiero que sepas que mamá lo está haciendo lo mejor que puede. —Suspiré y sentí que se me llenaban los ojos de lágrimas—. Y papá también lo intenta. Puede que él tenga un pasado complicado, pero está dispuesto a cambiar por nosotras.

Me acaricié la barriga una vez más, sintiendo una ligera patada como respuesta. Sonreí, secándome las lágrimas antes de que cayeran.

—Gracias por estar aquí, mi pequeña —murmuré, inclinándome para besar suavemente mi vientre—. Ya eres la luz de mi vida.

Me quedé allí, ensimismada, intentando encontrar la paz en presencia de mi bebé. Sabía que tenía que ser fuerte, no solo por mí, sino también por ella. Y mientras contemplaba el horizonte a través de la ventana de mi apartamento, me prometí a mí misma que haría lo que fuera necesario para garantizar que su vida estuviera llena de amor y felicidad, sin importar los retos que surgieran.

Más tarde, fui a abrir mi correo y me encontré con un sobre marrón. Al principio, pensé que era algo trivial, tal vez otra factura o un anuncio no deseado. Cuando me senté en la mesa de la cocina, la luz amarillenta iluminó el sobre de un modo casi siniestro. Rasgué el borde con cuidado y saqué el contenido. Cuando vi lo que había, se me revolvió el estómago...

Respiré agitadamente cuando la opresión en el pecho me pareció más de lo que podía soportar.

Dentro había fotos de Luigi teniendo sexo con Valentina. El corazón se me paró un momento y luego empezó a latirme sin control. Cada imagen era como un puñetazo en las tripas. Las imágenes mostraban a un Luigi mucho más joven en momentos de intimidad con otra mujer. Me empezaron a temblar las manos y dejé caer las fotos sobre la mesa, incapaz de seguir sosteniendo aquella prueba de su pasado.

Lágrimas calientes empezaron a correr por mi cara. Sabía que aquellas imágenes eran antiguas, que mostraban a un Luigi que yo no conocía, pero el dolor y la inseguridad eran imposibles de controlar. Sentía como si me hubieran clavado un cuchillo en el pecho, que giraba lentamente.

Abracé mi barriga, intentando encontrar consuelo en el hecho de que, independientemente de lo que había sucedido en el pasado, nuestra hija era el presente y el futuro. Pero era difícil. Era difícil no dejar que esas imágenes destruyeran la confianza que estaba comenzando a reconstruir.

Lloré durante un rato, permitiéndome sentir el dolor, la tristeza y la rabia. Necesitaba dejar salir esas emociones, no quería que se acumularan en mi interior, dañando mi cordura y mi salud. Al cabo de un rato, me enjugué las lágrimas, decidida a afrontar esta nueva tormenta. Luigi y yo tendríamos que hablar seriamente de esto, aunque Valentina fuera su ex, no quería recibir más correspondencia de ese tipo.

Saqué el móvil y, con los dedos aún temblorosos, le envié un mensaje.

Amelia:

Hola, Luigi. Tenemos que hablar.

¿Puedes venir a mi apartamento esta noche?

Esperé unos minutos mirando la pantalla del móvil hasta que llegó la respuesta.

Luigi:

Por supuesto, Amelia. Estaré allí a las 8 pm.

Suspiré, sintiendo una pesadez en el pecho. Miré alrededor del piso, tratando de encontrar algo de consuelo en los objetos familiares. La suave luz del atardecer empezaba a dar paso a la oscuridad, y el ambiente parecía más sombrío que de costumbre.

Me levanté y fui a la cocina. Preparé una infusión de manzanilla con la esperanza de que me calmara los nervios. El sonido del agua hirviendo en la tetera era reconfortante, un ruido familiar que llenaba el incómodo silencio. Vertí el agua caliente en la taza y añadí la bolsita de

té, observando cómo las hierbas se mezclaban lentamente con el líquido, tiñéndolo de un color dorado.

Me senté a la mesa con la taza caliente entre las manos. Tomé un sorbo, sintiendo cómo el calor se extendía por mi cuerpo. El té ayudó a aliviar parte de la tensión, pero la ansiedad por la conversación con Luigi seguía consumiéndome.

A medida que el reloj se acercaba a las 8 de la tarde, mi corazón empezó a latir más deprisa. El ruido de pasos en el pasillo me indicó que había llegado. Oí sonar el timbre y, con un profundo suspiro, me levanté para abrir la puerta.

Abrí la puerta y allí estaba él, con una expresión de preocupación en la cara. Luigi entró y yo cerré la puerta tras él.

—Hola, Amelia —dijo, con voz suave.

—Hola, Luigi. Gracias por venir.

Pasamos al salón y nos sentamos en el sofá. Guardé las fotos a mi lado, escondidas dentro del sobre marrón.

—Tenemos que hablar de algo importante —empecé, sintiendo que se me aceleraba el corazón.

Asintió, esperando a que continuara.

—Hoy he recibido algo inquietante por correo —dije, sacando el sobre y entregándoselo —. Son fotos tuyas con Valentina. Los dos... juntos.

Luigi abrió el sobre y, al ver las fotos, su rostro palideció. Me miró, visiblemente sorprendido.

—Amelia, te juro que no tengo ni idea de cómo surgieron estas fotos. Son del pasado, mucho antes de conocerte.

—Lo entiendo, Luigi. Pero no puedo ignorar el hecho de que esto está sucediendo ahora. No quiero recibir más cosas así.

Respiró hondo y pareció esforzarse por encontrar las palabras adecuadas.

—Lo siento, Amelia. Voy a hacer todo lo posible para que Valentina nos deje en paz. Te prometo que me ocuparé de ella.

Asentí con la cabeza, sintiendo un ligero alivio mezclado con incertidumbre.

—Confío en ti, Luigi. Solo quiero proteger a nuestra familia.

Me tomó la mano, apretándola suavemente.

—Y yo voy a hacer lo mismo, Amelia.

Luigi se acercó y me dio un tierno beso. Su boca se encontró con la mía suavemente, transmitiéndome afecto y apoyo. A pesar del gesto, no me apetecía nada más que un poco de paz. Solo quería estar entre sus brazos y encontrar consuelo en su presencia.

—Vamos a acostarnos —sugerí, bajando la voz.

Asintió con la cabeza y juntos fuimos al dormitorio. Las luces tenues creaban un ambiente acogedor, y el silencio del apartamento era casi reconfortante. Me acosté en la cama y Luigi se acomodó a mi lado, estrechándome entre sus brazos.

Sentí el calor de su cuerpo, su respiración tranquila contra mi pelo. Empezó a acariciarme suavemente la espalda, lo que me ayudó a aliviar parte de la tensión acumulada. Cerré los ojos, intentando concentrarme solo en el momento presente, en las sensaciones de comodidad y seguridad.

—Todo irá bien, Amelia —murmuró Luigi, rozándome la frente con los labios.

—Eso espero —respondí en un susurro.

Permanecimos así, en silencio, durante mucho tiempo. Cada minuto que pasaba, sentía que la inquietud que brotaba en mi interior se calmaba un poco más. Pronto me dormí en sus brazos, sintiéndome protegida.



Luigi

Capítulo 52

Me estaba preguntando qué demonios había hecho mal para que, justo ahora, apareciera Valentina.

¡Maldita sea!

Dejé a Amelia con un cariñoso beso por la mañana, intentando transmitirle la calma que yo mismo no sentía. Estaba decidido a resolver esta situación de una vez por todas. Conduje hasta la casa de la madre de Valentina, donde imaginaba que ella estaría.

El viaje fue un borrón de pensamientos contradictorios. No entendía qué la había motivado a reaparecer en mi vida después de tantos años. Cuando llegué al destino, aparqué el coche y respiré hondo antes de bajarme.

La casa de Marisa, la madre de Valentina, era una elegante casa adosada con un jardín bien cuidado. Me acerqué a la puerta y llamé al timbre con una mezcla de ansiedad y determinación. Al cabo de unos segundos, la puerta se abrió y apareció Valentina. Parecía sorprendida de verme, pero entonces sus ojos se entrecerraron desafiantes.

—Luigi, ¿qué haces aquí? —preguntó cruzándose de brazos.

—Tenemos que hablar, Valentina. ¡Ahora mismo! —rugí, dejando traslucir toda mi irritación.

Ella vaciló un instante, luego dio un paso atrás, dejándome pasar. La seguí hasta la sala de estar, un espacio decorado con buen gusto, lleno de recuerdos de una época que parecía pertenecer a otra vida.

—¿Qué quieres, Luigi? —preguntó Valentina, llena de resentimiento.

—Quiero saber por qué haces esto. ¿Por qué ahora? —pregunté, mirándola fijamente.

Apartó la mirada, mordiéndose el labio inferior.

—Me dejaste, Luigi. De repente. Y ahora estás con otra, viviendo la vida que debería ser

mía.

Sentí que se me formaba un nudo en el estómago.

—Valentina, eso fue hace quince años. Éramos jóvenes y cometimos errores. No podemos cambiar el pasado, pero tienes que seguir adelante. Amelia no tiene nada que ver con eso.

Se rió amargamente.

—No lo entiendes, ¿verdad? Nunca se trató solo de nosotros. Se trataba de lo que podríamos haber sido. Y ahora te veo con otra persona, esperando un hijo...

—Lo siento, pero nunca quise tener nada que ver contigo. Hacer caso a mi madre fue un error que afortunadamente conseguí corregir a tiempo —dije, intentando mantener la calma—. Necesito que pares con esto.

—¿No te importan mis sentimientos? —gritó indignada—. ¿Cómo puedes hacerme esto?

Estaba perdiendo la paciencia. Volví a respirar hondo, apretando los puños.

—Valentina, lo siento, pero no podemos seguir con esto.

Se acercó con los ojos encendidos de ira.

—¡No lo entiendes! ¡Te quería de verdad! ¡No puedes dejarme así!

—Valentina, ¡han pasado quince años! Yo he seguido adelante y tú tienes que hacer lo mismo.

Se echó hacia atrás, llorando aún más fuerte.

—No lo entiendes, Luigi. Nunca te he olvidado.

En ese momento me di cuenta de que discutir no me llevaría a ninguna parte. Tenía que ser más directo y asertivo.

—Valentina, ahora estoy con Amelia. Estamos esperando un hijo. Necesito que lo respetes y nos dejes en paz.

Guardó silencio un momento.

—No puedo rendirme en lo nuestro.

—¿Estás loca? Amo a Amelia.

—Pero puedes amarme a mí —insistió.

—No funciona así, Valentina —controlé mi tono para no gritar. Estaba extremadamente irritado con todo lo que estaba pasando—. El amor no se puede forzar, no se puede imponer. Yo he pasado página, y tú tienes que hacer lo mismo.

Permaneció en silencio, con los ojos llenos de lágrimas. Parecía una mezcla de rabia y dolor, pero finalmente se echó atrás.

—Espero que seas feliz, Luigi. Pero quiero que sepas que nunca te olvidaré.

Asentí, sin saber qué más decir. Me marché rápidamente, deseando que fuera la última vez que tenía que lidiar con esta situación.

Llegué a casa, sintiendo un momentáneo alivio. Tomé el móvil y envié un mensaje a Amelia.

Luigi:

Hablé con Valentina. Creo que entendió, pero debemos estar atentos. Te amo.

Amelia:

Gracias, Luigi.

Yo también te amo.

Sonreí, sintiéndome más seguro. Solo quería que mi relación con Amelia siguiera por buen camino.



Amélia

Capítulo 53

Los mensajes de Luigi me tranquilizaron un poco. Estaba haciendo lo que podía para resolver la situación, y eso era lo que importaba. Después de desayunar, me senté en el sofá, acariciándome mi vientre.

—No pasa nada, mi pequeña. Tu padre está haciendo lo mejor para nosotras —dije, sintiendo una creciente conexión con mi bebé.

Al estar en las últimas semanas del embarazo, no había tomado ningún trabajo nuevo. Solo esperaba la llegada de mi hija, pero quedarme en casa, sola, después de la visita de Valentina, solo me hacía sentir más inquieta.

Caminé de un lado a otro, tratando de ocupar mi mente con algo.

La decoración del piso, con sus tonos suaves y sus muebles acogedores, normalmente me aportaba calma. Pero en aquel momento, me sentía atrapada y asfixiada. El silencio solo amplificaba mis pensamientos, haciendo que cada preocupación fuera mayor de lo que realmente era.

Cuando empecé a sentir la barriga pesada, volví a sentarme y tomé el móvil para enviar un mensaje a mi amiga Bianca.

Amelia:

Hola, Bianca. Necesito hablar. ¿Tienes tiempo?

Bianca:

¡Hola, amiga! Claro, siempre puedo ayudarte. ¿Qué es lo que pasa?

Amelia:

Valentina nos está haciendo la vida imposible. Luigi está tratando de resolverlo, pero es difícil mantener la calma.

Bianca:

Me lo imagino. Esta situación debe estar consumiéndote. ¿Quieres que vaya para allá?

Amelia:

Sería estupendo. No puedo arreglármelas sola.

Bianca:

Voy en camino. Aguanta, ¿sí?

Sentir el apoyo de Bianca fue reconfortante. Guardé el móvil y volví a acariciarme la barriga, intentando concentrarme en la idea de que pronto tendría a mi hija en brazos. El suave contacto me ayudó a recordar lo que realmente importaba: su seguridad y su bienestar.

Bianca llegó rápidamente, trayendo consigo una energía positiva que siempre conseguía levantarme el ánimo.

—Amiga, qué situación tan complicada —dijo, abrazándome con fuerza—. Pero eres fuerte, vas a superar esto.

—Eso espero. Estoy tan preocupada por esa mujer.

—Es natural, pero no estás sola. Todos estamos aquí para apoyarte, incluido Luigi. —Bianca sonrió, intentando animarme.

Hablamos un rato, y su presencia realmente ayudó a aliviar la tensión. Hablamos de la bebé, de nuestros planes de futuro, e incluso nos reímos un poco de las situaciones absurdas a las que ya nos habíamos enfrentado juntas. Poco a poco, sentí que mi mente se calmaba y que mi corazón latía a un ritmo más tranquilo.



Luigi

Capítulo 54

Una semana más tarde, Valentina se había alejado, pero no lograba sentirme completamente seguro al respecto, aunque no tenía motivos concretos para seguir en alerta. Las noches eran más tranquilas, pero las sombras de sus amenazas seguían rondándonos. Traté de enfocarme en el trabajo y en cuidar de Amelia, que ya estaba en la recta final del embarazo.

Mi teléfono sonó, interrumpiendo mis pensamientos, y mi corazón se aceleró cuando vi el nombre de Amelia en la pantalla.

Respondí rápidamente.

—¡Luigi! —Su voz era angustiada—. ¡Rompí bolsa!

Sentí una oleada de pánico y excitación al mismo tiempo.

—Voy para allá ahora mismo, amor. Tranquila, todo va a salir bien.

Agarré las llaves del coche y salí volando de la oficina rumbo al departamento. El tráfico parecía avanzar más lento que nunca, y cada segundo se sentía eterno.

Cuando llegué, la encontré respirando hondo para intentar calmarse.

—Vamos, mi amor. Yo te cuidaré —le dije, tomándola de la mano y ayudándola a caminar hacia el coche.

Conduje lo más rápido que pude hasta el hospital, intentando mantener la calma y tranquilizarla por el camino. Amelia estaba nerviosa, pero también mostraba una fuerza increíble.

—Todo va a salir bien, Luigi. Estoy lista para conocer a nuestra hija.

—Lo sé, eres increíble, Amelia.

Cuando llegamos al hospital, nos recibió el equipo médico, que nos llevó rápidamente a la sala de partos. Me quedé a su lado todo el tiempo, tomándole la mano y susurrándole palabras de ánimo.

El tiempo parecía alargarse, pero finalmente, tras lo que me pareció una eternidad, oí llorar a nuestra hija.

—Es una niña —anunció el médico sonriendo.

Miré a Amelia, que estaba agotada pero radiante de felicidad.

—Lo logramos, amor. Ya está aquí —dije con emoción, besando su frente.

Las enfermeras nos entregaron a nuestra hija, y sentí una oleada de amor y protección al sostener a ese pequeño ser en mis brazos.

—Bienvenida al mundo, mi pequeña —murmuré, con lágrimas en los ojos—. Te prometo que siempre cuidaré de ti y de tu madre.

Amelia me miró, sonriendo, y tocó suavemente la manita de nuestra hija.

—Lo logramos, Luigi.

—Sí. —Suspiré con inmenso alivio.

Allí, con Amelia y nuestra hija en brazos, sentí una felicidad que jamás podría haber imaginado. Aquel pequeño ser, tan frágil y perfecto, aportaba una nueva dimensión a lo que yo entendía por amor.

El ambiente que nos rodeaba estaba lleno de voces suaves y sonrisas cálidas. Las luces del hospital eran tenues y el sonido lejano de pasos y murmullos creaba un telón de fondo relajante. Sostuve a nuestra hija con cuidado, admirando cada detalle de ella: sus diminutos dedos, su suave piel y sus ojos cerrados en un apacible sueño.

Amelia, aún jadeante pero con un brillo en los ojos, me miró con una sonrisa cansada pero feliz.

—Es perfecta, Amelia —susurré, incapaz de contener la emoción en mi voz.

—Realmente lo es —aceptó acariciando la cabeza del bebé con ternura.

Nos quedamos en silencio, compartiendo aquel momento de pura felicidad. El mundo que nos rodeaba parecía desaparecer, dejándonos solos a los tres en aquel pequeño universo de amor y protección.

Las enfermeras iban y venían, llevando a cabo sus procedimientos, pero siempre con cuidado de no interrumpir nuestra conexión. Una enfermera se acercó a ver cómo estaba la bebé y nos sonrió.

—Tienen una hermosa familia —dijo amablemente.

Le dimos las gracias con una inclinación de cabeza, todavía maravillados por el milagro que teníamos en nuestros brazos.

Al cabo de un rato, tuve que entregar a nuestra hija a las enfermeras para que le hicieran las pruebas necesarias. Sentí una opresión en el pecho al dejarla marchar, pero sabía que era por su bien.

—Estará bien, Luigi. —Me tranquilizó Amelia, tomándome la mano.

Asentí, tratando de ocultar mi preocupación.

—Lo sé, amor. Solo quiero que siempre esté a salvo.

Amelia sonrió y me estrechó la mano.

—Nos aseguraremos de eso juntos.

Nos sentamos uno al lado del otro en la cama del hospital, esperando el regreso de nuestra pequeña.

—La maleta, la olvidé, Luigi.

—Voy a buscarla —le dije con una sonrisa.

Me levanté, sintiendo aún la euforia y la emoción del momento, y me dirigí al coche para recoger la maleta de Amelia. El aparcamiento del hospital estaba tranquilo y la brisa fresca del atardecer me ayudó a calmar los nervios. Abrí el maletero y saqué la maleta, reflexionando sobre lo mucho que habían cambiado nuestras vidas en los últimos meses.

Mientras volvía a la entrada del hospital, escuché el chillido de neumáticos y vi el resplandor de unos faros que venían directo hacia mí. Un coche avanzaba con furia para atropellarme. No tuve mucho tiempo para pensar; mi instinto de supervivencia me hizo lanzarme hacia un lado, cayendo al suelo, mientras el coche pasaba a escasos centímetros de mí.

El estruendo de la colisión resonó por todo el estacionamiento. Me giré y vi el coche estrellado contra una pared. Mi corazón latía a mil, y la adrenalina recorría mi cuerpo. Me levanté con dificultad, sintiendo el dolor de las manos y rodillas raspadas por la caída.

Caminé, tambaleándome, hacia el coche accidentado, con el corazón lleno de preocupación y rabia. Me acerqué a la ventana del conductor, y la visión de Valentina, con el rostro distorsionado por el odio y las lágrimas, me golpeó como un puñetazo en el estómago.

—¿Qué carajo crees que estás haciendo? —grité, con la voz llena de furia.

Valentina me miró con los ojos enrojecidos, su cuerpo temblaba de rabia.

—Nunca te escaparás de mí, Luigi. Jamás. Si no eres mío, no serás de nadie más.

Sentí una mezcla de lástima y desprecio. Estaba claramente fuera de control, atrapada en un pasado que yo ya había dejado atrás.

—Esto tiene que parar, Valentina. Necesitas ayuda. No puedes seguir así —dije, con el corazón aún acelerado.

Antes de que pudiera decir nada más, oí sirenas a lo lejos. Alguien, probablemente del hospital, debió de llamar a la policía al oír el choque.

Valentina intentó salir del coche, pero los policías llegaron rápidamente, impidiéndolo. Estaba visiblemente herida por el choque, con cortes en el rostro y las manos. Aun así, no dejaba de forcejear y gritar, insistiendo en que yo le pertenecía.

—¡Eres mío! ¡Es mío! —gritó, con los ojos llenos de odio.

Los policías la sujetaron con firmeza, intentando calmarla mientras pedían una ambulancia. La situación era caótica, y yo seguía con la adrenalina a mil. Los rasguños que tenía por haberme lanzado al suelo eran insignificantes en comparación con el caos mental que sentía.

Uno de los policías se me acercó para preguntarme si estaba bien.

—Sí, estoy bien. Solo unos rasguños —respondí, aún aturdido—. Pero ella necesita ayuda. No está en su sano juicio.

Valentina fue llevada a urgencias en el mismo hospital para ser atendida. Un detective se

acercó a mí, diciendo que necesitarían mi declaración si quería presentar cargos.

—No puedo permitir que esta situación se repita —dije con determinación—. Tiene que ir a prisión. Intentó matarme.

El detective asintió, anotando mis palabras.

—Ya veo. Necesitaremos todos los detalles, señor. Eso podría llevar algún tiempo. ¿Está en condiciones de declarar ahora?

Miré hacia el hospital, recordando que Amelia y Helena estaban dentro. Ellas eran mi prioridad, pero también necesitaba asegurarme de que estuviéramos a salvo.

—Sí, puedo declarar ahora. Vamos a terminar con esto.

Fuimos a una habitación privada del hospital. El detective empezó a hacer preguntas y yo le conté todo lo que había pasado, desde la aparición de Valentina hasta el intento de atropello.

—Está claramente fuera de control —concluí—. Y tengo una familia que proteger.

—Vamos a hacer todo lo posible para asegurarnos de que no pueda volver a acercarse a usted ni a su familia —dijo el detective con firmeza—. Vamos a tramitar una orden de restricción inmediata.

Asentí, sintiendo un alivio mezclado con preocupación. Tenía que confiar en que la policía haría su trabajo.

En cuanto terminé mi declaración, volví corriendo a la habitación de Amelia. Encontrarla dormida con Helena en brazos trajo un poco de paz a mi turbulento corazón. Me senté a su lado, tomándole suavemente la mano.

—Todo irá bien, mi amor. Te lo prometo —susurré acariciando la cabeza de Amelia. Se removió ligeramente, pero no se despertó.

Allí, junto a ellas, sentí la responsabilidad y el amor que me guiarían a partir de ahora. Tenía que protegerlas a toda costa.

Miré a Helena, sintiendo una oleada de amor y determinación. Ahora ella era mi prioridad, y haría cualquier cosa para garantizar su bienestar y el de Amelia.



Amélia

Capítulo 55

Me desperté con Helena llorando e instintivamente la tomé para darle el pecho. Mientras se alimentaba, vi que Luigi se acercaba con expresión seria. Parecía cansado y tenía algunos rasguños en los brazos.

—Has tardado demasiado en volver —murmuré, todavía somnolienta. Mis ojos se enfocaron en las heridas de su cuerpo—. ¡Dios mío! ¿Qué ha pasado?

Luigi suspiró y se sentó a mi lado en la cama. Su mano acarició suavemente mi pierna.

—Valentina apareció en el aparcamiento del hospital. Intentó atropellarme con su coche. Pero estoy bien, solo unos rasguños.

Se me aceleró el corazón y sentí que me invadía una oleada de preocupación y rabia.

—¡Está loca! —exclamé, tratando de mantener la calma para no asustar a Helena—. ¿Has llamado a la policía?

Asintió, visiblemente agotado.

—Sí, llegaron a tiempo y la llevaron a emergencias. Ahora está bajo custodia, y ya di mi denuncia. También conseguimos una orden de restricción. No podrá acercarse a nosotros.

Suspiré aliviada, aunque aún nerviosa por toda la situación. Luigi se inclinó y me dio un beso en la frente, tratando de tranquilizarme.

—Estaremos bien, Amelia. Te lo prometo.

—Me alivia saber que estás bien —respondí, tomándole la mano—. Pero me da mucho miedo. Tenemos que asegurarnos de que no vuelva a acercarse a nosotros.

Luigi asintió, con determinación en los ojos.

—Y lo haremos.

Helena terminó de mamar y se quedó dormida en mis brazos. La coloqué con cuidado en

el moisés al lado de la cama y regresé con Luigi.

—Quédate aquí conmigo —le pedí, sintiendo la necesidad de su presencia a mi lado.

Sonrió, se acostó a mi lado y me estrechó entre sus brazos.

—Siempre, amor. Siempre estaré aquí.

Cerré los ojos, sintiendo el calor y la seguridad que aportaba su presencia.



Luigi

Capítulo 56

Cuando la familia de Amelia llegó para visitarla y ver a nuestra hija, sentí un alivio temporal al saber que la cuidarían bien. Los dejé solos y me dirigí a la comisaría con mi abogado, decidido a resolver de una vez por todas la situación de Valentina.

El trayecto hasta la comisaría me pareció más largo de lo habitual. Las concurridas calles contrastaban con la tormenta de pensamientos que invadía mi mente. Necesitaba asegurarme de que Amelia y Helena estaban a salvo. Cuando llegué, el ambiente frío y burocrático de la comisaría me transmitió una sensación de urgencia y seriedad.

Me recibió el detective que llevaba el caso. Nos condujo a una sala de interrogatorios donde pudimos hablar en privado.

—Señor Luigi, necesitamos su declaración completa y algunas firmas para formalizar la orden de restricción —dijo el detective, mientras abría una carpeta con los documentos necesarios.

Respiré hondo, tratando de organizar mis pensamientos. Empecé a relatar todos los acontecimientos desde que Valentina reapareció en nuestras vidas. Mi abogado, atento a cada palabra, tomaba notas y añadía información relevante para reforzar nuestro caso.

—Intentó atropellarme en el aparcamiento del hospital. Fue un ataque premeditado y claramente motivado por la venganza —concluí, sintiendo un nudo en la garganta al recordar el peligro que había corrido.

El detective asintió, dándose cuenta de la gravedad de la situación.

—Entiendo, señor Luigi. Nos aseguraremos de mantenerla alejada de usted y su familia. Pero necesitamos que esté preparado para posibles audiencias en el tribunal. Valentina parece bastante inestable, y eso podría complicar las cosas —dijo el detective, con tono serio y profesional.

Asentí, consciente de que la batalla no había hecho más que empezar. El detective

continuó.

—Valentina está detenida y no ha sido puesta en libertad bajo fianza. Hasta el juicio, ella no será un problema inmediato. Hay muchos testigos del intento de asesinato y, según las pruebas, es poco probable que se salga con la suya.

Mi abogado asintió, satisfecho con la información.

—Es un alivio, al menos por ahora. —Me miró, intentando transmitirme tranquilidad—. Prepararemos todo para el juicio y nos aseguraremos de que pague por lo que hizo.

Di las gracias al detective y al abogado antes de salir de la comisaría. La sensación de urgencia seguía ahí, pero ahora había un atisbo de esperanza. Caminé hacia el coche, intentando calmar mi mente y centrarme en lo más importante: mi familia.



Amélia

Capítulo 57

Pasé el día hablando con mi familia y cuidando de la pequeña Helena. Sus ojitos curiosos y su presencia diminuta y frágil me llenaban de amor y determinación. Cuando Luigi volvió de la comisaría, me di cuenta de que algo había cambiado en su expresión. Parecía más aliviado.

—¿Cómo ha ido? —pregunté, tratando de ocultar mi ansiedad.

Se acercó, tomándome de la mano.

—Valentina está detenida —explicó.

Dejé escapar un suspiro de alivio.

—Después de lo que ha hecho, mejor que nunca salga de la cárcel.

—El detective dijo que hay pruebas sólidas para mantenerla encerrada.

—Ah, qué buena noticia —respondí, sintiendo que me quitaba un peso de encima.

La atmósfera a nuestro alrededor parecía más ligera. El sol de la tarde entraba por la ventana, iluminando la habitación con una luz suave. Helena estaba en la cuna junto a nosotros, moviendo las manitos y observándolo todo con sus ojitos atentos. La tomé en brazos, sintiendo el calor de su cuerpecito contra el mío.

—Mira, Helena, papá ha vuelto con buenas noticias —murmuré, acariciándole la cabeza.

Luigi se acercó y puso su mano sobre la mía y la de nuestra hija.

—Estaremos juntos, Amelia. Te lo prometo —dijo con firmeza.

Asentí, sintiendo el poder de sus palabras.

—Sí, vamos a estarlo.

Nos dieron el alta y me fui a casa con mi familia. Mi madre preparó la merienda y todos nos reunimos en el salón. El olor a galletas recién horneadas llenaba el ambiente mientras hablábamos sobre los planes futuros y el bienestar de Helena.

Más tarde, cuando todos se despidieron, acosté a Helena en su cuna y me quedé observándola.

—Crecerá en un hogar seguro y lleno de amor —susurré, más para mí misma que para Luigi.

Él me envolvió en un abrazo por detrás, con su presencia fuerte y reconfortante.

—Nos aseguraremos de que así sea todos los días —respondió besándome suavemente el cuello.

Nos acostamos en la cama, agotados pero felices. Cerré los ojos, sintiendo la respiración tranquila de Luigi a mi lado y los ligeros ronquidos de Helena desde su cuna. Por primera vez en mucho tiempo, me dormí con el corazón en paz, sabiendo que todo iría bien.



Luigi

Capítulo 58

Meses después...

—Ya deberías haberlo hecho antes —gruñó Nikos, empujándome con fuerza.

—Ella se negó la última vez —respondí, tratando de justificar mi indecisión.

—Ahora es diferente —dijo Maximus con tono firme.

Respiré hondo cuando me empujaron hacia el yate anclado. El sol brillaba alto en el cielo, reflejándose en las tranquilas aguas del mar. El paisaje era hermoso, pero mi corazón latía acelerado.

—Pero nunca he pilotado uno de estos —admití, mirando el imponente barco blanco.

—Eres un inútil —Nikos puso los ojos en blanco, impaciente.

—Puedes hacerlo —me animó Petros, dándome una palmada en la espalda.

Subí a bordo, sintiendo la leve oscilación del yate bajo mis pies. Los hermanos de Amélia me observaban como si fueran entrenadores ansiosos de ver a su alumno triunfar al fin.

—Vamos, sigue las instrucciones —me dijo Petros, entregándome un manual de navegación.

Hojeé rápidamente el manual, tratando de asimilar la información esencial. Arrancar el motor, izar el ancla, mantener el rumbo... Todo parecía un poco desalentador, pero no podía defraudarlos, y menos a Amelia.

Con un profundo suspiro, giré la llave en el contacto y sentí que el motor retumbaba suavemente. Ajusté los controles, intentando recordar todo lo que había leído. El yate empezó a moverse lentamente, deslizándose por el agua con una gracia que me sorprendió.

Los hermanos de Amelia observaban atentamente, listos para intervenir si era necesario. Pero con cada movimiento, mi confianza aumentaba. Mantuve el rumbo, navegando hacia el horizonte. La brisa marina era refrescante y el sonido de las olas golpeando el casco del yate,

tranquilizador.

Al cabo de un rato, Petros se me acercó y me dedicó una sonrisa de aprobación.

—¿Ves? Puedes hacerlo. Ahora ve con Amelia y haz lo que tengas que hacer.

Asentí, sintiendo una oleada de determinación. Bajé del yate y caminé hacia la casa, donde Amélia estaba sentada en la terraza, observando el mar con Helena en brazos. Su cabello se movía suavemente con el viento, y se veía tan serena y hermosa como siempre.

—¿Luigi? —preguntó al verme acercarme.

Me arrodillé frente a ella y tomé su mano. Sentí las miradas curiosas de Helena y de los hermanos de Amélia, quienes estaban justo detrás, observando la escena con sonrisas alentadoras.

—Amelia, sé que lo intentamos antes, y entiendo por qué dudaste. Pero hoy, después de todo lo que hemos pasado, quiero intentarlo de nuevo. Quiero que sepas que estoy aquí por ti, por Helena, por nuestra familia. Quiero pasar el resto de mi vida contigo. —Saqué una cajita del bolsillo y la abrí, revelando un brillante anillo de diamantes—. Amelia, ¿quieres casarte conmigo?

Miró el anillo, luego a mí y finalmente a Helena, que observaba con curiosidad.

—Sí, Luigi. Quiero casarme contigo —respondió, con una sonrisa que hizo que mi corazón casi estallara de felicidad.

Le puse el anillo en el dedo y ella se inclinó para besarme. Los aplausos y silbidos de los hermanos de Amelia resonaron a nuestro alrededor, pero lo único que sentí fue el calor de su presencia y la certeza de que era mi elección correcta.

—¿Qué te parece si damos un paseo en yate? —sugerí, tratando de contener mi excitación.

—Pero si ni siquiera sabes pilotar —respondió ella, enarcando una ceja.

—He recibido algunas lecciones. —Me reí nerviosamente, esperando que aceptara.

Me miró un momento y luego sonrió.

—Vamos.

Su madre se acercó y tomó a Helena en brazos, dejándonos ir solos. Caminamos juntos hasta el yate, con el sol brillando en el cielo y el mar en calma frente a nosotros. Yo subí primero, y después ayudé a Amélia a subir.

Ya a bordo, arranqué el motor y zarpé con cuidado. La brisa marina era refrescante y el sonido de las olas contra el casco del yate, tranquilizador. Amelia se sentó a mi lado, tomándome de la mano.

—Realmente lo estás pilotando —comentó Amelia, sorprendida y divertida.

—Sí, lo estoy —respondí, orgulloso de mí mismo y de nuestra pequeña aventura.

Seguimos navegando, disfrutando de la compañía del otro y de la belleza del mar. Estábamos solos en medio del océano, y lo siguiente que recuerdo es que Amelia empezó a besarme los hombros, la oreja, la boca...

Todo se volvió muy intenso muy rápidamente.

Sonrió provocativamente y me di cuenta de que estaba a punto de sorprenderme. Con hábiles movimientos, detuvo el yate, dejándolo a la deriva.

—Crecí dentro de esas cosas. —Se rió y volvió a besarme, con una chispa de picardía en los ojos.

La hice girar, la apoyé en el timón y le subí el vestido. Su piel estaba caliente al tacto, y cada beso y mordisco en su cuello me producía escalofríos. Ella gimió suavemente y me rodeó el cuello con los brazos, acercándome más a mí.

La brisa marina nos envolvía y el suave balanceo del yate aumentaba la intensidad del momento. Mis manos recorrieron cada centímetro de su cuerpo, sintiendo la suave textura de su piel bajo mis dedos. Sus besos se volvieron más urgentes y pude sentir cómo su deseo crecía por momentos.

—Luigi... —susurró, con la voz llena de placer.

La apoyé contra el timón, nuestros cuerpos se movían en perfecta armonía. La conexión entre nosotros era palpable, y cada roce, cada beso, parecía reforzar aún más el vínculo que

compartíamos.

Me acercó aún más, sus ojos se encontraron con los míos, llenos de una intensidad que me dejó sin aliento.

—Te amo, Luigi —murmuró, con sus labios rozando los míos.

—Yo también te amo, Amelia —respondí, sintiendo que se me aceleraba el corazón.

Le aparté las bragas, me bajé los calzoncillos lo suficiente para liberar mi verga y la penetré profundamente. El grito de placer de Amelia resonó en todo el océano, aumentando aún más mi éxtasis.

El sonido de las olas rompiendo contra el casco del yate se mezclaba con nuestros gemidos. Cada movimiento era una sinfonía de placer y amor, que se intensificaba a cada segundo. La brisa marina envolvía nuestros cuerpos sudorosos, proporcionando un delicioso contraste con el creciente calor entre nosotros.

La agarré por la cintura y tiré de ella para acercarla más, sintiendo cada latido de su intimidad a mi alrededor. Amelia me mordisqueó el hombro, un suspiro escapó de sus labios mientras sus dedos se enredaban en mi pelo.

—Luigi... —gimió.

Mis movimientos se hicieron más intensos y cada embestida provocaba nuevas oleadas de éxtasis. Sus ojos permanecían fijos en los míos, llenos de deseo y amor.

Arqueó la espalda, echó la cabeza hacia atrás y supe que estaba a punto de llegar. La abracé con más fuerza, acelerando el ritmo, decidido a llevarla al clímax. Y cuando por fin llegó, su grito de placer fue lo más hermoso que había oído nunca.

Yo le seguí poco después, temblando por la intensidad del orgasmo. Nos desplomamos juntos en la cubierta del yate, jadeantes y saciados, con el sonido de las olas calmando nuestros acelerados corazones.

Nuestro amor, allí, bajo el cielo abierto y rodeados por el infinito océano, parecía eterno. Y en ese momento, supe que no importaba lo que el futuro nos deparara, lo enfrentaríamos juntos.



Amélia

Epílogo

Cinco años después...

Estábamos en la playa, todos juntos, riendo y disfrutando de la brisa marina. Estaba embarazada, esperando otro bebé, esta vez un niño. Sentía el calor del sol calentándome la piel mientras veía a Helena jugar con sus primos en la arena. Luigi estaba a mi lado, tomándome de la mano y sonriéndome con esa mirada llena de amor y complicidad.

La playa estaba llena de vida. Los niños corrían de un lado a otro, construían castillos de arena y reían a carcajadas. El hijo mayor de Maximus, que llevaba un tiempo alejado de la familia, estaba ahora con nosotros. Había hecho carrera en la marina y se había convertido en un hombre diferente, más maduro y responsable.

Miré a mi alrededor y vi la alegría en las caras de todos. Mis hermanos charlaban animadamente y mi madre ayudaba a preparar un picnic con todas nuestras comidas favoritas. Fue un momento de pura felicidad, de estar rodeada de mis seres queridos.

—¿Cómo te encuentras, cariño? —preguntó Luigi, acariciándome el vientre ligeramente redondeado.

—Estoy bien, solo un poco cansada —le contesté, sonriéndole—. Pero muy contenta.

—Y tú, mi pequeño, ¿estás emocionado por ver la playa? —murmuró, dirigiéndose directamente al bebé.

Helena corrió hacia nosotros, con la cara sonrojada por la diversión.

—Mamá, papá, ¡vengan a jugar con nosotros! —exclamó, tirando de nuestras manos.

Luigi y yo intercambiamos una mirada cómplice antes de levantarnos y seguir a nuestra hija. Corrimos y jugamos con los niños, con la arena caliente bajo nuestros pies y el sonido de las olas rompiendo de fondo.

Cuando el sol empezó a ponerse, todos nos reunimos alrededor del picnic. La luz dorada del crepúsculo iluminaba los rostros de mi familia, creando una escena perfecta, casi mágica. Al contemplar ese momento, sentí una profunda gratitud por todo lo que habíamos conseguido juntos.

Gracias

Quiero expresar mi profunda gratitud a todos los lectores que siguen mi viaje literario. Ustedes son la razón por la que trabajo duro cada día.

Muchas gracias a la maravillosa gente de Instagram y Facebook, mi corazón se llena de alegría con cada mensaje y comentario de ustedes. Un agradecimiento especial al vibrante grupo de WhatsApp: Gaby, Nedja, Ilza, Jessyka, Leidiana, Eglaia, Mi, Larissa Rocha, Juliana Lélis, Carla Staub, Cleusa Santana, Gabriela Freitas, Nalu, Agda, Mariana Telles, Patricia Portela, Pauline Quesada, Ana Paula Mendes, Angela, Amelia Luize, Michelle Precioso, Suelen, Angelica Lorena, Chiley Rodrigues, Fran, Regina Fabbris, Sandra Fontana, Amelia Luize, Tatiane, Janine, Mariza, Ivana Sandes, Gardenia, Lidiana, Fatima Aguiar, Alecssandra, Jennifer Barcelos, Priscilla, Cris Tiemi, Daianna, Silvana Brito, Angela, Rachel Souza, Beatriz Soares, Gilcelia Martins, Elisandra, Daniela Souza, Daniela Bispo, Evelyn, Ticyanne Brito, Jessika Moinka, y todos los demás nombres que hacen que cada día sea más inspirador.

Rosi, tu dedicación y apoyo son los pilares de mi éxito. Gracias por estar siempre a mi lado, desde la concepción hasta la promoción de cada libro, y por enriquecer mis obras con tus valiosos consejos.

Un agradecimiento especial también al Grupo Editorial Portal y a todos sus increíbles colaboradores. ¡Ustedes hacen realidad los sueños!

A mi amado Gabriel, mi puerto seguro, gracias por cada momento de apoyo y amor incondicional.

A mi pequeña Aurora, que, entre juegos y momentos tiernos en mi regazo, se convierte en mi inspiración para las escenas más dulces y divertidas con bebés.

Por último, doy las gracias a mis mentores y guardianes espirituales, que me guían y protegen en mi viaje, asegurándose de que

siempre avance con valentía y determinación.

De todo corazón, les doy las gracias a todos y cada uno de ustedes por formar parte de mi historia. Juntos, seguiremos escribiendo capítulos de historias inolvidables.

Sobre la autora

Jéssica Macedo tiene 28 años, es de Minas Gerais y figura con menos de 30 años en Forbes Brasil, la lista de los jóvenes más prometedores del país. Vive en Belo Horizonte con su marido, su hija y tres gatos. Escribe para niños y adultos, fantasía, aventura, romance y, sobre todo, literatura picante, todo un fenómeno editorial entre el público femenino.

Autora superventas de Amazon en Brasil y Europa, con sus libros disponibles en 6 idiomas. Jessica empezó a escribir a los nueve años y se convirtió en autora a los 14, con la publicación de su primer libro "El valle de las sombras". Con más de 200 obras publicadas, es escritora, editora, diseñadora y guionista. Ayudó a adaptar una de sus novelas "Eternamente Minha" a un largometraje estrenado en la plataforma Cinebrac. Hoy, Jéssica es el nombre principal de un equipo de autores, en su mayoría mujeres, que componen el catálogo del Grupo Editorial Portal, que fundó a partir de sus experiencias en otras editoriales.

Más información sobre otros libros del autor en las redes sociales.

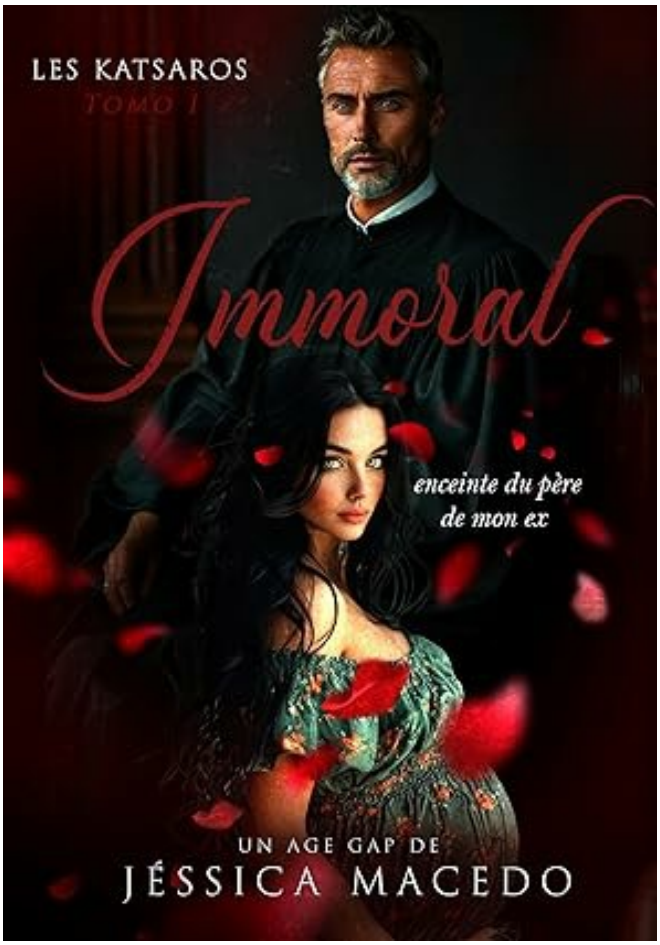
Facebook - http://www.facebook.com/autorajessicamacedo/

Instagram - www.instagram.com/autorajessicamacedo/

Página web del autor en Amazon - https://amzn.to/2MevtwY


Jéssica
Maced
escritora

Otras obras



Enlace =>https://amzn.eu/d/7iYdax3

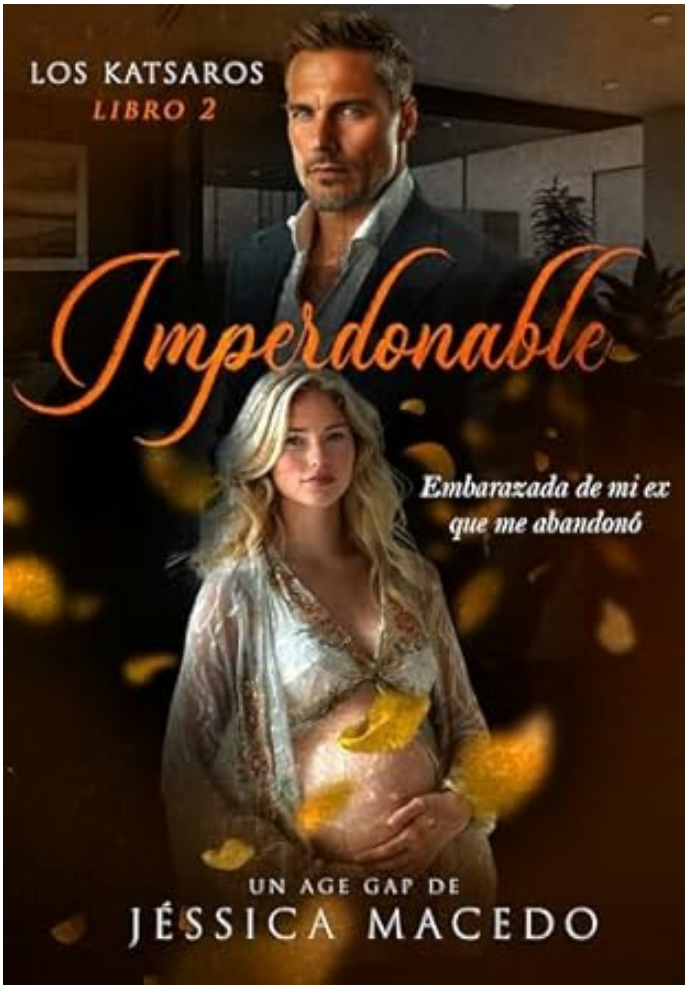
Sinopsis:

Maximus Katsaros, juez en la cima de su carrera, se enfrentaba al duelo y al distanciamiento emocional de su único hijo. Cuando conoció a Eglaia, una joven vibrante, se encontró sumido en una pasión desbordante, que añadió turbulencias a su ya tumultuosa vida.

Demasiado joven para él...

La diferencia de edad ya era un gran obstáculo, y cuando Máximo se enteró de la relación de Eglaia con su hijo, puso fin al romance.

Eglaia, descubriendo que estaba embarazada y con el corazón destrozado, luchó por llegar hasta el hombre que le había cerrado la puerta. Sin embargo, Maximus estaba decidido a que nunca volvieran a hablarse.



Enlace =>https://amzn.eu/d/7QjlHvA

Sinopsis:

Petros Katsaros, director general de una importante compañía naviera, se enfrenta al declive de su matrimonio y decide divorciarse, decidido a dejar a su mujer y seguir su vida de soltero.

A Chirly el abandono le rompió el corazón. Cuando se casó con el hombre de su vida, nunca imaginó que la abandonaría, pero así fue. Sola, luchaba por recoger los pedazos y salir de ese pozo de tristeza y la increíble noticia de su embarazo fue como una luz al final del túnel.

Petros no se dio cuenta de que el tiempo y la distancia le demostrarían que estaba equivocado, pero para recuperar a su mujer tendrá que luchar por una segunda oportunidad.

.



Enlace =>https://amzn.eu/d/8tJu1xa

Sinopsis:

Nikos Katsaros, un poderoso hombre de negocios griego, estaba acostumbrado a controlarlo todo en su vida, incluidas sus relaciones. Mujeriego empedernido, nunca se había rendido ante ninguna mujer. Sin embargo, una joven virgen puso su mundo patas arriba.

Jessyka, una joven de 19 años, se encuentra perdida y vulnerable tras descubrir que está embarazada de Nikos, un hombre mucho mayor que ella que está completamente alejado de su realidad. La noticia de su embarazo la deja desesperada, sobre todo porque él ha desaparecido sin dejar rastro.

Mientras Jessyka intenta encontrar una solución para criar sola al bebé, Nikos empieza a reflexionar sobre sus decisiones y lo que realmente importa en la vida. La distancia y el tiempo hacen que el CEO se dé cuenta de que ella es mucho más que una simple aventura, ya que no puede dejar de pensar en ella.

Cuando regresa a Jessyka, descubre que la joven está embarazada. Decidido a conquistarla, Nikos tendrá que redimirse y demostrar que está dispuesto a comprometerse y a ser un padre presente.

.



Enlace =>https://amzn.eu/d/2m3gOxf

Sinopsis:

Un CEO viudo.

Una maestra de escuela.

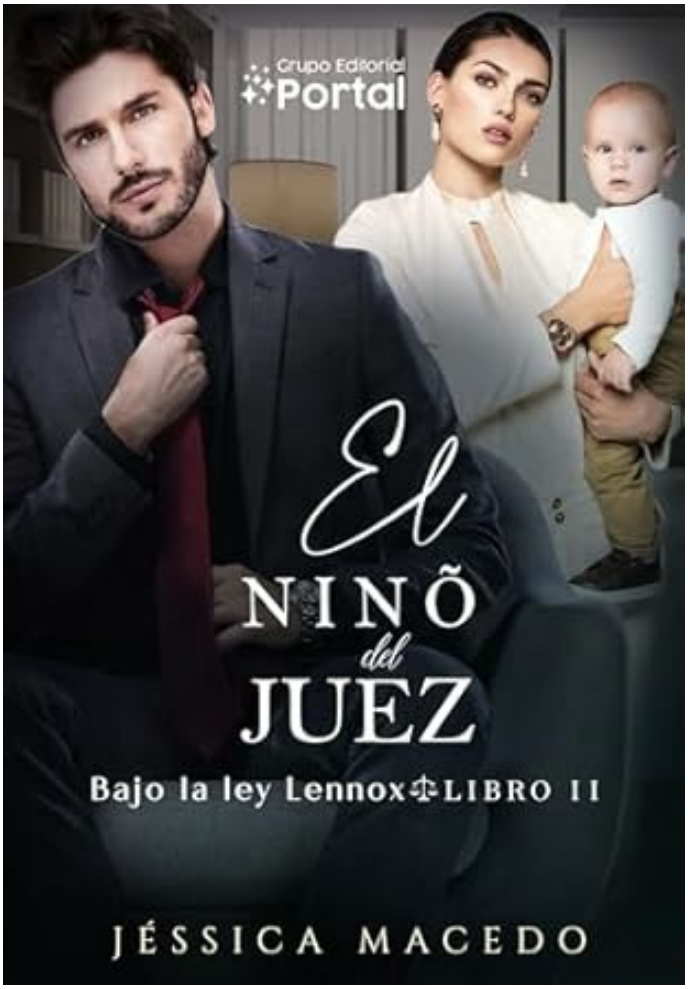
Dos niñas gemelas y un plan para tener una mamá.

Tras la muerte de su esposa, Thomas decidió cerrar su corazón para siempre. El director general de Lennox & Associates salió con distintas mujeres solo para satisfacer sus necesidades, pero no estaba dispuesto a tener relaciones profundas. Padre de dos hijas gemelas, guardaba su amor solo para ellas.

Helena Price siempre ha amado a los niños y dedica su vida a enseñarles. Se hizo maestra de guardería infantil y divide su tiempo entre los pequeños alumnos y su anciana abuela, sin pensar en romances.

Las niñas, Anne y Mary, sueñan con tener una mamá y han ideado un plan para unirlos, pero son demasiado ingenuas para entender los misterios del corazón.

.



Enlace =>https://amzn.eu/d/c3s0RmJ

Sinopsis:

Un juez sinvergüenza.

Una abogada recién graduada.

Un hijo rechazado que sacude los cimientos de un hombre.

Tyler Lennox procedía de una familia de gran tradición jurídica y llegó a ser un respetado juez. A diferencia de su hermano mayor, llevaba una vida desenfrenada y se divertía con todas las mujeres posibles.

Tatiana Fisher soñaba con convertirse en una gran fiscal y veía a Deborah Lennox como una inspiración. Conseguir un trabajo como pasante con su más grande modelo a seguir era un gran logro, pero eso la puso en el camino del juez, y Tyler no iba a dejar escapar a la joven pasante de su hermana.

Él rechazó la idea del embarazo, convencido de que el bebé no era suyo, pero los sentimientos pueden cambiar al reencontrarla en la sala de audiencias meses después.

Mira más libros míos

¡Ve aquí!

Redes sociales (del editor)

Sitio web del editor: https://grupoeditorialportal.com.br/

Instagram: https://www.instagram.com/grupoeditorialportal/

Facebook: https://www.facebook.com/grupoeditorialportal/

Shopee: https://shopee.com.br/grupoeditorialportal

Grupo Editorial Portal
www.grupoeditorialportal.com.br